

TESTIMONIOS SELECTOS

TOMO 5

Ellen G. White



Prefacio

Algunos se preguntarán porqué publicamos este tomo V de "Testimonios Selectos" antes que los tomos III y IV hayan visto la luz. La razón se encuentra en la misma portada. En efecto, este tomo se compone mayormente de las instrucciones que el Señor envió, por medio del espíritu de profecía, para dirigir la conducta de los diversos departamentos de su obra. Los tomos VII, VIII y IX de la serie de "Testimonies for the Church," fueron escritos ulteriormente a lo que debe ir en los tomos III y IV de nuestra serie castellana, y, por lo tanto, tratan problemas de actualidad, acerca de los cuales era urgente que nuestros hermanos de habla castellana, y especialmente los que trabajan activamente en la causa, tuviesen la luz que al Señor le plugo darnos.

No cabe duda de que estamos entrando en las últimas fases de la lucha. Serán, pues, alimento a su debido tiempo las amonestaciones y los consejos que, años ha, Dios mandó por medio de su sierva precisamente para los tiempos de angustia que su pueblo tendrá que soportar antes que se cierre el penoso ciclo de la historia terrenal, y se abran ante los vencedores los portales gloriosos de la eternidad. Sepamos todos escuchar la nota que predomina en todo el libro: Trabajemos y dejemos al Señor obrar en nosotros y por nosotros. Tal es el deseo sincero de Los Editores.

Capítulo 1

Extendiendo los triunfos de la cruz

El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" Romanos 8:32.

uando este admirable e inapreciable don fué otorgado, todo el universo celestial fué profundamente conmovido en un esfuerzo por comprender el insondable amor de Dios, y por el anhelo de despertar en los corazones humanos una gratitud proporcionada al valor del don. ¿Podemos nosotros, por quienes Cristo murió, vacilar entre dos opiniones? ¿Devolveremos a Dios sólo una parte ínfima de los talentos y fuerzas que nos ha prestado? ¿Cómo podremos hacerlo así sabiendo que él, que era el General de todo el cielo, dejó a un lado su manto y corona reales, y conociendo la impotencia de la raza caída, vino a este mundo, revestido de la naturaleza humana, para hacer posible la unión de nuestra humanidad con su divinidad? El se hizo pobre para que pudiésemos entrar en posesión de los tesoros celestiales, "un sobremanera alto y eterno peso de gloria." 2 Corintios 5:17. Por redimirnos, él descendió de una humillación a otra, hasta que él, el divino-humano y paciente Cristo, fué levantado en la cruz, para atraer a sí a todos los hombres. El Hijo de Dios no pudo demostrar mayor condescendencia; ni haberse rebajado más.

este es el misterio de la piedad, el misterio que ha inspirado a los agentes celestiales a ministrar mediante la humanidad caída de tal manera que en este mundo se suscitara un intenso interés por el plan de salvación. Tal es el misterio que movió al cielo entero a unirse a la humanidad para llevar adelante el gran plan de Dios para la salvación de un mundo perdido.

La obra de la iglesia

A los agentes humanos ha sido encomendada la obra de extender los triunfos de la cruz de un lugar a otro. Como cabeza de la iglesia, Cristo está llamando con autoridad a cada uno que profesa creer en él a seguir su ejemplo de abnegación y sacrificio, trabajando por la conversión de aquellos sobre quienes Satanás y su gran ejército están ejerciendo su poder para destruirlos. Los hijos de Dios están llamados a congregarse sin

tardanza bajo la bandera manchada de sangre de Jesucristo. Ellos deben continuar incesantemente su lucha contra el enemigo, apresurando la batalla hasta las puertas mismas. Y cada nuevo recluta, añadido a las filas mediante la conversión, debe ocupar su puesto asignado. Cada cual debiera tener voluntad de ser o hacer cualquier cosa en este combate. Cuando los miembros de la iglesia realicen esfuerzos fervientes para el adelanto del mensaje, ellos vivirán en el gozo del Señor y obtendrán éxito. El triunfo corona siempre el esfuerzo decidido.

El Espíritu Santo, nuestra eficiencia

Cristo, en su cargo de Mediador, da a sus siervos la presencia del Espíritu Santo. Es la eficiencia del Espíritu lo que habilita a los agentes humanos para ser representantes del Redentor en la obra de salvar almas. A fin de poder unirnos a Cristo en esta obra, debemos colocarnos bajo la influencia modeladora de su Espíritu. Mediante el poder así impartido, podremos cooperar con él por los lazos de la unión como colaboradores suyos en la salvación de las almas. A cada cual que se ofrece al Señor para su servicio, sin reserva alguna, es dado poder para alcanzar resultados inmensurables.

El Señor está ligado por una promesa eterna de proveer poder y gracia a cada cual que es santificado por la obediencia a la verdad. Cristo, a quien es dado todo poder, así en el cielo como en la tierra, coopera con su simpatía con sus agentes,--las almas sinceras que día tras día participan del pan de vida, "que descende del cielo." Juan 6:50. La iglesia de la tierra, unida a la iglesia del cielo, puede cumplir todas las cosas.

El poder dado a los apóstoles

En el día de Pentecostés, el Infinito se reveló a su iglesia mediante su poder. Por su Espíritu Santo, él bajó de las alturas del cielo como un fuerte e impetuoso viento que penetró en el aposento en que los discípulos estaban reunidos. Fué como si por siglos esta influencia hubiese sido retenida y el cielo se regocijase ahora de poder derramar sobre la iglesia las riquezas del poder del Espíritu. Bajo la influencia del Espíritu, las palabras de confesión y penitencia se mezclaron con cantos de agradecimiento por los pecados perdonados. Se oyeron palabras de acción de gracias y de profecía. Todo el cielo se prosternó para contemplar y adorar la sabiduría del incomparable e incomprensible amor. Asombrados, los discípulos exclamaron: "En esto consiste el

amor." 1 Juan 4:10. Ellos se apoderaron del don impartido. ¿Y cual fué el resultado?-- Miles fueron convertidos en un día. La espada del Espíritu, recién afilada con poder y revestida del resplandor del rayo, penetró la incredulidad.

El corazón de los discípulos fué colmado de una gracia tan completa, tan profunda y abarcante, que los impulsó a ir hasta los confines de la tierra, testificando: No permita Dios que nos gloriemos sino en la cruz de Cristo. Ellos estaban llenos de un intenso deseo de añadir a la iglesia a aquellos que debían salvarse. Invitaban a los creyentes a levantarse y hacer su parte, para que todas las naciones pudiesen oír la verdad y la tierra fuese llenada con la gloria del Señor.

El mismo poder ha de manifestarse hoy

Por la gracia de Cristo, los apóstoles fueron hechos lo que fueron. Mediante una sincera devoción y la oración ferviente y humilde fueron puestos en íntima comunión con él. Ellos se sentaron juntamente con él en los lugares celestiales. Comprendieron la magnitud de su deuda hacia él. Mediante fervorosas y perseverantes oraciones, recibieron el don del Espíritu Santo, y luego fueron adelante cargados con el anhelo de salvar almas, celosos por extender los triunfos de la cruz. Y mediante su labor, muchas almas fueron traídas de las tinieblas a la luz, y muchas iglesias fueron suscitadas.

¿Seremos nosotros menos fervorosos que los apóstoles? Por una fe viva, ¿no habremos de aferrarnos a las promesas que los conmovieron, desde lo más profundo de su ser, a implorar del Señor Jesús el cumplimiento de su palabra: "Pedid, y recibiréis"? Juan 16:24. ¿No ha de venir hoy el Espíritu del Señor en respuesta a la fervorosa y perseverante oración, y llenar de poder a los hombres? ¿No asegura el Señor hoy día a sus obreros que, llenos de oración, firmeza y fe, abran las Escrituras a los que ignoran la preciosa verdad en ella contenida: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"? Mateo 28:20. ¿Por qué, pues, está la iglesia tan debilitada y falta de espiritualidad?

Así como los discípulos, llenos del poder del Espíritu, salieron a proclamar el evangelio, los siervos de Dios deben ir adelante ahora. Colmados de un anhelo desinteresado por dar el mensaje de gracia a aquellos que están en las tinieblas del error y de la incredulidad, debemos echar mano a la obra del Señor. El nos manda a hacer nuestra parte en cooperación con él, y él asimismo moverá el corazón de los incrédulos

a llevar adelante su obra a las regiones lejanas. Muchos están ya recibiendo el Espíritu Santo, y el camino no quedará por más tiempo obstruido por la negligente indiferencia.

¿Por qué ha sido consignada la historia de la obra de los discípulos, cuando trabajaron con santo celo, animados y vivificados por el Espíritu Santo, sino para que su relato sirviese de inspiración al pueblo del Señor hoy día, para trabajar más fervorosamente por él? Lo que el Señor hizo para su pueblo entonces, es tan esencial, y aun más, que lo haga para sus hijos hoy.

Cada miembro de la iglesia puede hacer hoy día lo que los apóstoles hicieron en su tiempo. Y debemos trabajar con mucho más fervor y ser acompañados de una medida mayor del Espíritu Santo, del mismo modo que el aumento del pecado exige un llamado más decidido al arrepentimiento.

Cada persona sobre quien está brillando la luz de la verdad presente, debiera ser movida a compasión por aquellos que están en tinieblas. Todos los creyentes debieran reflejar rayos de luz claros y distintos. El Señor aguarda para hacer ahora una obra similar a la que realizara por medio de sus mensajeros enviados después del día de Pentecostés. En este tiempo, cuando el fin de todas las cosas está cercano, ¿no debiera el celo de la iglesia exceder al de la iglesia primitiva? El celo por glorificar a Dios impulsaba a los discípulos a testificar por la verdad con gran poder. ¿No debiera este celo inflamar nuestro corazón con el deseo de contar la historia del amor redentor de Cristo, y de Cristo crucificado? ¿No debiera el poder de Dios revelarse más poderosamente hoy día que en el tiempo de los apóstoles?

Capítulo 2

La obra en las ciudades

1 de Abril de 1874

He visto en sueño a varios de nuestros hermanos reunidos en comisión considerando los planes de trabajo para la próxima estación. Pensaban que era mejor no entrar en las grandes ciudades, sino empezar más bien la obra en pequeñas localidades alejadas de las ciudades. Allí, pensaban ellos, se encontrará menos oposición de parte del clero, y se podrán evitar grandes gastos. Estimaban que nuestros predicadores, siendo pocos, no podían ocuparse en instruir y cuidar a aquellos que aceptaran la verdad en las grandes ciudades, los que, a causa de la oposición más fuerte que se manifestaría allí, tendrían mayor necesidad de ayuda que si estuviesen en los pueblos. El fruto de una serie de conferencias en las ciudades grandes se perdería así. Se hizo notar también que nuestros recursos eran limitados, y que siendo los miembros de una iglesia de gran ciudad susceptibles de mudarse con frecuencia, sería difícil organizar una iglesia que fortaleciese la causa. Por el contrario, mi esposo insistía cerca de estos hermanos para que hiciesen sin tardanza planes más amplios y realizasen en las ciudades esfuerzos prolongados y concienzudos, más en armonía con el carácter de nuestro mensaje. Un obrero relató la experiencia que adquirió en las ciudades, para demostrar que su trabajo había tenido muy poco éxito, mientras que había tenido mejor éxito en las localidades pequeñas.

El personaje celestial que, revestido de dignidad y autoridad, asistía a todas nuestras reuniones de junta, escuchaba cada palabra con el más profundo interés. Habló con firmeza y completa seguridad: "El mundo entero--dijo,--es la gran viña de Dios. Las ciudades y los pueblos son las partes que la constituyen. Es necesario que se trabaje en todos los lugares. Satanás tratará de interponerse y desalentar a los obreros, de manera que les impida dar el mensaje tanto en los lugares más conocidos como en los más retirados. Intentará esfuerzos desesperados para apartar a la gente de la verdad e inducirlos en el error. Los ángeles del cielo han recibido la misión de sostener los esfuerzos de los misioneros que Dios envíe al mundo. Los predicadores deben alentar en los otros y conservar en sí mismos una fe y una esperanza inquebrantables, como lo hizo Cristo, su Jefe. Deben permanecer delante de Dios humildes y contritos."

Dios se propone hacer llegar su preciosa Palabra, así como las advertencias y amonestaciones que contiene, a todos los que están aún en las tinieblas e ignoran lo que creemos. Esta Palabra debe ser proclamada a todos, a fin de que sea para todos un testimonio recibido o rechazado. No penséis que os incumbe la responsabilidad de convencer y convertir a los oyentes. Únicamente la potencia de Dios puede enternecer los corazones. Vuestra tarea consiste en presentar la Palabra de vida a fin de que todos tengan ocasión de recibir la verdad si la desean. Si se apartan de la verdad celestial, será para su condenación.

No debemos ocultar la verdad en lugares apartados de la tierra; hay que darla a conocer; debe brillar en las ciudades grandes. Cuando Jesús trabajaba en la tierra, frecuentaba la orilla del mar y los lugares concurridos por los viajeros, dondequiera que pudiese encontrar gente que venía de todas partes del mundo. Impartía la luz verdadera, sembraba la semilla del evangelio, separaba la verdad del error con que se había mezclado y la presentaba en su claridad y sencillez originales para que los hombres pudiesen comprenderla.

El mensajero celestial que estaba con nosotros dijo: "No perdáis de vista el hecho de que el mensaje que proclamáis está destinado al mundo entero. Debe ser predicado en todas las ciudades y en todos los pueblos, por los caminos y los vallados. No debéis limitar la proclamación del mensaje." En la parábola del sembrador, Cristo ilustró su obra y la de sus siervos. La semilla cayó en toda clase de terreno. Algunos granos cayeron en un terreno mal preparado; mas el sembrador no suspendió su trabajo. Por todas partes debéis sembrar la verdad. Dondequiera que podáis penetrar, presentad la Palabra de Dios. Sembrad sobre todas las aguas. Puede ser que no notéis en seguida el resultado de vuestro trabajo, mas no os desalentéis. Hablad las palabras que Cristo os dé. Trabajad según su método. Id por todas partes, como fué él mismo por todas partes durante su ministerio terrenal.

El Redentor del mundo tuvo muchos oyentes, mas muy pocos discípulos. Noé predicó durante 120 años a los antediluvianos, y sin embargo muy pocos apreciaron el precioso tiempo que se les concedió. Fuera de Noé y su familia, ni uno solo se unió a los creyentes para entrar en el arca. De entre todos los habitantes de la tierra, sólo ocho recibieron el mensaje; pero este mensaje condenó al mundo. La luz fué dada para que los hombres pudiesen creer; el hecho de haber rechazado la luz fué causa de su

perdición. El mensaje que damos al mundo será sabor de vida para todos los que lo acepten y de condenación para todos los que lo rechacen.

El mensajero se volvió hacia los presentes y les dijo: "La idea que os formáis de la tarea que falta por cumplir es excesivamente estrecha. No debéis encender vuestra luz para ponerla bajo un almud o una cama; debe ser colocada sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los que están en el mundo, la gran casa de Dios. Debéis tener miras más amplias que las que habéis tenido hasta ahora."

Capítulo 3

El culto de familia

Si hubo tiempo en el que cada casa debiera ser una casa de oración, es ahora. Predomina la incredulidad y el escepticismo. Abunda la inmoralidad. La corrupción penetra hasta el fondo de las almas y la rebelión contra Dios se manifiesta en la vida de los hombres. Cautivas del pecado, las fuerzas morales quedan sometidas a la tiranía de Satanás. Juguete de sus tentaciones, el hombre va donde lo lleva el jefe de la rebelión, a menos que un brazo poderoso lo socorra.

Sin embargo, en esta época tan peligrosa, algunos de los que se llaman cristianos no celebran el culto de familia. No honran a Dios en su casa, ni enseñan a sus hijos a amarlo y temerlo. Muchos se han alejado a tal punto de Dios que se sienten condenados cuando se presentan delante de él. No pueden allegarse "confiadamente al trono de la gracia," "levantando manos limpias, sin ira ni contienda." Hebreos 4:16; 1 Timoteo 2:8. No están en comunión viva con Dios. Su piedad no es más que una forma sin fuerza.

La idea de que la oración no es esencial es una de las astucias de las que con mayor éxito se vale Satanás para destruir a las almas. La oración es una comunión con Dios, la fuente de la sabiduría, fuerza, dicha y paz. Jesús oró a su Padre "con gran clamor y lágrimas." Hebreos 5:7. Pablo exhortó a los creyentes a "orar sin cesar" (1 Tesalonicenses 5:17), y a hacer conocer sus necesidades por "peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias." Filipenses 4:6. Santiago dice: "Rogad los unos por los otros, ... la oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho." Santiago 5:16.

Mediante oraciones sinceras y fervientes, los padres deberían alzar como una valla alrededor de sus hijos. Deberían orar con fe implícita para que Dios habite en ellos y que los santos ángeles los preserven, a ellos y a sus hijos, de la potencia cruel de Satanás.

En cada familia debería haber una hora fija para el culto matutino y vespertino. ¿No conviene a los padres reunir en derredor suyo a sus hijos antes del desayuno para agradecer al Padre Celestial por su protección durante la noche, y para pedirle su ayuda

y cuidado durante el día? ¿No es propio también, cuando llegue el anochecer, que los padres y los hijos se reúnan una vez más delante de Dios para agradecerle las bendiciones recibidas durante el día que termina?

El padre, o en su ausencia la madre, debe presidir el culto y elegir un pasaje interesante de las Escrituras que pueda comprenderse con facilidad. El culto debe ser corto. Cuando se lee un capítulo largo y se hace una oración larga, se torna fatigoso y se siente alivio cuando termina. Dios queda deshonrado cuando el culto se vuelve árido y fastidioso, cuando carece tanto de interés que los hijos lo temen.

Padres y madres, cuidad de que el momento dedicado al culto de familia sea en extremo interesante. No hay razón alguna porque no sea éste el momento más agradable del día. Con un poco de preparación podréis hacerlo interesante y provechoso. De vez en cuando, introducid algún cambio. Se pueden hacer preguntas con referencia al texto leído, y hacer algunas observaciones fervorosas y oportunas. Se puede cantar un himno de alabanza. La oración debe ser corta y precisa. El que ora debe hacerlo con palabras sencillas, fervientes; debe alabar a Dios por su bondad y pedirle su ayuda. Si las circunstancias lo permiten, dejad a los niños tomar parte en la lectura y la oración.

La eternidad sola pondrá en evidencia el bien verificado por esos cultos de familia.

La vida de Abrahán, el amigo de Dios, fué una vida de oración. Dondequiera que levantase su tienda, construía un altar sobre el cual ofrecía sacrificios mañana y noche. Cuando él se iba, el altar permanecía. Y al pasar cerca de dicho altar el nómada cananeo, sabía quién había posado allí. Después de haber levantado también su tienda, reparaba el altar y adoraba al Dios vivo.

Así es cómo el hogar cristiano debe ser, una luz en el mundo. De él, mañana y noche, la oración debe elevarse hacia Dios como el humo del incienso. En recompensa, la misericordia y las bendiciones divinas descenderán como el rocío matutino sobre los que las imploran.

Padres y madres, cada mañana y cada noche, juntad vuestros hijos alrededor vuestro, y elevad vuestros corazones a Dios por humildes súplicas. Vuestros amados están expuestos a la tentación. Hay dificultades cotidianas sembradas en el camino de

los jóvenes y de sus mayores. Los que quieran vivir con paciencia, amor y gozo deben orar. Será únicamente obteniendo la ayuda constante de Dios cómo podremos obtener la victoria sobre nosotros mismos.

Cada mañana consagraos a Dios con vuestros hijos. No contéis con los meses ni los años; no os pertenecen. Sólo el día presente es vuestro. Durante sus horas, trabajad por el Maestro, como si fuese vuestro último día en la tierra. Presentad todos vuestros planes a Dios, a fin de que él os ayude a ejecutarlos o abandonarlos según lo indique su Providencia. Haced los planes de Dios en lugar de los vuestros, aun cuando esta aceptación exija que renunciéis a proyectos por largo tiempo acariciados. Así, vuestra vida será siempre más y más amoldada conforme al ejemplo divino, y "la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros entendimientos en Cristo Jesús." Filipenses 4:7.

Capítulo 4

La responsabilidad de los esposos

Estimado Hermano y Estimada Hermana: Acabáis de unir os para toda la vida. Empieza vuestra educación en la vida marital. El primer año de la vida conyugal es un año de experiencia, en el cual marido y mujer aprenden a conocer sus diferentes rasgos de carácter, como en la escuela un niño aprende su lección. No permitáis, pues, que se escriban durante ese primer año de vuestro matrimonio, capítulos que mutilen vuestra felicidad futura.

Para comprender lo que verdaderamente es el matrimonio, se requiere toda una vida. Los que se casan, ingresan en una escuela en la cual no acabarán nunca sus estudios.

Hermano mío, el tiempo, las fuerzas y la felicidad de su esposa están ahora ligados a los suyos. Su influencia sobre ella puede ser sabor de vida para vida o sabor de muerte para muerte. Cuide de no echarle a perder la vida.

Hermana mía, Vd. debe ahora tomar sus primeras lecciones prácticas acerca de sus responsabilidades como esposa. No deje de aprender fielmente estas lecciones día tras día. No abra la puerta al descontento o al mal humor. No busque una vida fácil y de ocio. Vele constantemente para no abandonarse al egoísmo.

En vuestra unión para toda la vida, vuestros afectos deben contribuir a vuestra felicidad mutua. Cada uno debe velar por la felicidad del otro. Tal es la voluntad de Dios para con vosotros. Mas aunque debéis confundiros hasta ser uno, ni el uno ni el otro debe perder su individualidad. Dios es quien posee vuestra individualidad; y a él debéis preguntar: ¿Qué es bueno?, ¿qué es malo? y ¿cómo puedo alcanzar mejor el blanco de mi existencia? "No sois vuestros. Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios." 1 Corintios 6:19, 20. Vuestro amor por lo que es humano debe ser secundario a vuestro amor por Dios. La abundancia de vuestro amor debe dirigirse hacia Aquel que dió su vida por vosotros. El alma que vive para Dios le tributa el mejor de sus afectos. ¿Se dirige la mayor parte de vuestro amor hacia Aquel que murió por vosotros? Si es así,

vuestro amor recíproco será conforme al orden celestial.

Vuestro afecto podrá ser tan claro como el cristal, arrobador en su pureza, y sin embargo, podría ser superficial por no haber sido probado. Dad a Cristo, en todas las cosas, el lugar primero, el último y el mejor. Contempladle constantemente, y vuestro amor por él, en la medida en que sea probado, se hará cada día más profundo y más fuerte. Y a medida que crezca vuestro amor por él, vuestro amor mutuo aumentará también en fuerza y profundidad. "Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma semejanza." 2 Corintios 3:18.

Tenéis ahora deberes que cumplir que no existían para vosotros antes de vuestro matrimonio. "Vestíos pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de tolerancia." Colosenses 3:12. Examinad con cuidado las instrucciones siguientes: "Andad en amor, como también Cristo nos amó. ... Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia. ... Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella." Efesios 5:2, 22-25. El matrimonio, unión para toda la vida, es semejanza de la unión de Cristo con su iglesia. El espíritu que Cristo manifiesta hacia su iglesia es el mismo espíritu que debe reinar entre los esposos.

Ninguno de los dos debe tratar de dominar. El Señor ha presentado los principios que deben guiarnos. El esposo debe amar a su esposa como Cristo amó a la iglesia. La mujer debe respetar y amar a su marido. Ambos deben cultivar un espíritu de bondad, y estar bien resueltos a nunca perjudicarse ni causarse pena el uno al otro.

Hermanos míos, ambos tenéis una voluntad fuerte. Podéis hacer de ella una gran bendición o una gran maldición para vosotros y para aquellos con quienes tengáis relaciones. No tratéis de constreñiros el uno al otro. No podéis obrar así y conservar vuestro amor recíproco. Las manifestaciones de la propia voluntad destruyen la paz y la felicidad de la familia. No dejéis penetrar el desacuerdo en vuestra vida conyugal. De lo contrario seréis desdichados ambos. Sed amables en vuestras palabras y bondadosos en vuestras acciones; renunciad a vuestros deseos personales. Vigilad vuestras palabras, porque ellas ejercen una influencia considerable para bien o para mal. No dejéis

traslucir irritación en la voz, mas poned en vuestra vida el dulce perfume de la semejanza de Cristo.

Antes de entrar en una unión tan íntima como el matrimonio, un hombre debiera saber dominarse a sí mismo y cómo obrar con los demás.

En la educación de los niños, hay ciertas circunstancias en las cuales la voluntad firme de la madre se halla en pugna con la voluntad irracional e indisciplinada del niño. En tales casos, la madre necesita mucha sabiduría. Al obrar de una manera poco prudente, al someter al niño por la fuerza, se le puede hacer un daño incalculable.

Una crisis de ese género debe evitarse tanto como se pueda, porque implica una lucha violenta tanto para la madre como para el niño. Pero cuando se manifiesta tal estado de cosas, hay que inducir al niño a someter su voluntad a la voluntad más sabia de sus padres.

La madre debe dominarse perfectamente ella misma, y no hacer nada que despierte en su hijo un espíritu de desafío. Nunca debe dar órdenes a gritos. Ganará mucho si conserva una voz dulce y amable. Debe obrar con su hijo de un modo que lo conduzca a Jesús. Ella debe acordarse de que Dios es su sostén, y el amor su fuerza. Si es una creyente prudente, no tratará de obligar a su hijo a someterse. Ella orará con fervor para que el enemigo no tenga la victoria, y mientras ore, se dará cuenta de que su vida espiritual se renueva. Verá que la misma potencia que obra en ella obra también en su hijo. Este se volverá más amable y sumiso. Así ganará la victoria. La paciencia, la bondad, las sanas palabras de la madre cumplen esa obra. La paz sucede a la tormenta como el sol a la lluvia. Los ángeles que observaron la escena entonan gozosos cantos.

Estas crisis se producen también entre marido y mujer. A menos que ellos estén bajo la influencia del Espíritu de Dios, manifestarán en tales ocasiones el mismo espíritu impulsivo e irracional que se revela tan a menudo en los niños. Esa lucha entre dos voluntades será entonces parecida al choque de la peña contra la peña.

Hermano mío, sea bueno, paciente, indulgente. Acuérdesse de que su esposa le ha aceptado por marido no para que Vd. la domine sino para que sea su sostén. No sea nunca imperioso y arbitrario. No haga uso de su fuerte voluntad para obligar a su esposa a hacer lo que Vd. quiera. Acuérdesse de que ella también tiene una voluntad y que tiene

probablemente tantos deseos como Vd. de obrar según su criterio. Acuérdesse también de que Vd. tiene la ventaja de una experiencia más larga. Tenga para ella miramientos y cortesía. "La sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos." Santiago 3:17.

Hay una victoria que ambos debéis obtener, cueste lo que cueste: es la victoria sobre la terquedad. No la obtendréis sino mediante la ayuda de Cristo. Podréis luchar mucho tiempo para dominaros, pero será sin éxito si no recibís la fuerza de lo alto. Mediante la gracia de Cristo, podréis obtener la victoria sobre vosotros mismos y sobre vuestro egoísmo. Si vivís la vida de Cristo, si a cada paso consentís al sacrificio, si manifestáis constantemente una simpatía siempre mayor para con aquellos que necesitan ayuda, obtendréis victoria tras victoria. Día tras día, aprenderéis a dominaros y a fortalecer los puntos débiles de vuestros caracteres. El Señor Jesús será vuestra luz, vuestra fuerza, vuestra corona de gozo, porque habréis sometido vuestra voluntad a la suya.

Hombres y mujeres pueden alcanzar el ideal que Dios les propone si consienten en aceptar a Cristo como Ayudador suyo. Entregaos completamente a Dios. El pensamiento de que habéis de luchar para conseguir la vida eterna os fortalecerá y estimulará. Cristo puede daros fuerza para vencer. Mediante su ayuda, podréis destruir el egoísmo hasta en sus raíces más profundas.

Cristo murió para que la vida del hombre, envuelta en la suya, disfrute de la comunión de la divinidad y de la humanidad. El vino a la tierra y llevó una existencia divino-humana para que la vida de los hombres y mujeres fuese tan armoniosa como Dios lo desea. El Salvador os pide que os neguéis a vosotros mismos y llevéis vuestra cruz. Entonces nada podrá impedir, en vuestro ser entero y en vuestra vida diaria, un desarrollo sano y armonioso.

Recordad, hermanos míos, que Dios es amor, y que por su gracia podéis llegar a haceros mutuamente felices, según lo prometisteis en ocasión de vuestro casamiento. Por la fuerza del Redentor, podéis trabajar con sabiduría y potencia para ayudar a la regeneración de alguna existencia desdichada. ¿Qué hay de imposible para Cristo? El es perfecto en sabiduría, en justicia y en amor. No os encerréis en vosotros mismos; ni os contentéis con poner todos vuestros afectos el uno en el otro. Aprovechad cada ocasión de trabajar por aquellos que os rodean y compartid con ellos vuestros afectos. Las

palabras amables, las miradas de simpatía, las expresiones de agradecimiento son para muchos de los que luchan a solas como un vaso de agua fresca para un alma sedienta. Una palabra de estímulo, un acto de bondad contribuyen mucho a aliviar el fardo que pesa sobre los hombros cansados. La verdadera felicidad se halla en el servicio desinteresado para servir a otros. Cada palabra, cada acción ejecutada en este espíritu queda anotada en los libros del cielo como habiendo sido dicha o hecha para Cristo. "Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis." Mateo 25:40.

Vivid en el resplandor del amor del Salvador. Entonces vuestra influencia será bendita para el mundo. Permitid al espíritu de Cristo que se apodere de vosotros. Esté siempre en vuestros labios la ley de la bondad. La indulgencia y el altruismo caracterizan las palabras y las acciones de quienes nacieron de nuevo para vivir una vida nueva en Cristo Jesús.

Capítulo 5

El conocimiento de las leyes de la salud

Hemos llegado a un tiempo en el cual cada miembro de la iglesia debe hacer obra misionera médica. Este mundo se parece a un hospital lleno de víctimas de enfermedades físicas y espirituales. Por todas partes, hay gente que muere por carecer del conocimiento de las verdades que nos han sido confiadas. Es necesario que los miembros de la iglesia despierten y comprendan su responsabilidad en cuanto a dar a conocer estas verdades. Los que han sido alumbrados por la verdad deben ser portaluces para el mundo. En el tiempo actual, ocultar nuestra luz sería una gravísima falta. El mensaje que Dios dirige a su pueblo hoy es éste: "Levántate, resplandece; que ha venido tu lumbre, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti." Isaías 60:1.

Por todas partes, se ven personas que han tenido mucha luz y conocimiento, elegir voluntariamente el mal antes que el bien. No tratan de reformarse, y empeoran de día en día. Mas los hijos de Dios no deben vivir en las tinieblas. Como reformadores, deben andar en la luz.

La obra médica misionera abrirá muchas puertas delante del verdadero reformador. No es necesario esperar hasta ser llamado a algún campo lejano para acudir en auxilio de nuestros prójimos. Dondequiera que estemos podemos empezar inmediatamente. Se presentan ocasiones para todos. Emprendamos el trabajo del cual somos responsables, la obra que debe hacerse en nuestra casa y en nuestro vecindario. No esperemos a que se nos inste a obrar. Con temor de Dios, echemos mano a la obra sin dilación, acordándonos de nuestra responsabilidad personal delante de Aquel que dió su vida por nosotros. Obremos como quienes oyen a Cristo llamarlos personalmente a hacer cuanto sea posible para servirle. No miremos en derredor nuestro para ver quiénes más están listos. Si somos verdaderamente consagrados, Dios traerá a la verdad, por nuestro ministerio, a otras personas de las que podrá servirse para comunicar la luz a buen número de aquellos que andan a tientas en las tinieblas.

Todos pueden hacer algo. Algunos dirán, tratando de disculparse: "Mis deberes domésticos, mis hijos, exigen todo mi tiempo y todos mis recursos." Padres, vuestros hijos pueden ser para vosotros una ayuda que acreciente vuestras fuerzas y capacidades

de trabajar para el Maestro. Los niños son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Deben ser inducidos a consagrarse a Dios al cual pertenecen por derecho de creación y de redención. Se les debe enseñar que todas sus energías del espíritu, del cuerpo y del alma pertenecen al Señor. Hay que enseñarles a servir en diferentes ramos de la obra. No permitáis que vuestros hijos sean impedimentos. Ellos deben compartir con vosotros vuestras cargas espirituales así como las materiales. Al ayudar a otros, ellos acrecientan su propia felicidad y utilidad.

Nuestros hermanos y hermanas deben demostrar que se interesan intensamente en la obra misionera médica. Deben prepararse para hacerse útiles estudiando los libros escritos para nuestra instrucción en este sentido. Dichos libros son dignos de nuestra atención, y merecen ser más apreciados que en lo pasado. Una gran parte de las verdades que todos debieran conocer para su propio bien fueron escritas con la intención de instruirnos acerca de los principios de la salud. Los que estudian y ponen en práctica dichos principios serán abundantemente bendecidos, física y espiritualmente. Una comprensión de la filosofía de la salud será una salvaguardia contra los muchos males que continuamente van en aumento.

Muchos de los que quisieran adquirir conocimientos en el ramo médico misionero, tienen deberes domésticos que les impiden a veces unirse a otros para el estudio. En tal caso, pueden aprender muchas cosas en su casa acerca de la voluntad de Dios con referencia a dicha obra misionera y aumentar así su capacidad de ayudar a otros. Padres y madres, tratad de obtener cuanta ayuda os sea posible del estudio de nuestros libros y periódicos. Leed la Revista Good Health;* está llena de enseñanzas útiles. Tomad tiempo para leer a vuestros hijos un capítulo de nuestros libros referentes a la salud, así como de aquellos que tratan más particularmente temas religiosos. Enseñadles la importancia que tiene el cuidado de nuestro cuerpo,--este tabernáculo que habitamos. Formad un círculo de lectura en el cual cada miembro de la familia, poniendo a un lado los cuidados del día, se dedicará al estudio. Padres, madres, hermanos, hermanas, tomad a pecho esa tarea y veréis cuán ampliamente se beneficiará con ello vuestra familia.

Sobre todo, los jóvenes que han tomado la costumbre de leer novelas recibirán beneficios de este estudio de la velada en casa. Jóvenes de ambos sexos, leed las obras que puedan daros un conocimientos verdadero, para contribuir a la ayuda de toda la familia. Decid con firmeza: "No quiero perder un tiempo precioso leyendo lo que no me

reportará ningún provecho y así me impedirá ser útil para los demás. Quiero consagrar mi tiempo y mis pensamientos a hacerme capaz de servir a Dios. Quiero apartar los ojos de las cosas frívolas y culpables. Mis oídos pertenecen al Señor, y no quiero escuchar los ratiocinios sutiles del enemigo. Mi voz no quedará, en ninguna manera, a la disposición de una voluntad que no esté bajo la influencia del Espíritu de Dios. Mi cuerpo es templo del Espíritu Santo y emplearé todas las facultades de mi ser para perseguir un noble fin."

El Señor ha designado a la juventud para que acuda en su ayuda. Si en cada iglesia, ella se consagrare a él, si ella quisiese practicar en el hogar un espíritu de sacrificio, aliviando a la madre de familia agotada por el trabajo, ésta hallaría tiempo para visitar a sus vecinos, y los niños podrían ellos también, cuando se presentase la ocasión, hacer algunas diligencias con espíritu de compasión y amor. Los libros y las revistas que tratan de la salud y de la temperancia podrán ser colocados en muchas casas. La difusión de esos impresos es algo importante, porque, gracias a ellos pueden comunicarse conocimientos preciosos acerca del tratamiento de las enfermedades, conocimientos que resultarán en un gran beneficio para quienes no pueden pagarse las consultas de un médico.

Los padres deberían tratar de interesar a sus hijos en el estudio de la fisiología. Pocos jóvenes tienen un conocimiento preciso de los misterios de la vida. Muchos padres no se interesan bastante en el estudio del maravilloso organismo humano, de las relaciones y de las dependencias de sus complicados órganos. Aunque Dios les dice: "Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como tu alma," no comprenden, sin embargo, la influencia del cuerpo sobre el espíritu ni del espíritu sobre el cuerpo. Dedicán su atención a cosas triviales y luego alegan que les falta el tiempo para obtener la información necesaria que les permitiría instruir convenientemente a sus hijos.

Si cada uno quisiese obtener conocimientos a ese respecto, y sintiese la importancia de ponerlos en práctica, presenciáramos un estado de cosas mejor. Padres, enseñad a vuestros hijos a razonar de las causas a los efectos. Mostradles que si violan las leyes de la salud tendrán que pagar la transgresión con sufrimientos. Mostradles que la temeridad respecto a la salud del cuerpo favorece la temeridad en las cosas morales. Vuestros hijos necesitan cuidado paciente y fiel. No basta que los alimentéis y los vistáis. Debéis tratar también de desarrollar su fuerza mental y llenar su corazón de

principios justos. Mas ¡cuán a menudo sucede que la belleza del carácter y la amabilidad del genio son descuidados para atender a la apariencia externa! ¡Oh, padres, no os dejéis gobernar por la opinión del mundo y no tratéis de alcanzar su norma! Decidid por vosotros mismos cuál debe ser el objeto esencial de la vida y luego dedicad todos vuestros esfuerzos a alcanzarlo. No podéis descuidar impunemente la educación de vuestros hijos. Los defectos de su carácter publicarán vuestro descuido a este respecto. Los errores que dejéis pasar sin corrección, los modales bruscos, groseros, la falta de respeto y obediencia, las costumbres de indolencia y falta de atención, deshonrarán vuestro nombre y amargarán vuestra vida. El destino de vuestros hijos está en gran medida en vuestras manos. Al faltar a vuestro deber con respecto a ellos, podéis colocarlos en las filas del enemigo y hacer de ellos piedras de tropiezo para los demás; por otra parte, instruyéndolos fielmente, ofreciéndoles con vuestra vida un ejemplo de piedad, podéis conducirlos a Cristo. A su vez, ellos ejercerán sobre otros la misma influencia, y así, por vuestro medio, podrá salvarse gran número de almas.

Padres y madres, ¿comprendéis la importancia de la responsabilidad que recae sobre vosotros? ¿Comprendéis la necesidad de preservar a vuestros hijos del descuido y de las costumbres desmoralizadoras? No les permitáis entrar en relación con otras personas fuera de aquellas que ejercerán una buena influencia sobre su carácter. No los dejéis salir de noche a menos que sepáis adónde van y lo que hacen. Instruídlos en los principios de la pureza moral. Si habéis descuidado de enseñarles a este respecto, precepto tras precepto, renglón tras renglón, un poco aquí y un poco allá, cumplid inmediatamente este deber. Hacedos cargo de vuestra responsabilidad, y trabajad para el tiempo presente y para la eternidad. No dejéis transcurrir ni un día más sin confesar vuestra negligencia a vuestros hijos. Decidles que habéis decidido ahora hacer la obra que Dios os ha asignado. Pedidles que emprendan con vosotros esa reforma. Haced esfuerzos diligentes para redimir lo pasado. No permanezcáis por más tiempo en el estado de la iglesia de Laodicea. En el nombre del Señor, yo suplico a cada familia que enarbole su verdadero estandarte. Reformad la iglesia que está en el seno de vuestra propia familia.

Mientras cumplís vuestros deberes hacia vuestra familia, el padre como sacerdote de la casa y la madre como misionera del hogar, multiplicaréis agentes capaces de hacer bien fuera de vuestra casa. Al emplear vuestras facultades, os capacitaréis mejor para trabajar en la iglesia y entre vuestros vecinos. Al vincularos con vuestros hijos y al conducirlos a Dios, vosotros los padres vendréis a ser con ellos obreros con Dios.

Capítulo 6

La alta vocación de los empleados de nuestros sanatorios

Los empleados de nuestros sanatorios han sido llamados a una alta y santa vocación. Necesitan comprender mejor que en lo pasado el carácter sagrado de su tarea. La obra que ejecutan y el alcance de la influencia que ejercen exigen de ellos un esfuerzo fervoroso y una consagración sin reservas. En nuestros sanatorios, los enfermos y dolientes deben ser inducidos a comprender que necesitan auxilio espiritual tanto como curación física. En ellos deben recibir todos los cuidados favorables al restablecimiento de la salud; mas hay que hacerles ver también cuáles son los beneficios que provienen de la vida de Cristo y de la comunión con él. Hay que mostrarles que la gracia del Señor, obrando en el alma, eleva a todo el ser. Y para ellos el mejor modo de aprender a conocer la vida de Jesús consiste en verla realizada en la vida de sus discípulos.

El que trabaja fielmente tiene los ojos puestos en Jesucristo. Recuerda que su esperanza de vida eterna la debe a la cruz del Calvario, y está resuelto a no deshonrar jamás a quien dió su vida por él. Se interesa profundamente en los sufrimientos de la humanidad. Ora y trabaja. Cuida de las almas como quien deberá dar cuenta, sabiendo que las almas que Dios pone en relación con la verdad y la justicia son dignas de ser salvas.

Los que trabajan en nuestros sanatorios están empeñados en una guerra santa. Deben presentar a los enfermos y a los afligidos la verdad tal cual es en Jesús. Deben presentarla en toda su solemnidad, y, sin embargo, con tal sencillez y ternura que las almas sean conducidas al Salvador. Deben siempre, en sus palabras y acciones, mostrar que Cristo es la esperanza de vida eterna. Nunca deben hablar de una manera impaciente ni obrar egoístamente. Los empleados deben tratar a cada uno con bondad. Sus palabras deben ser amables y corteses. Los que den prueba de verdadera modestia y cortesía cristiana ganarán almas para Cristo.

Debemos esforzarnos por restablecer la salud física y espiritual de aquellos que acudan a nuestros sanatorios. Preparémonos, pues, a substraerlos durante cierto tiempo de las circunstancias que los alejaron de Dios, y a colocarlos en una atmósfera más pura.

Cuando los enfermos están en el campo, rodeados de las bellezas de la naturaleza, impregnados del aire puro que allí se respira, es más fácil hablarles de la vida nueva que es en Cristo Jesús. Allí es donde la Palabra de Dios puede enseñarse con más éxito. Allí es donde los rayos del Sol de Justicia penetran mejor en los corazones entenebrecidos por el pecado. Con paciencia y simpatía, enseñad a los enfermos a comprender que necesitan al Salvador. Decidles que él es quien da fuerza a los débiles; quien aumenta la potencia de los que no tienen ya energía.

Necesitamos comprender mejor el sentido de estas palabras: "Debajo de su sombra me senté con gran deleite." Cantares 2:3 (VM), Ellas no evocan en nuestro espíritu la imagen de un apresuramiento febril, sino por el contrario, la de un dulce reposo. Son muchos los que profesan ser cristianos y que manifiestan inquietud y depresión, y los que rebosan actividad, pero no pueden hallar tiempo para reposar tranquilamente en las promesas de Dios. Obrar como si no pudiesen permitirse tener paz y tranquilidad. A éstos dirige Cristo esta invitación: "Venid a mí, ... que yo os haré descansar." Mateo 11:28. Apartémonos de las encrucijadas polvorientas y calurosas que frecuenta la multitud y vayamos a descansar a la sombra del amor del Salvador. Allí es donde obtendremos fuerza para continuar la lucha; allí es donde aprenderemos a abandonar nuestras congojas y a cantar las alabanzas de Dios. Aprendan de Jesús una lección de calma confiada aquellos que están trabajados y cargados. Deben sentarse a su sombra si quieren recibir de él la paz y el reposo.

Los que trabajan en nuestros sanatorios deben poseer una rica experiencia cristiana, fruto de la verdad implantada en el corazón y nutrida por la gracia de Dios. Arrraigados y afirmados en la verdad, deben tener una fe que obre por amor y que purifique el alma. Pidiendo constantemente las bendiciones que necesitan, deben cerrar las ventanas de su alma a la atmósfera apestada del mundo y abrirlas, por el contrario, hacia el cielo, para dejar entrar los brillantes rayos del Sol de Justicia.

¿Quién se está preparando para encargarse de una manera inteligente de la obra médica misionera? Los que acudan a recibir los cuidados en nuestros sanatorios deben, mediante esta obra, ser conducidos al Salvador y aprender a unir su debilidad a la fuerza de él. Cada obrero debe ser inteligente y capaz; y entonces podrá presentar de una manera amplia y elevada la verdad tal cual es en Jesús.

Los que trabajan en nuestros sanatorios están constantemente expuestos a la

tentación. Puestos en relación con los incrédulos, los que no están firmes en la verdad sufrirán por este contacto. Pero aquellos que moran en Cristo, arrostrarán a los incrédulos como lo hizo Cristo mismo: inflexibles en su obediencia, estarán siempre listos para decir una palabra buena en el momento oportuno y a esparcir la simiente de verdad. Ellos perseverarán en la oración; mantendrán su integridad y darán cada día pruebas de la estabilidad de su religión. La influencia de tales empleados será una bendición para muchos. Mediante una vida bien ordenada, conducirá almas a la cruz. Un verdadero cristiano confiesa constantemente a su Salvador. Está siempre gozoso, listo para pronunciar palabras de esperanza y de consuelo a los que sufren. "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová." Proverbios 1:7.

Una palabra de la Escritura tiene más valor que diez mil ideas o argumentos humanos. Aquellos que se niegan a seguir los planes de Dios, oirán finalmente la sentencia: "Apartaos de mí." Mas si nos sometemos a la voluntad de Dios, el Señor Jesús dirige nuestra mente y pone en nuestros labios palabras de seguridad. Podemos ser fuertes en el Señor y en la potencia de su fortaleza. Al recibir a Cristo, quedamos revestidos de su potencia. Cuando el Salvador habita en nosotros, su fuerza viene a ser nuestra; su verdad mora en nosotros en abundancia, y ninguna injusticia se advierte en nuestra vida. Llegamos a poder decir palabras oportunas a quienes no conocen la verdad. La presencia de Cristo en el corazón es una potencia vivificadora, que fortalece todo el ser.

Se me ha ordenado que diga a los empleados de nuestros sanatorios que la incredulidad y la confianza en sí mismo son los peligros contra los cuales deben prevenirse constantemente. Deben guerrear contra el mal con tal celo y ardor, que los enfermos sientan la influencia ennoblecedora de sus esfuerzos desinteresados.

Ningún rastro de egoísmo debe mancillar nuestro servicio. "No podéis servir a Dios y a Mamón." Ensalzad ante el mundo al Hombre del Calvario. Exaltadle por una fe viva en Dios a fin de que vuestras oraciones puedan ser oídas. ¿Comprendemos bien claramente hasta qué punto se acerca Jesús a nosotros? Se dirige a nosotros personalmente. Se revelará a todo aquel que quiera ser revestido de su justicia. Declara: "Yo soy quien sostiene tu diestra." Coloquémonos en un lugar donde pueda verdaderamente sostenernos, donde podamos oírle decir con fuerza y autoridad: "Fuí muerto; y he aquí vivo para siempre jamás."

Capítulo 7

El valor de la vida al aire libre

Las grandes instituciones médicas de las ciudades, que se llaman sanatorios, realizan sólo una parte del bien que podrían hacer si estuviesen colocadas en sitios donde los enfermos pudiesen gozar de la vida al aire libre. Se me ha mostrado que deben fundarse sanatorios en muchos lugares del campo, y que la obra de esas instituciones ayudará grandemente la causa de la salud y de la justicia.

Las cosas de la naturaleza son bendiciones de Dios destinadas a proporcionar salud al cuerpo, al espíritu y al alma. Son dadas al que goza de buena salud para que la conserve y al enfermo para curarlo. Asociadas a los tratamientos hidroterápicos, son más eficaces para el restablecimiento de la salud que todas las drogas del mundo.

En el campo, los enfermos hallan muchas cosas que apartan su atención de su persona y de sus sufrimientos. Por todas partes, pueden verse las bellezas de la naturaleza: las flores, los campos, los árboles frutales cargados de sus ricos tesoros, los árboles del bosque que dan su sombra tan agradable y las colinas y los valles con sus matices verdes tan variados y las diferentes escenas de la vida que en ellos se manifiestan.

Además, los enfermos no quedan simplemente arrobados por lo que les rodea, sino que aprenden al mismo tiempo preciosas lecciones espirituales. Rodeados por las obras maravillosas de Dios, su espíritu se eleva de las cosas visibles a las invisibles. Las bellezas de la naturaleza los inducen a pensar en los encantos inefables de la tierra renovada, donde nada vendrá ya a destruir las bellezas de la naturaleza, ni a causar enfermedad o muerte.

La naturaleza es el médico de Dios. El aire puro, el alegre sol, las bellas flores y los grandes árboles, los vergeles, los viñedos y el ejercicio al aire libre en medio de esas cosas maravillosas, he aquí lo que comunica salud, he aquí el elixir de vida. La vida al aire libre es el único medicamento que muchos enfermos necesitan. Su influencia es potente para curar las enfermedades que resultan de la vida moderna, de esa vida que debilita y destruye las energías mentales y espirituales.

¡Con qué agradecimiento los enfermos cansados del régimen de la ciudad, del encandilamiento de las luces y del ruido de la calle, acogen la paz y la libertad que se disfruta en el campo! ¡Con qué avidez se ponen a contemplar las escenas de la naturaleza! ¡Cuán felices serían con gozar de las ventajas de un sanatorio del campo, donde pudiesen sentarse al aire libre, alegrarse al sol y respirar el suave perfume de los árboles y de las flores! Hay propiedades vivificantes en el bálsamo de los pinos, en el perfume de los coníferos; hay aún otros árboles que comunican salud; no hay que derribarlos inconscientemente: cultivadlos cuando están en número suficiente y plantadlos cuando faltan.

Nada tiene mejor éxito para restablecer la salud y dar felicidad al enfermo crónico que vivir entre las cosas atrayentes de la campiña. Allí, los enfermos más graves pueden acostarse o sentarse al sol o a la sombra de los árboles. No tienen más que alzar los ojos y contemplar sobre ellos la belleza del follaje. Se maravillan de no haber notado antes la gracia de las ramas que se encorvan en bóveda por encima de ellos y les dan la sombra que necesitan. Cuando escuchan el murmullo de la brisa, una dulce sensación de paz penetra en su corazón. Renace su valor; las fuerzas, a punto de abandonarlos, se renuevan. Inconscientemente, su espíritu se apacigua; su pulso febril se calma y regulariza. A medida que estos enfermos cobran fuerza, se aventuran a dar algunos pasos para recoger flores, las mensajeras del amor de Dios hacia su familia terrestre.

Estimulad a los enfermos a pasar mucho tiempo al aire libre. Haced planes para mantenerlos afuera donde, por medio de la naturaleza, puedan entrar en comunión con Dios. Colocad los sanatorios en vastas propiedades donde los pacientes puedan ocuparse en el cultivo del suelo y obtener así un ejercicio saludable. Un ejercicio tal, combinado con tratamientos higiénicos, obrará milagros para la curación de los enfermos y refrigerará los ánimos cansados y agotados. En condiciones tan favorables, los enfermos no necesitarán tanto cuidado como si estuviesen encerrados en un sanatorio urbano. No estarán tampoco tan dispuestos al descontento y a la murmuración. Serán más susceptibles de aprender las lecciones del amor de Dios y más capaces de reconocer que Aquel que cuida tan maravillosamente a los pájaros y las flores, cuidará también de los seres creados a su imagen. Así se concede al médico y a sus ayudantes ocasión de alcanzar al alma y de hacer conocer el Dios de la naturaleza a quienes buscan el restablecimiento de la salud.

He visto, en una visión de noche, un sanatorio instalado en el campo. La institución no era grande, pero completa. Estaba rodeada de hermosos árboles, arbustos y más lejos, de vegetales. Había también jardines en los cuales las señoras enfermas podían, si querían, cultivar flores de toda especie, eligiendo cada enferma un pedacito de terreno para cuidarlo. El ejercicio al aire libre en esos jardines se prescribía como parte del tratamiento regular.

Vi desfilar bajo mis ojos varias escenas. En la una, buen número de enfermos acababa de llegar a uno de nuestros sanatorios del campo. En otra vi a los mismos pacientes, pero completamente transformados. Su enfermedad había desaparecido; su tez era límpida; su actitud gozosa. El cuerpo y el espíritu parecían animados de una vida nueva.

Me fué mostrado que los enfermos que han recobrado la salud en nuestros sanatorios del campo y que vuelven al seno de su familia, vendrán a ser como una lección objetiva viviente, y que muchos otros quedarán favorablemente impresionados por el cambio que se verificará en ellos. Muchos enfermos y dolientes se alejarán de la ciudad para ir al campo y se negarán a conformar sus costumbres al modo de vivir y a los hábitos de las ciudades. Tratarán más bien de volver a recuperar su salud en uno de nuestros sanatorios del campo. Así, aunque estemos alejados de las ciudades por unos treinta o cuarenta kilómetros, podremos alcanzar a la gente, y aquellos que buscan la salud tendrán ocasión de recuperarla en las condiciones más favorables.

Dios hará por nosotros maravillas si trabajamos por él con fe. Obremos, pues, de un modo inteligente, para que nuestros esfuerzos sean bendecidos del cielo y coronados de éxito.

¿Por qué los jóvenes de ambos sexos que desean saber cuidar a los enfermos, no tendrían ampliamente acceso a los recursos maravillosos de la naturaleza? ¿Por qué no se les enseñaría con cuidado a valorar y emplear dichos recursos? En lo que concierne a la ubicación de los sanatorios, nuestros médicos han cometido un error. No han aprovechado, como deberían haberlo hecho, los recursos que ofrece la naturaleza. Dios desea que los sitios elegidos para instalar nuestros sanatorios sean agradables, y que los enfermos estén rodeados de cosas deleitosas para los sentidos. Dios nos ayude a hacer cuanto esté en nuestro poder para utilizar las fuerzas vivificantes del sol y del aire puro. Cuando, como pueblo, sigamos minuciosamente el método de Dios en nuestros

sanatorios, se apreciarán mejor los recursos de la naturaleza.

Capítulo 8

Lejos de las ciudades

Los que tienen algo que ver con la elección de un sitio para un sanatorio deben estudiar con oración el carácter y objeto de nuestra obra sanitaria. Deben acordarse de que han de contribuir al restablecimiento de la imagen de Dios en el hombre. Deben dar, por un lado, los remedios que alivian los sufrimientos físicos, y por el otro, el evangelio que alivia los sufrimientos del alma. Así serán verdaderos misioneros médicos. Deben sembrar la semilla de la verdad en muchos corazones.

Ningún egoísmo, ninguna ambición personal debe admitirse en la elección de un sitio para nuestros sanatorios. Cristo vino a este mundo para enseñarnos a vivir y a trabajar. Aprendamos, pues, de él, a no elegir para nuestros sanatorios sitios que satisfagan nuestros gustos, sino los lugares que convengan mejor para nuestra obra.

Se me ha mostrado que en nuestra obra médica misionera hemos perdido muchas ventajas por no comprender la necesidad de cambiar nuestros planes concernientes a la ubicación de nuestros sanatorios. Es la voluntad de Dios que estas instituciones se establezcan lejos de las ciudades. Debieran estar en el campo, y sus alrededores ser tan agradables como sea posible. En la naturaleza, huerto de Dios, los enfermos hallarán siempre algo que distraiga su atención de sí mismos y eleve sus pensamientos a Dios.

Se me ha mostrado que los enfermos deben ser cuidados lejos del bullicio de las ciudades, lejos del ruido de los tranvías, y de los coches. Aún los habitantes del campo que vengan a nuestros sanatorios se congratularán de estar en un lugar donde reine la calma. En ese retiro, será más fácil que los pacientes sientan la influencia del Espíritu de Dios.

El huerto de Edén, morada de nuestros primeros padres, era extremadamente hermoso. Graciosos arbustos y flores delicadas deleitaban los ojos a cada paso. En ese huerto, había flores de toda especie, árboles de esencia que llevaban casi todos frutos perfumados y deliciosos. En sus ramas, las aves modulaban sus cantos de alabanza. Adán y Eva, en su pureza inmaculada, se regocijaban por lo que veían y oían en el Edén. Aun hoy, a pesar de que el pecado haya echado su sombra sobre la tierra, Dios

desea que sus hijos se regocijen en la obra de sus manos. Colocar nuestros sanatorios en medio de las obras de la naturaleza es seguir el plan de Dios, y cuanto más minuciosamente sigamos dicho plan, tanto mayores milagros hará Dios para la curación de la humanidad doliente. Se deben elegir, para nuestras escuelas e instituciones médicas, lugares alejados de las oscuras nubes de pecado que cubren las grandes ciudades, lugares donde el Sol de Justicia pueda nacer, trayendo "en sus alas ... salud." Malaquías 4:2.

Los hermanos dirigentes de nuestra obra deben dar instrucciones a fin de que nuestros sanatorios se establezcan en lugares agradables, lejos del bullicio de las ciudades, allí donde, gracias a sabias instrucciones el pensamiento de los pacientes pueda ponerse en relación con el pensamiento de Dios. Muchas veces he descripto tales lugares, mas parecería que ningún oído haya prestado atención a lo que he dicho. Aún recientemente, las ventajas que ofrecería el establecer nuestras instituciones, y particularmente nuestros sanatorios y escuelas fuera de las ciudades, me han sido mostradas de una manera clara y convincente.

¿Por qué tienen nuestros médicos tanto deseo de establecerse en las ciudades? Hasta la atmósfera de las ciudades está corrompida. En ellas, los enfermos que tienen hábitos depravados que vencer no pueden quedar preservados de un modo conveniente. Para las víctimas de la bebida, los cafés de la ciudad constituyen una tentación continua. Colocar nuestros sanatorios en un ambiente impío, es contrarrestar los esfuerzos que se hagan para restablecer la salud de los pacientes.

En el porvenir, la condición de las ciudades empeorará siempre más, y su influencia se reconocerá como desfavorable al cumplimiento de la obra encargada a nuestros sanatorios.

Desde el punto de vista de la salud, el humo y el polvo de las ciudades son extremadamente perjudiciales. Los enfermos que, en la mayoría de los casos se ven encerrados entre cuatro paredes, se sienten como prisioneros en sus habitaciones. Cuando miran por la ventana, no ven más que casas y más casas. Los que están así encerrados en sus piezas propenden a meditar en sus sufrimientos y pesares. Hasta sucede a veces que ciertos enfermos quedan envenenados por su propia respiración.

Muchos otros inconvenientes resultan también del establecimiento de las

instituciones médicas importantes en las grandes ciudades.

¿Por qué se habrá de privar a los enfermos de las propiedades curativas que se hallan en la vida al aire libre! Se me ha mostrado que si a los enfermos se les estimula a salir de sus habitaciones y a pasar su tiempo al aire libre, a cultivar flores o a realizar algún trabajo fácil y agradable, su espíritu se desviará de su persona hacia objetos más favorables para su curación. El ejercicio al aire libre debiera prescribirse como una necesidad bienhechora y vivificadora. Cuanto más se pueda exponer al enfermo al aire vivificante, tanto menos cuidados necesitará. Cuanto más alegres sean los alrededores, tanto más henchido quedará de esperanza. Rodead a los enfermos de las cosas más hermosas de la naturaleza. Colocadlos donde puedan ver crecer las flores y oír el gorjeo de los pajaritos y su corazón cantará al unísono con los trinos de las aves. Encerradlos, por el contrario, en habitaciones, y se volverán tristes e irritables, por elegantemente amueblada que esté la pieza. Dad a los enfermos los beneficios de la vida al aire libre. Así se elevará su alma hacia Dios, y se sentirán aliviados corporal y espiritualmente.

"¡Lejos de las ciudades!" Tal es mi mensaje. Hace mucho que nuestros médicos deberían haber advertido esa necesidad. Espero y creo que comprenderán ahora su importancia, y ruego a Dios que así sea.

Se está acercando el tiempo cuando las grandes ciudades serán visitadas por los juicios de Dios. Aún un poco de tiempo, y esas ciudades serán sacudidas con violencia. Cualesquiera que sean las dimensiones y la solidez de los edificios, cualesquiera que sean las precauciones tomadas contra el incendio, si el dedo de Dios toca esas casas, en algunos minutos o algunas horas quedarán reducidas a escombros.

Las impías ciudades de nuestro mundo serán destruídas desde los cimientos hasta el techo. Mediante las catástrofes que ocasionan actualmente la ruina de grandes edificios y de barrios enteros, Dios nos muestra lo que acontecerá en toda la tierra. Nos ha dicho: "De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama se enternece, y las hojas brotan, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando viereis todas estas cosas, sabed que está cercano, a las puertas." Mateo 24:32, 33.

Los edificios de ladrillos y piedra no son los mejores para un sanatorio, porque son generalmente fríos y húmedos. Podrá decirse que un edificio de ladrillos es más agradable a la vista y que nuestros sanatorios deben ser hermosos edificios; pero

necesitamos sobretodo edificio amplios, y si los ladrillos son demasiado caros, debemos edificar con madera. Debemos tratar de ahorrar; es absolutamente necesario a causa de la magnitud de la obra que debe realizarse en muchos ramos de la viña moral del Señor.

Se ha dicho que los pacientes no se sentirán a cubierto de los incendios en un edificio de madera; mas si éste se halla en el campo y no en una ciudad, donde las casas están apretadas unas contra otras, el fuego no podrá provenir más que de adentro y no de afuera; y en tales circunstancias un edificio de ladrillo no quedaría mejor preservado del fuego. Hay que explicar a los enfermos que para la salud un edificio de madera es más conveniente que uno de ladrillo. Durante años me ha sido dada luz especial acerca de nuestro deber de no centralizar nuestra obra en las ciudades. El ruido y bullicio que las llenan, las condiciones que en ellas crean los sindicatos y las huelgas, impedirán nuestra obra. Los hombres tratan de lograr que los obreros de diferentes oficios se sindicuen. Tal no es el plan de Dios, sino el de una potencia que no debemos jamás reconocer. La Palabra de Dios se cumple: los malos parecen juntarse como haces preparados para encender un fuego.

Debemos emplear ahora todas las capacidades que se nos han confiado para dar el gran mensaje al mundo. En la obra que nos incumbe debemos conservar nuestra personalidad. No debemos unirnos a sociedades secretas ni sindicarnos. Debemos permanecer libres delante de Dios y esperar de Jesús las instrucciones que necesitamos. Todos nuestros movimientos deben realizarse comprendiendo la importancia de la obra que debemos hacer para Dios.

Me ha sido mostrado que las ciudades se llenarán de confusión, violencia y crímenes; y que todas estas cosas aumentarán hasta el fin de la historia del mundo.

Capítulo 9

Lejos de los barrios ricos

Puede parecerse bueno colocar nuestros sanatorios en barrios ricos, pensando que ello dará prestigio a nuestra obra y asegurará una buena clientela para nuestras instituciones; pero ello no es correcto. "Jehová mira no lo que el hombre mira," 1 Samuel 16:7. El hombre considera la apariencia, Dios mira al corazón. Cuanto menor sea el número de casas opulentas que rodean nuestras instituciones, menor será el número de molestias. Muchos propietarios ricos son irreligiosos y burladores. Los pensamientos mundanos llenan su mente. Las diversiones, los goces y las risas ocupan su tiempo. El lujo y la extravagancia en el vestir absorben sus recursos. En sus casas no se recibe voluntariamente a los mensajeros celestiales. Esas personas prefieren que Dios se mantenga apartado. La humildad es una lección que el hombre aprende muy difícilmente, y es aún más difícil para los ricos y voluptuosos. Los que no se consideran como quienes deben dar cuenta a Dios de lo que poseen, se verán tentados a colocarse en primer lugar, como si sus riquezas, en dinero y en tierras, los independizasen de Dios. Llenos de orgullo y suficiencia propia, piensan valer tanto como su fortuna.

Muchos de esos ricos son, a los ojos de Dios, administradores infieles. El ve el fraude en la manera en que adquirieron su fortuna y disfrutaban de ella. Ellos despreciaron a Aquel que posee todas las cosas y no han dedicado a aliviar a los dolientes y oprimidos los recursos que les fueron confiados. Han acumulado sobre sus cabezas la ira divina, porque Dios recompensará a cada uno según su obra. Esos hombres no adoran a Dios: se adoran a sí mismos. Ahuyentan de su pensamiento la justicia y la misericordia para reemplazarlas por un espíritu de avaricia y oposición. Dios dice: "¿No los tengo de visitar sobre estas cosas!" Jeremías 9:9.

Dios no quedaría satisfecho al ver a cualquiera de nuestras instituciones colocada en un sitio de esta clase, aun cuando sus ventajas parecieran considerables. Los hombres ricos y egoístas ejercen una influencia nefasta sobre los espíritus, y por su medio el enemigo tratará de obstruir nuestro camino. Las malas compañías son siempre perjudiciales a la piedad, y los principios aprobados de Dios pueden quedar destruidos por un vecindario tal. Dios no quiere que seamos como Lot, quien fué a habitar en un lugar donde él y su familia estaban en relaciones constantes con el mal. Lot era rico

cuando fué a Sodoma, y sin embargo lo tuvo que abandonar todo. Conducido por la mano de los ángeles, vió a los mensajeros de la ira divina hacer caer las llamas de fuego que consumieron a los habitantes de aquella ciudad altamente favorecida, borrando su encantadora belleza y reduciendo a triste soledad un lugar que Dios había creado maravillosamente hermoso.

Nuestros sanatorios no debieran ubicarse cerca de las residencias ricas. De hecho serían considerados como intrusos y serían objeto de aversión. Las expresiones hirientes y las opiniones desfavorables, circularían porque recibiríamos en ellos a enfermos de todas clases. La religión pura y sin mácula hace de todos los hijos de Dios una sola familia. Los une con Jesús en Dios; mas el espíritu del mundo es orgulloso, parcial y exclusivista.

Mantengamos nuestros edificios apartados de las residencias principescas; si sus habitantes necesitan nuestros cuidados, aléjense de sus compañeros acostumbrados para dirigirse a lugares más apartados. No agradaremos a Dios si construimos nuestros sanatorios en medio de una población de gente extravagante en su manera de vivir y de vestirse, y que sólo se sienta atraída por aquellos que usan gran ostentación.

Capítulo 10

Direcciones a seguir al edificar

Como pueblo elegido de Dios no podemos copiar las costumbres y prácticas del mundo, ni imitar la moda que en él impera. No estamos en tal ignorancia que hayamos de conformarnos a los modelos que nos ofrece el mundo, y contar con la apariencia para que nuestras empresas tengan éxito. El Señor nos ha dicho de dónde proviene nuestra fuerza: "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." Zacarías 4:6. Cuando lo juzga bueno, el Señor da a quienes guardan su Palabra la potencia para ejercer fuerte influencia para bien. De hecho, ellos dependen de Dios, y a él tendrán que dar cuenta de la manera en que han empleado los talentos que les confió. Deben comprender que son administradores de los bienes del Señor y que es deber suyo glorificar su nombre.

Los que hayan puesto todos sus afectos en Dios tendrán éxito. En Cristo, se perderán a sí mismos de vista y los atractivos del mundo no tendrán ningún poder para apartarlos de la obediencia. Comprenderán que el vestir no da fuerza. No es una apariencia imponente la que representa de una manera correcta la obra que debemos realizar como pueblo elegido de Dios. Los que trabajan en relación con nuestra obra sanitaria deben estar adornados de la gracia de Cristo. Ello les permitirá ejercer la mayor influencia que sea dable ejercer para el bien.

El Señor quiere seriamente lo que él desea. Sus promesas nos son hechas a condición de que cumplamos fielmente su voluntad. Por esto, cuando se trata de construir sanatorios, él debe tener el primero, el último y el mejor lugar.

Los que sirven a Dios deben velar para que su gusto de la ostentación no arrastre a otros a los placeres fáciles y a la vanidad. Dios no desea que siervo alguno suyo entre en empresas costosas e inútiles que han de sumirlo en deudas y lo priven de los recursos que podría traer para ayudar a la obra del Señor. Mientras los que profesan creer la verdad presente anden en las sendas del Señor para obrar según la justicia, podrán contar con que el Señor los hará prosperar. Mas si prefieren errar lejos de la senda estrecha, atraerán la ruina sobre sí mismos y sobre aquellos que los tomen por modelos.

Los que funden establecimientos médicos deben dar el buen ejemplo. Aun cuando haya dinero, no deben gastar más de lo absolutamente necesario. La obra del Señor debe dirigirse teniendo en cuenta las necesidades de cada parte de la viña. Somos todos miembros de una misma familia, hijos de un mismo Padre, y los ingresos del Señor deben emplearse del modo que mejor favorezca los intereses de su causa en el mundo entero. El Señor quiere que consideréis todas las partes del campo, y su viña debe ser cultivada en conjunto.

No se debe gastar en algunos lugares todo el dinero de la tesorería; debemos, por el contrario, trabajar para fundar la obra en muchos lugares. Deben añadirse constantemente nuevos territorios al reino de Dios. Otras partes de su viña deben recibir la ayuda que dará carácter a la obra. El Señor nos prohíbe buscar en su servicio la satisfacción de nuestros deseos egoístas. Nos prohíbe hacer planes que priven a nuestro prójimo de las facilidades que le permitirían desempeñar un papel en la difusión de la verdad. Debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Debemos también recordar que nuestra obra ha de corresponder a nuestra fe. Creemos que el Señor vendrá pronto; ¿no debe manifestarse esta convicción por los edificios que construimos? ¿Vamos a invertir sumas considerables en edificios que pronto quedarán consumidos por la conflagración final? Nuestro dinero representa almas, y debemos emplearlo de manera que dé a conocer la verdad a aquellos que, a causa del pecado, están bajo la condenación divina. Renunciemos, pues, a nuestros planes ambiciosos, y seamos precavidos contra los extremos y la imprevisión, por temor de que, estando vacía la tesorería del Señor, sus obreros no dispongan ya de los recursos necesarios para cumplir la tarea que se les ha confiado.

Nuestras anteriores instituciones han gastado sumas de dinero más considerables de lo necesario. Los que estimaron propio obrar así pensaban que ese gasto daría carácter a la obra, mas este argumento no justifica dichos gastos exagerados.

Dios desea que el espíritu humilde y manso del Maestro, quien es la Majestad del cielo y el Rey de gloria, se manifieste constantemente en nuestras instituciones. No se ha estudiado debidamente la primera venida de Cristo. El vino para ser nuestro Ejemplo en todo. Su vida fué una vida de estricta abnegación. Si seguimos su ejemplo, no gastaremos jamás dinero sin necesidad. No buscaremos lo que agrada a los ojos. Tratemos más bien de cuidar de que la luz de la verdad resplandezca por medio de

nuestras buenas obras. Sea Dios glorificado por el empleo de mejores métodos de sanar a los enfermos y aliviar a los que sufren. Lo que da carácter a nuestra obra, no es el dinero que enterramos en la construcción de nuestros edificios, sino nuestra perseverancia en los principios religiosos, y la semejanza de nuestro carácter al de Cristo.

Los errores cometidos en el pasado en la construcción de ciertos edificios, deben ser advertencias saludables para lo por venir. Debemos ver en qué se equivocaron otros, y en vez de imitar sus errores, tratar de hacer mejor que ellos. En todo lo que hacemos para el adelantamiento de la obra, debemos tener en cuenta la necesidad de ahorrar. No debe hacerse ningún gasto inútil. El Señor ha de venir pronto, y nuestros gastos en edificios deben armonizar con nuestra fe. Nuestros fondos deben dedicarse a amueblar habitaciones alegres, y asegurar a los enfermos buenos alimentos, así como un ambiente favorable para la salud.

Nuestros planes referentes a la construcción y muebles de nuestras instituciones deben subordinarse a nuestra comunión constante y humilde con Dios. No debe parecer necesario dar a esos establecimientos apariencia de ricos. Porque la apariencia no es un modo de obtener éxito; no es más que un engaño. El deseo de dar apariencias que no convienen siempre a la obra que Dios nos ha asignado, es un tirano sin misericordia, porque exige el gasto de grandes sumas de dinero; es como un cáncer roedor.

Los hombres de buen criterio prefieren la comodidad a la elegancia y el lujo. Es un error pensar que al cuidar las apariencias se atraería a muchos pacientes, y por consiguiente las ganancias serían más considerables. Mas aun suponiendo que este proceder aumentase la clientela, no podemos consentir que nuestros sanatorios sean amueblados según las costumbres de lujo de nuestro siglo. La influencia cristiana es demasiado valiosa para quedar así sacrificada. Todo lo que rodea nuestras instituciones, y cuanto esté en ellas, debe armonizar con las enseñanzas de Cristo y la expresión de nuestra fe. Nuestra obra, en todos sus ramos, debe ser una lección de juicio santificado y no de ostentación y despilfarro.

No son los edificios vistosos y costosos, ni los muebles de lujo, ni las mesas cargadas de manjares delicados, lo que dará a nuestra obra influencia y éxito; es la fe que obra por el amor y purifica el alma; es la atmósfera de gracia que rodea al creyente; es el Espíritu Santo, obrando en el pensamiento y el corazón, lo que da a nuestra obra el

sabor de vida para vida y que permite a Dios bendecirla.

Dios quiere hoy comunicarse con su pueblo y darle la sabiduría necesaria para hacer su voluntad, así como se comunicaba antaño con su pueblo, y le dió la sabiduría necesaria para construir su santuario. Por la construcción de este edificio, él había dado una representación de su potencia y majestad; y su nombre debe igualmente quedar honrado hoy por los edificios que se construyen para él. La fidelidad, la solidez y la conveniencia deben notarse en cada detalle.

Los que están encargados de la construcción de un sanatorio deben representar la verdad trabajando con el espíritu y el amor de Dios. Así como Noé amonestó al mundo al construir el arca, por el trabajo que se haga en la construcción de las instituciones del Señor, se predicarán sermones, y el corazón de algunos se convencerá y convertirá. Sientan, pues, nuestros obreros la necesidad constante de la ayuda de Cristo, para que nuestras instituciones no sean establecidas en vano. Mientras la obra de construcción progresa, acuérdense de que, así como en los días de Noé y Moisés Dios había determinado todos los detalles del arca y del santuario, así también en la construcción de las instituciones modernas, él vigila personalmente el trabajo que se realiza. Acuérdense de que el gran Arquitecto desea dirigir su obra por su Palabra, por su Espíritu y por su providencia. Por esto, deben tomarse el tiempo de recibir sus consejos. La voz de la oración y la melodía de los himnos santos, deben elevarse hasta él como el humo del incienso. Todos deben comprender que dependen enteramente de Dios. Deben acordarse de que están fundando una institución por medio de la cual debe cumplirse con éxito una obra que tendrá consecuencias infinitas, y que al cumplir así el trabajo, deben ser colaboradores de Dios. "Mirar a Jesús," tal debe ser nuestro lema. Y ésta es la promesa que nos es hecha: "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar: sobre ti fijaré mis ojos." Salmos 32:8.

Capítulo 11

La centralización

A los hermanos dirigentes de nuestra obra médica

Estimados Hermanos, El Señor trabaja imparcialmente en todas las partes de su viña. Son los hombres los que desorganizan su obra. El no concede a su pueblo el privilegio de recoger grandes sumas de dinero para establecer instituciones en algunos puntos solamente, de modo que no quede nada para instalar instituciones similares en otros lugares.

Deben fundarse muchas otras instituciones en las ciudades de Norteamérica, especialmente en la parte sur de los Estados Unidos, donde se ha hecho muy poca cosa hasta ahora. En los países extranjeros, deben emprenderse y dirigirse con éxito muchas empresas médicas misioneras. El establecimiento de los sanatorios es tan importante en Europa y otros países extranjeros como en los Estados Unidos.

El Señor desea que su pueblo comprenda qué clase de trabajo debe realizarse, y su parte como administrador fiel y prudente en la inversión de los capitales. En cuanto concierne a la construcción de edificios, él desea que se calcule el gasto a fin de saber si hay bastante dinero para terminar lo emprendido. Quiere también que se recuerde que no hay que concentrar todo el dinero de un modo egoísta en algunos lugares solamente, sino que conviene tener en consideración los otros lugares, muy numerosos, donde deben establecerse instituciones.

De las instrucciones que he recibido se desprende que los administradores de todas nuestras instituciones, especialmente de los sanatorios recién establecidos, deben ahorrar con cuidado para poder acudir en auxilio de otras instituciones que deben establecerse en otras partes del mundo. Aun cuando tengan una buena cantidad de dinero en caja, deben hacer sus planes teniendo en cuenta las necesidades del gran campo misionero de Dios.

No es conforme a la voluntad de Dios que su pueblo construya sanatorios gigantescos. Antes bien, conviene establecer muchos de ellos. No deben ser grandes,

pero lo suficientemente completos para poder realizar un buen trabajo.

Se me han dado advertencias acerca de la formación de enfermeros y evangelistas médico-misioneros. No debemos centralizar esta preparación en un solo lugar. En todos los sanatorios establecidos es donde deben prepararse jóvenes de ambos sexos para el trabajo médico-misionero. El Señor abrirá delante de ellos un camino para que puedan trabajar por él.

Las profecías que se cumplen manifiestamente bajo nuestros ojos, nos muestran que se acerca el fin de todas las cosas. Debe realizarse un trabajo de gran importancia lejos de los lugares donde, en lo pasado, se han centralizado nuestros esfuerzos.

Cuando conducimos agua corriente para irrigar un jardín, no tratamos de regar un solo lugar, dejando a los demás en la sequía. Eso es, sin embargo, lo que hemos hecho en el pasado en algunos lugares, con perjuicio del vasto campo. ¿Permanecerán desolados los lugares áridos? No; circule en todas partes la corriente de agua viva, y esparza gozo y fertilidad.

No debemos nunca contar con la reputación y el puesto que nos concede el mundo. No debemos tampoco tratar de rivalizar, en cuanto a dimensiones y esplendor, con las instituciones del mundo. Obtendremos la victoria, no erigiendo vastos edificios ni rivalizando con nuestros enemigos, sino cultivando un espíritu cristiano, un espíritu manso y humilde. Más vale la cruz con esperanzas frustradas pero con la vida eterna después, que vivir como príncipes y perder el cielo.

El Salvador de la humanidad nació de padres humildes, en un mundo malo y maldito por causa del pecado. Criado en la obscura Nazaret, pequeña ciudad de Galilea, comenzó su obra en la pobreza y sencillez. Dios envió, pues, el evangelio de un modo muy diferente del que muchos, hoy día, creen que es su deber proclamarlo.

En el principio de la dispensación evangélica, Cristo enseñó a su iglesia a contar no con el puesto elevado y el esplendor que concede el mundo, sino con la potencia de la fe y de la obediencia. El favor de Dios tiene más valor que el oro y la plata. La potencia del Espíritu Santo tiene un precio inestimable.

Así habla el Señor: "Los edificios no darán carácter a mi obra, a menos que los

que los construyen sigan mis instrucciones. En lo que se refiere al establecimiento de instituciones, si los que en lo pasado dirigieron la obra hubiesen obrado por principios puros y exentos de egoísmo, no habría habido jamás semejante acumulación de recursos míos en uno o dos lugares; se habrían establecido instituciones en numerosas localidades; las semillas de la verdad, echadas en mayor número de campos, habrían germinado y dado frutos para mi gloria.

"Los lugares que fueron descuidados deben ahora atraer vuestra atención. Mi pueblo debe hacer una obra rápida. Los que se consagren completamente a mí con intenciones puras, los que entreguen su cuerpo, su alma y su espíritu, trabajarán según mis métodos y en mi nombre. Cada uno se mantendrá en su lugar y mirará a mí, que soy el Guía y Consejero.

"Instruiré al ignorante y ungré con colirio celestial los ojos de muchos de aquellos que hoy están sumidos en las tinieblas. Levantaré obreros que ejecuten mi voluntad, preparando un pueblo que subsista delante de mí en el tiempo del fin. En muchos lugares que debían haber quedado provistos de sanatorios y escuelas desde hace mucho, estableceré mis instituciones, y ellas vendrán a ser centros de educación para la preparación de obreros."

El Señor trabajará en el ánimo de los hombres en lugares inesperados. Algunos de los que en apariencia son enemigos de la verdad, dedicarán, según la providencia divina, sus capitales a construir casas y comprar propiedades. Con el tiempo, estas propiedades serán ofrecidas en venta a un precio muy inferior al de su costo. Nuestros hermanos verán la mano de Dios en esto, y comprarán así excelentes propiedades adaptadas a la obra de educación. Harán planes, y obrarán con humildad y espíritu de sacrificio. Así es cómo hombres ricos preparan, inconscientemente, los instrumentos que permitirán al pueblo de Dios hacer progresar rápidamente su obra.

En diversos lugares se han de comprar propiedades con el fin de ubicar sanatorios. Nuestros hermanos deberán vigilar las ocasiones de comprar, lejos de las ciudades, propiedades en las que ya haya edificios y huertos en plena producción. La tierra tiene valor. En relación con nuestros sanatorios, deberá haber terrenos de los que una parte podrá dedicarse a la construcción de casas para los empleados y las demás personas que se preparen para la obra médica misionera.

Capítulo 12

El plan de Dios para con nuestras casas editoriales

Testigos de la verdad

"Vosotros sois mis testigos, dice Jehová," para "publicar libertad a los cautivos, y a los presos abertura de la cárcel; a promulgar año de la buena voluntad de Jehová, y día de venganza del Dios nuestro." Isaías 43:10; 61:1, 2.

Nuestra obra de publicación se estableció según las instrucciones de Dios y bajo su dirección especial. Fué fundada para alcanzar un objeto preciso. Los adventistas del séptimo día han sido elegidos por Dios como pueblo particular, separado del mundo. Con el gran instrumento de la verdad, los ha sacado de la cantera del mundo y los ha relacionado consigo. Ha hecho de ellos representantes suyos, y los ha llamado a ser sus embajadores durante esta última fase de la obra de salvación. Les ha encargado de proclamar al mundo la mayor suma de verdad que se haya confiado alguna vez a seres mortales, las advertencias más solemnes y terribles que Dios haya enviado alguna vez a los hombres. Y nuestras casas de publicación se cuentan entre los medios más eficaces para realizar esta obra.

Estas instituciones deben ser testigos de Dios y enseñar la justicia al mundo. La verdad debe resplandecer de ellas como una antorcha. Deben reflejar constantemente en las tinieblas del mundo rayos de luz que adviertan a los hombres los peligros que los exponen a la destrucción, y parecerse así a la poderosa luz de un faro edificado en una costa peligrosa.

Las páginas impresas que salen de nuestras casas de publicación, deben preparar a un pueblo para ir al encuentro de su Dios. En el mundo entero, estas instituciones deben realizar la misma obra que la que hizo Juan el Bautista en favor de la nación judaica. Mediante solemnes mensajes de amonestación, el profeta de Dios arrancaba a los hombres de sus sueños mundanos. Por su medio, Dios llamó al arrepentimiento al apóstata Israel. Por la presentación de la verdad desenmascaraba los errores populares. En contraste con las falsas teorías de su tiempo, la verdad resaltaba de sus enseñanzas con certidumbre eterna. "Arrepentíos, que el reino de los cielos se ha acercado." Mateo

3:2. Tal era el mensaje de Juan. El mismo mensaje debe ser anunciado al mundo hoy por las páginas impresas que salen de nuestras casas editoriales.

La profecía cumplida por la misión del Bautista delinea la tarea que nos incumbe: "Aparejad el camino del Señor, enderezad sus veredas." Mateo 3:2, 3. Así como Juan preparó el camino para la primera venida del Salvador, debemos nosotros preparar el camino para su segunda venida. Nuestras imprentas deben rehabilitar las pisoteadas exigencias de la ley de Dios. Frente al mundo, como agentes de reforma, deben mostrar que la ley de Dios es el fundamento de toda reforma duradera. Deben hacer comprender, clara y distintamente, la necesidad de la obediencia a todos sus mandamientos. Constreñidas por el amor de Cristo, deben trabajar con él para reedificar las ruinas antiguas y restaurar los cimientos antiguos de muchas generaciones. Deben reparar los portillos, restaurar las sendas. Por su testimonio, el sábado del cuarto mandamiento debe ser presentado como un testigo, como recuerdo de Dios, que llame la atención y suscite preguntas que dirijan la mente de los hombres hacia su Creador.

Nunca os olvidéis que estas instituciones deben cooperar con el ministerio de los enviados celestiales. Se cuentan entre los medios de propaganda representados por el ángel que volaba "por en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación y tribu y lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios, y dadle honra; porque la hora de su juicio es venida." Apocalipsis 14:6, 7.

También es de nuestras casas editoriales de donde ha de salir la terrible denuncia: "Ha caído, ha caído Babilonia, aquella grande ciudad, porque ella ha dado a beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación." Apocalipsis 14:8.

También son representadas por el tercer ángel que los siguió "diciendo en alta voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y toma la señal en su frente, o en su mano, éste también beberá del vino de la ira de Dios." Apocalipsis 14:9, 10.

Es también, en gran medida, por medio de nuestras imprentas cómo debe cumplirse la obra de aquel otro ángel que baja del cielo con gran potencia y alumbra la tierra con su gloria.

La responsabilidad que recae sobre nuestras casas editoriales es solemne. Los que

dirigen estas instituciones, los que redactan los periódicos y preparan los libros, alumbrados como están por la luz del plan de Dios, son tenidos por responsables de las almas de sus semejantes. A ellos, como a los predicadores de la Palabra, se aplica el mensaje dado antaño por Dios a su profeta: "Tú pues, hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los apereibirás de mi parte. Diciendo yo al impío: Impío, de cierto morirás; si tu no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, mas su sangre yo la demandaré de tu mano." Ezequiel 33:7, 8.

Nunca se ha aplicado este mensaje con tanta fuerza como hoy. El mundo desprecia cada día más las exigencias de Dios. Los hombres se han envalentonado en sus transgresiones. La maldad de los habitantes de la tierra, casi ha hecho desbordar la copa de sus iniquidades. Casi ha llegado la tierra al punto en el cual Dios se dispone a abandonarla en manos del destructor. La substitución de leyes humanas en lugar de la ley de Dios, la exaltación del domingo prescripta por una simple autoridad humana en reemplazo del sábado bíblico, constituye el último acto de este drama. Cuando esta substitución sea universal. Dios se revelará. Se levantará en su majestad y sacudirá poderosamente a la tierra. Castigará a los habitantes del mundo por sus iniquidades; y la tierra no encubrirá más la sangre ni ocultará más sus muertos.

El gran conflicto que Satanás hizo estallar en los atrios celestiales llegará pronto a su fin. Pronto, todos los habitantes de la tierra se habrán decidido por o en contra del gobierno del cielo. Como nunca antes, está Satanás desplegando ahora su potencia engañosa para seducir y destruir a toda alma que no esté precavida. Estamos llamados a rogar a los hombres a que se preparen para los acontecimientos que los esperan. Debemos advertir a los que se hallan expuestos a una destrucción inminente. El pueblo de Dios debe desplegar todas sus fuerzas para combatir los errores de Satanás y derribar sus fortalezas. Debemos explicar en el mundo entero, a todo ser humano que quiera escucharnos, los principios que están en juego en esa gran lucha, principios de los cuales depende el destino eterno de las almas. Debemos preguntar a todos solemnemente: "¿Sigue Vd. al gran apóstata en su desobediencia a la ley de Dios, o al Hijo de Dios quien declara: 'He guardado los mandamientos de mi Padre'?"

Tal es la tarea que está delante de nosotros. Para cumplirla han sido establecidas nuestras casas editoriales. Esta es la obra que el Señor desea ver realizarse por sus esfuerzos.

Demostración de los principios cristianos

No debemos simplemente publicar una teoría de la verdad, sino presentar una ilustración práctica de ella en nuestro carácter y en nuestra vida. Nuestras casas editoriales deben ser para el mundo una encarnación de los principios cristianos. En estas instituciones, si se logra el propósito de Dios a su respecto, Cristo mismo encabeza el personal. Los ángeles santos vigilan el trabajo en cada departamento. Todo lo que se hace en ellas lleva el sello del cielo, y demuestra la excelencia del carácter de Dios.

Dios ha ordenado que su obra sea presentada al mundo de una manera santa y distinta. Desea que sus hijos demuestren por su vida las ventajas de su fe sobre el espíritu mundano. Por su gracia, ha sido provisto todo lo necesario para que demostremos, en todas nuestras transacciones comerciales, la superioridad de los principios del cielo sobre los del mundo. Debemos demostrar que trabajamos según un plan más elevado que el de los mundanos. En todo, debemos dar pruebas de pureza de carácter y demostrar que la verdad, aceptada y obedecida, hace de los que la reciben hijos e hijas de Dios, hijos del Rey de los cielos, y que, como tales, son honrados en todo lo que hacen, fieles, veraces, y rectos en las cosas pequeñas como en las grandes.

Dios desea que la perfección caracterice todos nuestros trabajos, mecánicos o de otra clase. Desea que pongamos en cuanto hagamos para su servicio la exactitud, el talento, el tacto y la sabiduría que exigió cuando se construía el santuario terrenal. Desea que todos los asuntos tratados para su servicio sean tan puros, tan preciosos a sus ojos como el oro, el incienso y la mirra que los magos de Oriente trajeron en su fe sincera y sin mácula al niño Jesús.

Así es cómo, en sus asuntos comerciales, los discípulos de Cristo deben ser portaluces para el mundo. Dios no les exige que se esfuercen para brillar. El no aprueba ninguna tentativa presuntuosa hecha para dar pruebas de una bondad superior. Desea sencillamente que su alma, esté impregnada de los principios celestiales, y que, al ponerse en relación con el mundo, revelen la luz que hay en ellos. Su honradez, su rectitud, su fidelidad inquebrantable en todos los actos de la vida, llegarán a ser así una fuente de luz.

El reino de Dios no se revela por las apariencias que atraen la atención. Se

manifiesta por la calma que proviene de su palabra, por la operación interna del Espíritu Santo, por la comunión del alma con Aquel que es su vida. La mayor manifestación de su potencia se produce cuando la naturaleza humana es llevada a la perfección del carácter de Cristo.

Una apariencia de riqueza o alta posición, la arquitectura o los muebles costosos, no son esenciales para el adelantamiento de la causa de Dios; como tampoco, por otra parte, lo son las empresas que provocan los aplausos de los hombres y engendran el orgullo. El fasto del mundo, por imponente que sea, no tiene ningún valor ante Dios.

Aunque es nuestro deber buscar la perfección en las cosas externas, hay que recordar constantemente que éste no es el blanco supremo. Dicho deber ha de quedar subordinado a intereses más altos. Más que lo visible y pasajero, aprecia Dios lo invisible y eterno. Lo visible no tiene valor más que en la medida en que es expresión de lo invisible. Las obras de arte mejor terminadas no tienen una belleza comparable a la del carácter resultante de la operación del Espíritu Santo en el alma.

Cuando Dios dió a su Hijo al mundo, dotó a la humanidad de riquezas imperecederas, en comparación de las cuales no son absolutamente nada todos los tesoros amontonados por los hombres de todos los tiempos. Al venir a la tierra, Cristo se presentó a los hijos de los hombres con un amor acumulado durante la eternidad, y ese tesoro es él que nosotros, por nuestra comunión con él, debemos recibir, dar a conocer, e impartir a otros.

Nuestras instituciones darán carácter a la obra de Dios en la medida en que sus empleados se consagren a esta obra de todo corazón. Lo lograrán al dar a conocer la potencia de la gracia de Cristo para transformar la vida. Debemos ser distintos del mundo porque Dios puso su sello sobre nosotros, porque manifestó en nosotros su propio carácter de amor. Nuestro Redentor nos cubre con su justicia.

Al elegir a hombres y mujeres para su servicio, Dios no pregunta si son instruidos, elocuentes, o ricos en bienes de este mundo. Pregunta: "¿Andan con tal humildad que yo pueda enseñarles mis caminos? ¿Puedo poner mis palabras en sus labios? ¿Serán representantes míos?"

Dios puede emplear a cada uno en la medida en que pueda derramar su Espíritu

en el templo de su alma. El trabajo que él acepta, es el que refleja su imagen. Sus discípulos deben llevar, como credenciales para el mundo, las señales indelebles de sus principios inmortales.

Centros misioneros

Nuestras casas editoriales son centros establecidos por Dios. Por su medio debe realizarse una obra cuya extensión no conocemos todavía. Dios les pide su cooperación en ciertos ramos de su obra que hasta ahora les han sido ajenos.

Entra en el propósito de Dios que a medida que el mensaje penetre en campos nuevos, se continúe la formación de nuevos centros de influencia. Por todas partes, sus hijos deben levantar monumentos del sábado, la señal entre él y ellos por la cual se conoce que él los santifica. En los campos misioneros deben fundarse casas editoriales en diversos lugares. Dar carácter a la obra; formar centros de esfuerzos e influencia; atraer la atención de la gente; desarrollar los talentos y aptitudes de los creyentes; establecer un vínculo entre las nuevas iglesias; sostener los esfuerzos de los obreros y darles medios más rápidos de comunicarse con las iglesias y de expresar el mensaje,--tales son las razones, con muchas otras, que abogan en favor del establecimiento de imprentas en los campos misioneros.

Las instituciones ya establecidas tienen el privilegio, aún más, el deber, de tomar parte en esta obra. Estas instituciones han sido fundadas por la abnegación y las privaciones de los hijos de Dios y gracias al trabajo desinteresado de los siervos del Señor. Dios desea que el mismo espíritu de sacrificio caracterice estas instituciones, y que ellas a su vez hagan el mismo trabajo contribuyendo al establecimiento de nuevos centros en otros campos.

Una misma ley rige las instituciones y los individuos. Ellas no deben concentrarse en sí mismas. A medida que una institución se vuelva estable, y desarrolle su fuerza e influencia, no debe tratar constantemente de asegurarse nuevas y mejores instalaciones. Para cada institución como para cada individuo, es un hecho que recibimos para poder impartir. Dios nos da a fin de que podamos dar. En cuanto una institución ha alcanzado un grado suficiente de desarrollo, debe esforzarse para acudir en auxilio de otras instituciones de Dios que tienen mayores necesidades.

Esto está en armonía con los principios de la ley y del evangelio, principios ilustrados por la vida de Cristo. La mejor prueba de la sinceridad de nuestra obediencia a la ley de Dios y de nuestra lealtad con el Redentor, es un amor desinteresado dispuesto al sacrificio por nuestro prójimo.

La gloria del evangelio consiste en restaurar en nuestra especie caída la imagen de la divinidad por una manifestación constante de beneficencia. Dios honrará este principio doquiera se manifieste.

Los que, por amor de la verdad, siguen el ejemplo de abnegación de Cristo, hacen una impresión considerable sobre el mundo. Su ejemplo es convincente y contagioso. Los hombres ven que hay entre los hijos de Dios una fe que obra por amor y que purifica el alma de todo egoísmo. En la vida de quienes obedecen los mandamientos de Dios, los mundanos ven la evidencia convincente de que la ley de Dios es una ley de amor para con Dios y el hombre.

La obra de Dios debe ser siempre una señal de su benevolencia, y en el grado en que esta señal se manifieste en el trabajo de nuestras instituciones, conquistará la confianza de la gente y obtendrá los recursos necesarios para el adelantamiento de su reino. El Señor retraerá sus bendiciones de cualquier ramo de su obra donde se manifiesten intereses egoístas; pero en el mundo entero dará anchura a su pueblo si éste aprovecha sus beneficios para el mejoramiento de la humanidad. Si aceptamos de todo corazón el principio divino de la benevolencia, si consentimos en obedecer en todo a las indicaciones del Espíritu Santo, tendremos la misma experiencia que los apóstoles.

Escuelas de obreros

Nuestras instituciones deben ser agencias misioneras en el sentido más completo de la palabra, y el verdadero trabajo misionero empieza siempre por los más cercanos. Hay trabajo misionero que realizar en el interior de cada institución. Desde el director hasta el más humilde obrero, todos deben sentir su responsabilidad para con los inconversos que haya en su medio. Deben poner por obra los esfuerzos más celosos para traerlos al Señor. Como resultado de tales esfuerzos, muchos serán ganados y llegarán a ser fieles y leales en el servicio de Dios.

A medida que nuestras casas editoriales tomen a pecho la obra en los campos

misioneros, verán la necesidad de proveer una educación más amplia y completa a sus obreros. Comprenderán el valor de las ventajas que poseen para realizar esta tarea, y sentirán la necesidad de formar obreros calificados no sólo para mejorar las condiciones de trabajo en sus propios talleres, sino también para ofrecer ayuda eficaz a las instituciones fundadas en campos nuevos.

Dios desea que nuestras casas editoriales sean buenas escuelas, tanto para la instrucción industrial y comercial como en las cosas espirituales. Los directores y obreros deben recordar constantemente que Dios exige la perfección en todas las cosas que están relacionadas con su servicio. Comprendan esto todos los que entran en nuestras instituciones para recibir en ellas instrucción. Dad a todos ocasión de adquirir la mayor eficiencia posible, y de familiarizarse con diferentes ramos de trabajo; de esta manera, si son llamados a otros campos, tendrán una preparación completa y serán calificados para llevar varias responsabilidades.

Los aprendices deben formarse de tal manera que después de haber pasado en la institución el tiempo necesario, puedan desempeñar inteligentemente en otra institución los diferentes trabajos de imprenta, dar impulso a la causa de Dios por el empleo juicioso de sus energías y comunicar a otros los conocimientos recibidos.

A todos los obreros se les debe dar a comprender que no sólo han de prepararse para los ramos comerciales, sino también calificarse para llevar responsabilidades espirituales. Comprenda cada obrero la importancia que tiene la comunión personal con el Señor, la experiencia personal de su potencia para salvar. Sean todos ellos educados como lo eran los jóvenes que frecuentaban las escuelas de los profetas. Sea su mente amoldada por Dios mediante los recursos que él mismo proveyó. Todos deben ser instruídos en las cosas de la Biblia; deben estar arraigados y fundados en los principios de la verdad, a fin de permanecer en el camino del Señor para obrar en él con justicia y discernimiento. Realícense todos los esfuerzos posibles para despertar y estimular el espíritu misionero. Es necesario que los obreros estén llenos del sentimiento del alto privilegio que les es concedido de ser empleados por Dios como colaboradores suyos. Aprenda cada uno a trabajar para salvar a sus semejantes donde se encuentre; aprendan todos a considerar la Palabra de Dios para recibir instrucción en todos los ramos del esfuerzo misionero. Entonces, a medida que la Palabra de Dios les sea comunicada, proporcionará a su mente sugerencias para trabajar de modo que obtendrán para el Señor los mejores productos de todas las partes de su viña.

Cumplimiento del plan de Dios

Jesús desea, por la plenitud de su potencia, corroborar de tal modo a su pueblo que por su medio el mundo entero quede rodeado de una atmósfera de gracia. Cuando su pueblo se someta de todo corazón a Dios, dicho plan quedará realizado. La palabra que el Señor dirige a los que trabajan en sus instituciones es: "Limpiaos, los que lleváis los vasos de Jehová." Isaías 52:11. En todas nuestras instituciones, dé lugar el egoísmo al amor desinteresado y al trabajo en favor de las almas cercanas y lejanas. Entonces el aceite santo correrá de los dos olivos en los conductos de oro, y de ellos a los vasos preparados para recibirlo. Entonces la vida de los obreros de Cristo será verdaderamente una demostración de las verdades de su Palabra.

El amor y temor de Dios, el sentimiento de su bondad y santidad serán visibles en cada institución. Una atmósfera de amor y paz rodeará todos los departamentos. Cada palabra pronunciada, cada trabajo realizado, tendrá una influencia que corresponderá a la del cielo. Cristo habitará en el hombre y el hombre morará en Cristo. En todos los trabajos se manifestará el carácter del Dios infinito y no el del hombre. La influencia divina comunicada por los santos ángeles impresionará a las mentes puestas en relación con los empleados; y de cada uno de ellos se desprenderá una fragante influencia.

Cuando estén llamados a entrar en nuevos campos, los obreros así formados partirán como representantes del Salvador, capaces de ser útiles en su servicio, capaces de comunicar a otros, por el precepto y el ejemplo, un conocimiento de la verdad presentó. El carácter formado por la potencia divina recibirá la luz y gloria del cielo, y será delante del mundo un testigo encargado de dirigir las miradas de los hombres hacia el trono del Dios viviente.

Entonces, la obra progresará con duplicada fuerza y se volverá cada vez más estable. Una eficiencia nueva se comunicará a cuantos trabajen en todos sus ramos. Las páginas impresas enviadas como mensajeros de Dios llevarán el sello del Eterno. Los rayos de luz del santuario celestial acompañarán la verdad preciosa que contienen. Como nunca antes, tendrán poder para despertar en las almas el sentimiento de pecado, para crear un deseo ardiente de justicia, de hacer nacer un ardiente deseo de poseer las cosas que no pasarán nunca. Habrá hombres que aprenderán a reconocer la reconciliación y justicia eternas que el Mesías trajo por su sacrificio. Muchos serán

llevados a compartir la gloriosa libertad de los hijos de Dios y estarán con el pueblo de Dios para dar la bienvenida a nuestro Señor y Salvador, cuando, pronto, vendrá con gloria y potencia.

Los trabajos comerciales

Desde el principio, nuestro Señor destinó nuestras casas editoriales a la promulgación de la verdad presente, así como a las diversas transacciones comerciales e industriales que implica dicha obra. Al mismo tiempo, deben, permanecer en contacto con el mundo, a fin de que la verdad sea como luz puesta en un candelero que alumbré a todos los que están en la casa. En su providencia, Dios puso a Daniel y a sus compañeros en relación con los grandes personajes de Babilonia, a fin de que esos hombres aprendiesen a conocer la religión de los hebreos y supiesen que Dios gobierna todos los reinos. En Babilonia, Daniel fué puesto en circunstancias muy difíciles; mas al paso que cumplió fielmente sus deberes de estadista, se negó constantemente a participar en cualquier acción contraria a los principios y a la obra de Dios. Su conducta provocó discusiones, y el Señor atrajo así la atención del rey de Babilonia a la fe de Daniel. Dios, que tenía luz en reserva para Nabucodonosor, le hizo conocer por medio de Daniel las cosas que habían sido predichas en las profecías concernientes a Babilonia y otros reinos. Por la interpretación del sueño de Nabucodonosor, Jehová fué ensalzado como más poderoso que los amos de la tierra. Así fué honrado Dios a causa de la fidelidad de Daniel. Así también desea el Señor que nuestras casas editoriales sean sus testigos.

Ocasiones ofrecidas por el trabajo comercial

Uno de los medios por los cuales estas instituciones están puestas en relación con el mundo, lo constituyen los trabajos comerciales. Son una puerta abierta para que se comunique la luz de la verdad.

Los empleados pueden tener la impresión de que realizan un trabajo puramente mecánico, mientras que están, por el contrario, ocupados en una obra que suscitará preguntas acerca de su fe y sus principios. Si están animados de un buen espíritu, podrán hablar en tiempo oportuno. Si está en ellos la luz de la verdad y del amor de Dios, no podrán menos que dejarla brillar. Hasta la manera en que manejan los asuntos comerciales manifestará la influencia de los principios divinos. Se puede decir de

nuestros obreros como se dijo antaño de los artesanos del tabernáculo: "Y lo he henchido de espíritu de Dios, en sabiduría, y en inteligencia, y en ciencia, y en todo artificio." Éxodo 31:3.

Esta obra no debe ocupar el primer puesto

En ningún caso deben nuestras casas editoriales dedicarse principalmente a los trabajos comerciales. De lo contrario, las personas que en ellas trabajen perderán de vista el blanco por el cual dichas casas fueron establecidas y su trabajo degenerará.

Los directores cuya percepción espiritual se extravíe, están expuestos al peligro de publicar impresos de dudoso mérito, simplemente por la ganancia que reportan. De ello resultará que el objeto por el cual fueron fundadas nuestras imprentas se perderá de vista, y nuestras instituciones serán consideradas como cualquier otra empresa comercial. Ello deshonrará a Dios.

En algunas de nuestras imprentas, el trabajo puramente comercial requiere un aumento constante de los gastos para la adquisición de máquinas y otras herramientas de precio elevado. Estos gastos gravan pesadamente el presupuesto de la institución. Además, cuando abunda el trabajo, se requiere no sólo un mayor equipo de herramientas, sino un número mayor de obreros del que se puede educar debidamente. Se asevera que el trabajo comercial es un beneficio financiero para la imprenta. Mas un Ser que tiene autoridad ha hecho la cuenta exacta de lo que cuesta este trabajo a nuestras principales casas editoriales. Ha presentado un balance que demuestra que las pérdidas exceden a los beneficios. Ha demostrado que este trabajo obliga a los obreros a apresurarse constantemente. En este ambiente de fiebre y mundanalidad, la verdadera piedad decae.

No es necesario que el trabajo comercial quede enteramente suprimido de nuestras imprentas, porque ello cerraría las puertas a los rayos de luz que deben ser comunicados al mundo. Las relaciones con la gente del mundo no son necesariamente perjudiciales para los obreros, como tampoco el trabajo de Daniel como estadista conmovió su fe o sus principios. Pero cada vez que ese trabajo realizado para las gentes del mundo parezca dañar la espiritualidad de las instituciones, se le debe excluir. Haced primero el trabajo que representa la verdad: Dadle siempre el primer lugar, luego al trabajo comercial el segundo. Nuestra misión consiste en dar al mundo un mensaje de

advertencia y misericordia.

Los precios

En el esfuerzo que se ha hecho para asegurar a nuestras imprentas una clientela que las saque de apuros financieros, se han fijado precios tan bajos que su trabajo no les reporta ningún beneficio. Los que se lisonjean de que había ganancia no han llevado cuenta exacta de todos los gastos. No rebajéis los precios simplemente para obtener trabajo. No aceptéis sino el trabajo que os dejará una ganancia razonable.

Por otro lado, no debe haber en nuestras transacciones comerciales ni una sombra de egoísmo o codicia. No se aproveche nadie de la ignorancia o de la situación de un hombre para exigirle precios exorbitantes por el trabajo hecho o por la venta de mercaderías. Se presentarán fuertes tentaciones de apartarse del camino recto; se encontrarán numerosos argumentos en favor de la conformidad a las prácticas del mundo, la adopción de costumbres que en realidad son deshonestas. Algunos pretenden que cuando se trata con personas faltas de delicadeza, hay que conformarse a la costumbre y ser como ellas; que si se fuese perfectamente íntegro sería imposible hacer negocios y ganarse la vida. ¿Dónde está nuestra fe en Dios? Le pertenecemos como hijos e hijas a condición de que nos separemos del mundo y no toquemos siquiera las cosas impuras. El Señor dirige estas palabras tanto a sus instituciones como a cada cristiano individualmente: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia" (Mateo 6:33), y ha prometido de un modo seguro que todas las cosas necesarias para la vida nos serán dadas por añadidura. Sobre cada conciencia debiera escribirse como quien burila sobre la roca con cincel de acero, que el verdadero éxito, para esta vida o la venidera, no puede obtenerse sino por la obediencia fiel a los principios eternos de la justicia.

Impresos desmoralizadores

Cuando nuestras casas editoriales hacen una gran cantidad de trabajo comercial, están expuestas al peligro de tener que imprimir literatura de valor dudoso. En cierta ocasión, mientras mi atención se concentraba en estas cuestiones, mi guía preguntó a uno de los hombres que ocupan una posición de responsabilidad en una de nuestras imprentas: "¿Cuánto os pagan por este trabajo?" Le fueron presentadas las cifras. Dijo: "Es demasiado poco. Si realizáis negocios en esta forma sufriréis pérdidas. Y aun cuando recibierais una suma más considerable, esta clase de escritos no podría

publicarse más que con gran déficit. La influencia que ejercen sobre los obreros es desmoralizadora. Todos los mensajes que Dios les manda para hacerles comprender el carácter sagrado de su obra quedarán neutralizados por el consentimiento que otorgáis a la publicación de tales cosas."

El mundo está inundado de libros que más valdría quemar que vender. Los libros que hablan de las guerras de los indios y cosas semejantes, que se publican y venden con la única intención de ganar dinero, no deberían leerse. Estos libros contienen una potencia fascinadora satánica. Los relatos espeluznantes de crímenes y atrocidades ejercen una influencia hechizadora sobre la juventud y provocan en ella el deseo de hacerse célebre por actos de maldad. Gran número de obras que son más históricas, no ejercen, sin embargo, mejor influencia. Las enormidades, crueldades y prácticas licenciosas descritas en esos libros han sido para muchos espíritus como una levadura que los impulsa a ejecutar actos semejantes. Los libros que describen las prácticas satánicas de los seres humanos dan publicidad a las malas obras. No es necesario revivir los horribles detalles de los crímenes y de los sufrimientos, y ninguno de los que creen en la verdad presente debe participar en la perpetuación de su recuerdo.

Las novelas de amor y las historias frívolas y excitantes constituyen otra clase de libros que son una maldición para todo lector. Puede el autor insertar una buena moraleja, puede también entremezclar en su obra sentimientos religiosos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, es Satanás que se disfraza de ángel de luz para engañar y seducir con más facilidad. En gran medida el espíritu recibe la influencia de las cosas de que se nutre. Los lectores de las historias frívolas o excitantes se vuelven incapaces de cumplir los deberes que les incumben. Viven en lo irreal, y no tienen ningún deseo de escudriñar las Escrituras para nutrirse del maná celestial. Su mente se debilita, y pierde su facultad de considerar los grandes problemas del deber y del destino.

Se me ha mostrado que los jóvenes están expuestos a grandes peligros por las malas lecturas. Satanás obra de manera que tanto los jóvenes como los adultos hallen placer en leer historias sin valor. Si se pudiese quemar buena parte de los libros publicados, ello detendría una plaga que realiza una obra espantosa mediante el debilitamiento de los espíritus y la corrupción de los corazones. Nadie es tan firme en los principios de la justicia que quede a cubierto de la tentación. Todas estas lecturas sin valor deberían descartarse resueltamente.

El Señor no nos permite dedicarnos a la impresión o venta de tales publicaciones, pues son un agente de destrucción para muchas almas. Sé lo que escribo, pues esta cuestión me ha sido presentada claramente. Que aquellos que creen en el mensaje de nuestro tiempo no se dediquen a semejante trabajo con la esperanza de ganar dinero. El Señor pondría su maldición sobre el dinero así obtenido, y esparciría más de lo que se hubiese juntado.

Hay otra clase de impresos, más peligrosos que la lepra, más mortíferos que las plagas de Egipto, contra los cuales deben precaverse constantemente nuestras casas editoriales. Al aceptar trabajos de afuera, ellas deben cuidar de que no se reciban en nuestras instituciones manuscritos que expongan la ciencia misma de Satanás. No se dé nunca lugar en nuestras instituciones para obras que expongan las destructoras teorías del hipnotismo, espiritismo, romanismo y otros misterios de iniquidad.

No se coloque en las manos de nuestros empleados nada que pueda echar una sola semilla de duda sobre la autoridad o pureza de las Escrituras. En ningún caso, dejéis escritos impíos bajo los ojos de los jóvenes, quienes por su mentalidad son tan dispuestos a aceptar lo nuevo. Tales obras se publicarían con inmenso déficit, aun cuando pagasen los precios más elevados.

Permitir que cosas semejantes pasen por nuestras instituciones, es colocar en manos de nuestros empleados y presentar al mundo el fruto prohibido del árbol del conocimiento. Es invitar a Satanás a entrar con su ciencia seductora; es insinuar sus principios en las mismas instituciones establecidas para el adelantamiento de la santa causa de Dios. Publicar tales obras, sería cargar los cañones del enemigo y colocarlos en sus manos para que los use contra la verdad.

¿Pensáis que Jesús obrará en nuestras imprentas por las mentes humanas mediante sus ángeles? ¿Pensáis que hará de la verdad que sale de nuestras imprentas una potencia para amonestar al mundo, si se permite a Satanás que pervierta los espíritus de los obreros en la institución misma? ¿Puede la bendición de Dios descansar sobre los impresos que salen de la prensa, cuando de estas mismas prensas salen los errores y herejías de Satanás? "¿Echa alguna fuente por una misma abertura agua dulce y amarga?" Santiago 3:11.

Los directores de nuestras instituciones necesitan comprender que al aceptar sus

puestos se hacen responsables del alimento intelectual dado a los empleados mientras están en la institución. Ellos son responsables del carácter de los impresos que salen de nuestras prensas. Deberán dar cuenta de la influencia ejercida por la introducción de cosas que habrían de mancillar la institución, contaminar el espíritu de los empleados o engañar al mundo.

Si se concede a estas cosas un lugar en nuestras instituciones, no tardará en descubrirse que la potencia de los sentimientos satánicos no se destruye fácilmente. Si se permite al tentador que siembre su mala semilla, ésta germinará y dará fruto. El diablo cosechará así en la misma institución establecida con el dinero dado por los hijos de Dios para el adelantamiento de su causa. De ello resultará que, en vez de enviar al mundo obreros cristianos, se enviará un grupo de incrédulos instruídos.

La responsabilidad de estas casas descansa no solamente en los directores sino también en los empleados. Tengo algo que decir a los obreros de nuestras imprentas: Si amáis y teméis a Dios, os negaréis a tener trato con el conocimiento contra el cual Dios previno a Adán. Niéguese los tipógrafos a componer una sola frase de estas cuestiones. Niéguese los correctores de pruebas a leerlas, los impresores a imprimirlas y los encuadernadores a encuadernarlas. Si se os pide que os dediquéis a cosas de este género, convocad a los empleados del establecimiento a fin de que comprendan lo que ello significa. Los que dirigen la institución pueden sostener que no sois responsables, que a la dirección le toca tomar decisiones. Mas sois responsables por el uso de vuestros ojos, de vuestras manos, de vuestra mente. Estos dones os han sido confiados por Dios para que los empleéis en su servicio y no en el de Satanás.

Cuando en nuestras casas editoriales se impriman publicaciones que contienen errores que combatan la obra de Dios, Dios tiene por responsables no sólo a quienes permiten que Satanás tienda una trampa a las almas, sino también a los que han cooperado de una manera u otra en la obra de la tentación.

Hermanos míos, vosotros que ocupáis puestos de responsabilidad, cuidad de no enganchar a vuestros empleados al carro de la superstición y la herejía. No permitáis que las instituciones establecidas por Dios para esparcir la verdad y la vida, vengan a ser una agencia para diseminar el error que destruye las almas.

Niéguese nuestras casas editoriales, desde la menor hasta la mayor, a imprimir

una sola línea de estos asuntos perniciosos. Sea convenido con todos aquellos con quienes debemos tratar que los impresos que contienen la ciencia de Satanás están excluidos de todas nuestras instituciones. Estamos en contacto con el mundo no para que sus errores obren en nosotros como levadura; sino a fin de que, como agentes de Dios, seamos para el mundo una levadura de verdad.

Capítulo 13

La iglesia y la casa editorial

Deberes de la iglesia hacia la casa editorial

Los miembros de la iglesia en cuyo territorio se halla una de nuestras casas editoriales tienen el honor de poseer en su medio una de las instituciones del Señor. Deben apreciar este honor y deben comprender que implica una responsabilidad de las más sagradas. Su influencia y su ejemplo contribuirán mucho para ayudar a mantener a la institución en el cumplimiento de su misión.

A medida que nos acercamos a la crisis final, importa que la armonía y la unidad reinen entre las instituciones del Señor. El mundo no conoce más que tempestades, guerras y discordias. Sin embargo, las gentes se unirán bajo una misma dirección, la de la potencia papal, para oponerse a Dios en la persona de sus testigos. Esta unión es cimentada por el gran apóstata. Al par que trata de unir a sus agentes en la guerra contra la verdad, se esforzará por dividir y dispersar a los que la defienden. Los celos, la maledicencia, la calumnia, surgen a instigación suya para producir discordia y disensiones. Los miembros de la iglesia de Cristo tienen el poder de frustrar los planes del adversario de las almas. En un tiempo como éste, no debieran estar en discordia unos con otros ni con ninguno de los obreros del Señor. En medio de la discordia general, haya un lugar donde reinen la armonía y la unidad, porque la Biblia es en él reconocida como guía de la vida. Comprenda el pueblo de Dios que le incumbe la responsabilidad de sostener las instituciones del Señor.

Hermanos y hermanas, el Señor quedará satisfecho si os empeñáis de todo corazón en ayudar a la imprenta por vuestras oraciones y vuestro dinero. Orad cada mañana y cada noche para que ella reciba las más ricas bendiciones de Dios. No estimuléis la crítica ni las murmuraciones, ni dejéis escapar de vuestros labios ninguna queja; recordad que los ángeles las oyen. Cada uno debe ser inducido a comprender que estas instituciones nacieron por voluntad de Dios. Los que las denigren, a fin de servir a sus propios intereses, deberán dar cuenta de ello a Dios. El Señor quiere que todo lo que esté relacionado con su obra sea considerado como sagrado.

Dios desea que oremos mucho más, y que hablemos mucho menos. La entrada del cielo está iluminada por los rayos de su gloria, y él hará brillar esta luz en el corazón de cuantos sostengan con él relaciones normales.

Cada institución tendrá que luchar con dificultades. Estas son permitidas para que sea probado el corazón de los hijos de Dios. Al alcanzar la adversidad a una de las instituciones del Señor es cuando se manifiesta la fe verdadera que tenemos en Dios y en su obra. En un tiempo como éste, no considere nadie las cosas bajo su luz más desfavorable; ni exprese nadie pensamientos de duda o incredulidad. No critiquéis a aquellos que llevan la carga de la responsabilidad. No permitáis que vuestras conversaciones en la familia sean envenenadas por la crítica de los obreros del Señor. Los padres que se permiten este espíritu de crítica, no ponen delante de sus hijos lo que los pueda hacer sabios para salud. Sus palabras tienden a perturbar la fe y la confianza, no sólo de los hijos, sino también de las personas de mayor edad. Todos tienen ya demasiado poco respeto y reverencia para las cosas sagradas. Satanás trabajará con el mayor apresuramiento con quien critique para provocar la incredulidad, la envidia, los celos y la falta de respeto. Satanás está siempre trabajando para impregnar a los hombres de su espíritu, para apagar el amor que debiera cultivarse cuidadosamente entre hermanos, para destruir la confianza, para excitar los celos, las sospechas y las disputas. ¡Ojalá no nos hallemos entre sus colaboradores! Un solo corazón abierto a su influencia puede esparcir muchas semillas de enemistad. Hasta puede realizarse una obra cuyas consecuencias--la ruina de las almas--no se conocerán nunca completamente antes del gran día final.

Cristo declara: "Y cualquiera que escandalizare a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le anegase en el profundo de la mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! porque necesario es que vengan escándalos; más ¡ay de aquel hombre por el cual viene el escándalo!" Mateo 18:6, 7. Una gran responsabilidad recae sobre los miembros de la iglesia. Deben velar por temor a que, descuidando las almas de los jóvenes en la fe y esparciendo semillas de duda e incredulidad bajo la instigación de Satanás, sean hallados responsables de la ruina de un alma. "Y haced derechos pasos a vuestros pies, porque lo que es cojo no salga fuera de camino, antes sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor: mirando bien que ninguno se aparte de la gracia de Dios, que ninguna raíz de amargura brotando os impida, y por ella muchos sean contaminados." Hebreos 12:13-15. El poder de los agentes de Satanás es

grande, y el Señor exige de sus hijos que se corroboren unos a otros, "edificándoos sobre vuestra santísima fe."

En vez de cooperar con Satanás, aprenda cada uno lo que significa trabajar con Dios. En esta época perturbada, hay que realizar una obra que exige el valor y la fe inquebrantables que nos permitan sostenernos unos a otros. Todos necesitan, como obreros con Dios, estrechar las filas. ¡Qué no se lograría por la gracia de Dios si, cuando el desaliento aparece por todos lados, los miembros de la iglesia se uniesen para sostener a los obreros, para ayudarlos con sus oraciones y su influencia! Entonces es cuando se debe trabajar como administradores fieles.

En vez de criticar y censurar, tengan nuestros hermanos y hermanas palabras de estímulo y confianza que decir acerca de las instituciones del Señor. Dios les pide que alienten a los que llevan las cargas más pesadas, porque él mismo trabaja con ellos. Pide a su pueblo que reconozca el poder que obra para sostener sus instituciones. Honrad al Señor esforzándoos por hacer todo lo que podáis para dar a la institución la influencia que debe tener.

Cuando tengáis ocasión de hacerlo, hablad a los obreros; decidles palabras en las cuales hallarán fe y valor. Somos demasiado indiferentes unos para con otros. Nos olvidamos demasiado a menudo que nuestros colaboradores necesitan fuerza y valor. En los tiempos de pruebas o dificultades particulares, tened cuidado de demostrarles vuestro interés y vuestra simpatía. Cuando tratáis de ayudarles por vuestras oraciones, hacédselo saber. Haced repercutir en toda la línea el mensaje que Dios dirige a sus obreros: "Esfuérzate y sé valiente." Josué 1:6.

Los directores de nuestras instituciones tienen una tarea muy difícil: la de mantener el orden y una sabia disciplina entre la juventud confiada a su cuidado. Los miembros de la iglesia pueden hacer mucho para animarlos. Cuando los jóvenes no están dispuestos a someterse a la disciplina de la institución; cuando están decididos a seguir sus propios impulsos cada vez que no son del mismo parecer que sus superiores, no los sostengan ciegamente sus padres ni simpaticen con ellos.

Más valdría, mucho más, que vuestros hijos sufriesen, y aun que bajasen a la tumba, antes que aprender a tratar ligeramente los principios que forman el cimiento de la lealtad hacia la verdad, hacia el prójimo y hacia Dios.

En casos de dificultades con los capataces, dirigiólos directamente a los que dirigen e informaos. Recordad que los jefes de los diversos departamentos comprenden mucho mejor que los demás las reglas que son necesarias. Manifestad confianza en su juicio y respeto por su autoridad. Enseñad a vuestros hijos a respetar y honrar a aquellos a quienes Dios ha demostrado respeto y honra al colocarlos en puestos de confianza.

Los miembros de la iglesia no pueden secundar de una manera más eficaz los esfuerzos de los directores de nuestras instituciones que dando en su propia familia un ejemplo de buen orden y disciplina. Muestren los padres a sus hijos, por sus palabras y conducta, lo que quieren que sean. Mantened constantemente la pureza del lenguaje y una verdadera cortesía cristiana. No se dé ningún aliciente al pecado, ni haya maledicciones ni sospechas. Enseñad a los niños y a los jóvenes a respetarse a sí mismos, y a ser fieles a los principios y a Dios. Enseñadles a respetar la ley de Dios y las reglas de la casa paterna. Pondrán entonces estos principios en práctica en su vida y en todas sus relaciones con sus semejantes. Amarán a su prójimo como a sí mismos, crearán una atmósfera pura y ejercerán una influencia que estimulará a las almas débiles a progresar por el camino que conduce a la santidad y al cielo.

Los hijos que reciben tales instrucciones no llegarán a ser una carga, ni una causa de inquietud en nuestras instituciones; serán un apoyo para quienes llevan responsabilidades. Bajo una sabia dirección, quedarán preparados para ocupar puestos de confianza, y tanto por el precepto como por el ejemplo, ayudarán constantemente a otros a hacer el bien. Estimarán en su justo valor los talentos que les hayan sido confiados, y harán el mejor uso posible de sus energías físicas, mentales y espirituales. Las tales almas estarán fortalecidas contra la tentación; no serán vencidas con facilidad. Con la bendición de Dios, tales caracteres son portaluces; su influencia contribuirá a formar artesanos que sean creyentes prácticos.

Los miembros de la iglesia, llenos del amor de Cristo por las almas, conscientes de sus privilegios y de las ocasiones que se les presentan, pueden ejercer sobre la juventud de nuestras instituciones una influencia inestimable para el bien. Su ejemplo de fidelidad en el hogar, en los negocios y en la iglesia; su bondad y cristiana cortesía, así como un interés verdadero por el bienestar espiritual de la juventud, realizarán maravillas para amoldar el carácter de estos jóvenes para servir a Dios y a sus semejantes, en esta vida y en la venidera.

Deberes de la casa editorial hacia la iglesia

Así como la iglesia tiene una responsabilidad hacia la casa editorial, ésta la tiene también para con la iglesia. La una debe sostener a la otra.

Los que ocupan puestos de responsabilidad en las casas editoriales no deben dejarse absorber por el trabajo a tal punto que no les quede tiempo para ocuparse en las cosas espirituales. Si este interés se mantiene muy vivo en la casa editorial, ejercerá una influencia poderosa en la iglesia; y si es vivo en la iglesia, se hará sentir con fuerza en la casa editorial. La bendición de Dios descansará sobre la obra si es dirigida de tal manera que las almas sean conducidas a Cristo.

Todos los obreros de nuestras casas editoriales que profesan el nombre de Cristo, deben ser activos en la iglesia. Es de esencial importancia para su vida espiritual que aprovechen todo medio de gracia. Ellos obtendrán fuerza, pero no permaneciendo como espectadores, sino haciéndose obreros. Cada uno deberá estar inscripto en algún grupo que realice un trabajo regular y sistemático en relación con la iglesia. Todos deben comprender que como cristianos esto es su deber. Por sus votos de bautismo, se comprometieron a hacer todo lo que está en su poder para edificar la iglesia de Cristo. Mostradles que su amor para Dios y su lealtad hacia su Redentor, hacia el ideal de la humanidad verdadera, hacia la institución para la cual trabajan, así lo exigen. No pueden ser siervos fieles de Cristo, no pueden ser hombres y mujeres realmente íntegros, ni obreros aceptables en la institución de Dios si descuidan estos deberes.

Los directores de la institución en sus diferentes ramos deben velar especialmente para que la juventud contraiga buenas costumbres a este respecto. Cuando ella descuida las reuniones, cuando se aparta de sus deberes hacia la iglesia, buscad la causa. Mediante esfuerzos llenos de tacto y de bondad, tratad de despertar a los negligentes y hacer revivir el interés que desapareció.

Nadie deberá poner su propio trabajo por pretexto para descuidar el servicio sagrado del Señor. Más valdría poner a un lado su trabajo que descuidar sus deberes hacia Dios.

A los hermanos a quienes han sido confiadas responsabilidades en las casas

editoriales

Quiero llamar vuestra atención a la importancia que tiene el asistir a nuestras asambleas anuales; no sólo a las reuniones de negocios, sino a las reuniones que contribuirán a iluminaros espiritualmente. No os dais cuenta de la necesidad de estar en relación íntima con el cielo. Sin esta comunión, ninguno de vosotros está seguro; ninguno está calificado para hacer la obra de Dios de un modo aceptable.

En esta obra, más que en cualquier ocupación secular, el éxito guarda proporción con el espíritu de consagración y abnegación con que se trabaja. Los que llevan responsabilidades como directores de esta obra, necesitan colocarse donde podrán ser impresionados profundamente por el Espíritu de Dios. Tanto más debierais desear recibir el bautismo del Espíritu Santo y un conocimiento de Dios y de Cristo cuanto mayores responsabilidades implique vuestro puesto de confianza que el de un empleado común.

Los talentos naturales y adquiridos son todos dones de Dios y deben ser conservados constantemente bajo la dirección de la potencia divina y santificadora de su Espíritu. Necesitáis sentir más profundamente vuestra falta de experiencia en esta obra, y esforzaros con celo en adquirir el conocimiento y la sabiduría necesarias para emplear cada facultad de vuestro cuerpo y de vuestra mente de una manera que glorifique a Dios. "Os daré corazón nuevo." Ezequiel 36:26. Cristo debe morar en nuestros corazones, así como la sangre circula por nuestro cuerpo, como una potencia vivificadora. No podemos insistir demasiado en este punto. Al par que la verdad debe ser nuestra coraza, nuestras convicciones deben ser fortalecidas por la simpatía viva que caracterizaba la vida del Salvador. Ningún hombre puede resistir a menos que la verdad viva en su carácter. Hay un solo poder que puede hacernos y mantenernos firmes, y es la gracia de Dios manifestada en la verdad. El que confía en otra cosa está ya tambaleando, pronto a caer.

El Señor desea que os apoyéis en él. Aprovechad cuanto podáis de cada ocasión para acercaros a la luz. Si os alejáis de las santas influencias que emanan de Dios, ¿cómo podréis discernir las cosas espirituales?

Dios nos llama a hacer uso de todas las ocasiones de prepararnos para su obra. El desea que dediquéis todas vuestras energías al cumplimiento de vuestra tarea, y que

permanezcáis sensibles al carácter sagrado y solemne de vuestra responsabilidad. El ojo de Dios está sobre vosotros. Para cualquiera de entre vosotros es peligroso entrar a su presencia con un sacrificio que tenga mácula, un sacrificio que no os haya costado estudios y oraciones. El no puede aceptar una ofrenda tal.

Os ruego que despertéis y busquéis a Dios para vosotros mismos. Mientras pase Jesús de Nazaret, decidle del fondo de vuestro corazón: "Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros." Mateo 20:31. Recobraréis entonces la vista. Por la gracia de Dios recibiréis lo que será para vosotros infinitamente más valioso que el oro, la plata o las piedras preciosas.

Capítulo 14

Cooperación

Cuando se establecen instituciones en campos nuevos, es a menudo necesario confiar responsabilidades a personas que no están familiarizadas con los detalles de su tarea. Estas personas trabajan en condiciones muy desventajosas, y a menos que ellas y sus colaboradores se interesen sin egoísmo por la institución del Señor, este estado de cosas creará una situación que impedirá su prosperidad.

Muchos piensan que la clase de trabajo que realizan les pertenece a ellos solos, y que nadie puede darles un consejo al respecto. Hasta es muy posible que ignoren los mejores métodos para realizar el trabajo; sin embargo, si alguno se aventura a darles un consejo se ofenden, y quedan más decididos que antes a seguir su criterio de una manera independiente. Por otro lado, hay algunos obreros que no están dispuestos a acudir en auxilio de sus colaboradores ni a instruirlos. Otros aún, sin experiencia, no desean que se reconozca su ignorancia; y cometen errores, que cuestan tiempo y dinero, porque son demasiado orgullosos para pedir consejo.

Es fácil determinar la causa de estas dificultades: mientras ellos debieran haberse considerado como los diversos hilos de un tapiz que han de ser tejidos juntos, los obreros se han separado como hilos independientes.

Estas cosas contristan el Espíritu Santo. Dios desea que aprendamos unos de otros. La independencia que no está santificada nos coloca en una posición tal que el Señor no puede trabajar con nosotros. Y Satanás queda satisfecho con tal estado de cosas.

No debe existir el espíritu de guardar ciertas cosas secretas, ni inquietud porque otros adquieren conocimientos poseídos hasta entonces por algunos solamente. Un espíritu tal dará lugar a una reserva y sospechas continuas. Se suscitarán malos pensamientos y críticas, y el amor fraternal desaparecerá de los corazones.

Cada ramo de la obra de Dios está ligado con los demás. No puede existir exclusividad en una institución que Dios dirige, pues él es el Autor del tacto y del

ingenio. El es el fundamento de todo método correcto. El es quien comunica el conocimiento de estos métodos, y ninguno puede considerar su saber como perteneciéndole en una manera exclusiva.

Cada obrero debe interesarse en todos los ramos de la obra, y si Dios le ha dado clarividencia, capacidades y conocimientos que pueden servir en uno u otro de estos ramos, su deber consiste en comunicar lo que ha recibido.

Todas las capacidades que pueden relacionarse con la institución, mediante esfuerzos abnegados, deben ser puestas a contribución para que sean activos agentes de éxito y de vida en la obra de Dios. Los obreros consagrados, talentosos y capaces de ejercer una buena influencia son precisamente los que necesitan las casas editoriales.

Todo obrero será probado para que se sepa si trabaja en favor del progreso de la institución del Señor o para servir sus propios intereses. Los que son convertidos darán cada día pruebas de que no tratan de emplear para su uso personal las ventajas y los conocimientos que hayan adquirido. Comprenden que la providencia divina les ha concedido estas ventajas para que, como instrumentos en las manos del Señor, puedan servir a su causa realizando un trabajo de calidad superior.

Nadie debe trabajar para ser alabado o para satisfacer su deseo de dominar. El verdadero obrero obrará lo mejor que pueda para que así pueda dar la gloria a Dios. Tratará de mejorar todas sus facultades, y cumplirá sus deberes como para Dios. Su único deseo será que Cristo reciba de él un homenaje y un servicio perfectos.

Dediquen los obreros todas sus energías al esfuerzo de servir a la causa de Dios. Obrando así, obtendrán ellos mismos más fuerza y eficacia.

No debiera conservarse en una institución del Señor, cualquiera que sea, a nadie que en un momento difícil no comprenda que estas instituciones son sagradas. Si los empleados no encuentran placer en la verdad, si su relación con la institución no los hace mejores, si no crea en ellos ningún amor por la verdad, entonces, después de un tiempo de prueba suficiente, separadlos de la obra, porque su impiedad y su incredulidad ejercen una influencia sobre los demás. Por su medio, los malos ángeles trabajan en desviar a quienes ingresan en la institución como aprendices. Debéis tener como aprendices a jóvenes de porvenir que amen a Dios. Mas si los ponéis con otros

que no tengan amor por Dios, están constantemente expuestos al peligro por esta influencia irreligiosa. Los espíritus mundanos, los que se entregan a la maledicencia, los que se deleitan en conversar de las faltas ajenas sin pensar en las propias, deben quedar separados de la obra.

Capítulo 15

El dominio propio y la fidelidad

No tenemos ningún derecho a recargar nuestras fuerzas físicas y mentales hasta el punto de volvernos irritables y proferir palabras que deshonren a Dios. El Señor desea que estemos siempre serenos y pacientes. Cualquier cosa que hagan los demás, debemos representar a Cristo y obrar como él obraría en circunstancias parecidas.

Una persona que ocupa un cargo de responsabilidad debe tomar cada día decisiones cuyas consecuencias son importantes. A menudo debe pensar rápidamente, y esto no lo pueden hacer con éxito sino los que practican una temperancia estricta. El espíritu se fortalece cuando las fuerzas mentales y físicas son tratadas correctamente. Si el esfuerzo no es excesivo, adquiere con cada ejercicio nuevo vigor. Nadie sino un verdadero cristiano puede ser un verdadero caballero.

El que deje de conformarse en cada detalle a las exigencias de Dios, marcha al fracaso seguro y a la perdición. Dejar de seguir las sendas del Señor, es privar a su Hacedor del servicio que se le debe. Ello reacciona sobre quien lo hace, puesto que así no obtiene la gracia, el poder, la fuerza de carácter, cuya adquisición es privilegio de todos aquellos que se someten completamente a Dios. Por vivir alejado de Cristo, el que no es fiel queda expuesto a la tentación. Comete errores en su trabajo por el Maestro. Por ser infiel a los principios en las cosas pequeñas, no hace la voluntad de Dios en las mayores. Obra según los principios a los cuales se ha acostumbrado.

Dios no puede asociarse con aquellos que viven para su propia satisfacción, y que se colocan en primera fila. Los que obran así serán al fin los postreros. El pecado más incurable es el orgullo y la presunción. Estos defectos impiden todo crecimiento. Cuando un hombre tiene defectos de carácter, y no lo sabe, cuando está tan lleno de suficiencia que no puede ver sus faltas, ¿cómo puede ser purificado? "Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos." Mateo 9:12. ¿Cómo puede uno realizar progresos si se cree perfecto?

Cuando un hombre a quien se cree conducido y enseñado por Dios se aparta del buen camino porque tiene demasiada confianza en sí mismo, muchos siguen su ejemplo.

Su paso en falso puede tener por resultado el extravío de millares.

Considerad la parábola de la higuera. "Y dijo esta parábola: Tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñero: He aquí tres años ha que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala, ¿por qué ocupará aún la tierra? El entonces respondiendo, le dijo: Señor, déjala aún este año, hasta que la excave, y estercole. Y si hiciere fruto, bien; y si no, la cortarás después." Lucas 13:6-9.

En estas palabras, hay una lección para todos aquellos que están relacionados con la obra de Dios. Se concedió un período de prueba al árbol que no llevaba fruto. Asimismo, Dios tendrá paciencia con su pueblo. Pero dice de aquellos que han gozado de grandes ventajas, que ocupan puestos de confianza, y que sin embargo no llevan fruto: "Córtala, ¿por qué ocupará aún la tierra?" Lucas 13:7.

Recuerden los que están relacionados con las instituciones del Señor que Dios espera hallar frutos en su vida. Pide una cosecha en proporción a las bendiciones que concede. Angeles del cielo han visitado cada lugar donde las instituciones de Dios están establecidas, y ministrado en ellas. La infidelidad en estas instituciones es un pecado mayor que en otra parte, porque tiene mayor influencia que en cualquier otro lugar. La infidelidad, la injusticia, la complicidad con el mal impiden que la luz de Dios resplandezca en las instituciones del Señor.

El mundo observa; está listo para criticar con perspicacia y severidad vuestras palabras, vuestras acciones y vuestros asuntos comerciales. Todos los que desempeñan un papel en relación con la obra del Señor están vigilados y pesados en la balanza del juicio humano. Se hacen constantemente impresiones favorables o desfavorables a la religión de la Biblia en el ánimo de todos aquellos con quienes tratáis.

El mundo mira para ver qué frutos llevan los que profesan ser cristianos. Tienen derecho a hallar frutos de abnegación y sacrificio en aquellos que pretenden creer la verdad.

Ha habido, y habrá, entre nuestros obreros, hombres que no sienten su necesidad de Jesús a cada paso. Creen no tener tiempo para orar y asistir a las reuniones religiosas. Tienen tanto que hacer que no pueden hallar tiempo para mantener su alma en el amor

de Dios. Cuando esto sucede, Satanás está listo para crear vanas ideas.

Los obreros que no son activos ni fieles causan un daño incalculable; dan ejemplo a otros. En cada institución, hay empleados que desempeñan su tarea con gozo y de todo corazón. Mas ¿no habrá de perjudicarlos esa levadura? ¿Habrá de quedar la institución sin algunos sinceros ejemplos de fidelidad cristiana? Cuando hombres que profesan ser representantes de Cristo demuestran que no son convertidos y dejan ver un carácter inculco, egoísta e impuro, deben ser separados de la obra.

Los obreros necesitan comprender el carácter sagrado de la confianza con que el Señor los ha honrado. Los móviles tornadizos, los actos impulsivos, deben ser dejados a un lado. Los que no saben distinguir lo sagrado de lo profano, no pueden ser administradores responsables y fidedignos, puesto que si fuesen tentados, traicionarían la confianza.

Capítulo 16

El peligro de las malas lecturas

Cuando me doy cuenta de los peligros que hacen correr a la juventud las malas lecturas, no puedo menos que insistir en las advertencias que me han sido dadas acerca de este gran azote.

Los males que amenazan a los obreros cuando tienen que manejar impresos de carácter dudoso no son comprendidos suficientemente. La atención de los empleados es atraída y su interés despertado por los temas que pasan bajo sus ojos; hay frases que se imprimen en la memoria; les son sugeridos pensamientos. Casi inconscientemente, el lector siente la influencia del escritor; su espíritu y carácter reciben de ella una impresión maléfica. Hay quienes tienen poca fe y poco dominio propio, y les es difícil desterrar los pensamientos que les sugieren tales escritos.

Antes de aceptar la verdad presente, algunos tenían la costumbre de leer novelas. Al relacionarse con la iglesia, hicieron un esfuerzo para vencer esta costumbre. Colocar delante de estos nuevos miembros de la iglesia lecturas parecidas a las que abandonaron es como ofrecer un vaso de alcohol a un esclavo de la bebida. Al ceder a las tentaciones que se les presentan constantemente, no tardan en perder el gusto por las buenas lecturas; no tienen ya interés en el estudio de la Biblia; su fuerza moral se debilita; el pecado les parece cada vez menos repugnante. Se manifiestan una infidelidad creciente y un desagrado siempre mayor por los deberes prácticos de la vida. A medida que la mente se pervierte, se vuelve más dispuesta a leer lo sentimental. Es así como esta alma abre la puerta a Satanás y le permite que la domine completamente.

Otras obras, que no son tan corruptoras, deben, sin embargo, evitarse también si engendran desagrado por el estudio de la Biblia. La Palabra de Dios es el verdadero maná. Repriman todos el deseo de leer lo que no es alimento real para el espíritu. Nos es posible trabajar en la obra de Dios con una percepción clara de nuestros deberes, mientras nuestro espíritu esté ocupado por esta clase de lecturas. Los que están en el servicio de Dios no debieran gastar ni tiempo ni dinero en lecturas ligeras. ¿Qué es la paja comparada con el grano?

No tenemos tiempo para las diversiones frívolas, ni para satisfacer nuestras tendencias egoístas. Es tiempo de que nos ocupemos en cosas y pensamientos serios. No podemos contemplar el sacrificio y la abnegación del Redentor del mundo, y seguir hallando placer en las cosas livianas, en las bromas e insensateces. Necesitamos grandemente una experiencia práctica de la vida cristiana. Necesitamos formar nuestro espíritu teniendo en vista la obra de Dios. Nuestra experiencia religiosa queda determinada en gran medida por el carácter de los libros que leemos en nuestros momentos de ocio.

Si amamos las Escrituras, si las escudriñamos cada vez que tengamos ocasión de hacerlo para enriquecernos con los tesoros que contiene, podemos tener la seguridad de que Jesús nos atrae hacia él.

"Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo: porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente: y en él estáis cumplidos, el cual es la cabeza de todo principado y potestad." Colosenses 2:8-10.

No podemos pertenecer completamente a Cristo, y además estar dispuestos a tomar las cosas que provienen de los hombres llamados grandes, y poner su sabiduría por encima de la sabiduría del mayor Maestro que el mundo haya conocido jamás. Buscar el conocimiento en tales fuentes, es querer beber en una cisterna resquebrajada que no puede retener el agua.

Sea la verdad de Dios el objeto de nuestra contemplación y meditación. Leamos la Biblia y considerémosla como la voz de Dios que nos habla directamente. Entonces hallaremos una inspiración y una sabiduría que provienen de Dios.

La adquisición de un gran número de libros de estudio interpone demasiado a menudo entre Dios y el hombre un montón de conocimientos que debilitan la mente y la hacen incapaz de asimilar las cosas ya adquiridas. La mente se torna dispéptica y llega a desecharlo todo. El hombre necesita mucha sabiduría para aprender a elegir entre tantos autores y la Palabra de vida, para poder comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios.

Hermanos míos, evitad los arroyos de la llanura, y aplacad vuestra sed en las

aguas puras del Líbano. No podéis andar en la luz de Dios, si recargáis vuestra mente con una cantidad de ideas que no puede digerir. Es tiempo de que decidamos recibir la ayuda del cielo, y que permitamos a nuestros pensamientos que reciban la impresión de la Palabra de Dios.

Capítulo 17

Fe y valor

El Señor ordenó a Moisés que refiriese a los hijos de Israel la obra que Dios había realizado para librarlos del yugo de Egipto y para conservarles milagrosamente la vida en el desierto. Moisés debía recordarles su incredulidad, sus murmuraciones cuando fueron probados, así como la gran misericordia y tierna bondad del Señor que no los abandonaron nunca. Ello debía estimular su fe y fortalecer su valor. Al par que habían de comprender su estado de debilidad y pecado, se darían cuenta también de que Dios era su justicia y fortaleza.

De igual importancia es hoy que el pueblo de Dios recuerde los lugares y circunstancias en que fué probado, en que su fe desfalleció, en que corrió peligro por su incredulidad y confianza en sí mismo. La misericordia de Dios, su providencia, sus libramientos inolvidables deben ser recordados unos tras otros. A medida que el pueblo de Dios repase así lo pasado, debe comprender que el Señor repite las mismas obras. Debe prestar atención a las advertencias que le son dadas y guardarse de volver a caer en las mismas faltas. Renunciando a toda confianza en sí mismos, los hijos de Dios deben confiar en Dios para que los guarde del pecado que podría deshonar su nombre. Cada vez que Satanás obtiene una victoria, hay almas que peligran; algunos vienen a ser su presa y no pueden recuperarse. Avancen con prudencia los que hayan cometido alguna falta, y a cada paso oren como el salmista: "Sustenta mis pasos en tus caminos, porque mis pies no resbalen." Salmos 17:5.

Dios manda pruebas para saber quiénes son los que permanecerán fieles cuando estén expuestos a la tentación. Coloca a cada uno en situaciones difíciles para ver si confiará en una potencia superior. Cada uno posee rasgos de carácter todavía ignorados y que deben ser puestos en evidencia por la prueba. Dios permite que aquellos que confían en sí mismos sean gravemente tentados, a fin de que puedan comprender su incapacidad.

Cuando sobrevienen pruebas; cuando vemos delante de nosotros, no una gran prosperidad, sino, por el contrario, una situación que exige algún sacrificio de parte de todos, ¿cómo recibiremos las insinuaciones de Satanás de que nos esperan momentos

extremadamente penosos? Si escuchamos lo que él nos sugiere, perderemos nuestra confianza en Dios. En un tiempo tal, debemos recordar que Dios cuida siempre de sus instituciones. Debemos considerar el trabajo que realizó y las reformas que hizo. Debemos juntar las pruebas de las bendiciones del cielo, las bendiciones ya recibidas de lo alto, y decir: "Señor, creemos en ti, en tus siervos y en tu obra. Ponemos nuestra confianza en ti. La casa editorial te pertenece, y no queremos faltar ni dejarnos desanimar. Tú nos has honrado poniéndonos en relación con tu institución; permaneceremos en el camino para hacer justicia y juicio; haremos nuestra parte resueltos a permanecer leales a tu obra."

Lo que más necesitamos es fe en Dios. Cuando miramos el lado oscuro de las cosas, perdemos nuestro punto de apoyo en el Señor, Dios de Israel. Cuando abrimos nuestros corazones al temor, la senda del progreso queda obstruída por la incredulidad. No abriguemos nunca el sentimiento de que Dios ha abandonado su obra.

No habrá que hablar tanto sin fe, ni imaginar que éste o aquél otro estorba la marcha. Id adelante con fe. Contad con el Señor para que él prepare el camino delante de su obra. Entonces hallaréis reposo en Cristo. Si cultiváis la fe, si os ponéis en relaciones normales con Dios, y por oraciones fervientes os identificáis con vuestro deber, seréis dirigidos por el Espíritu Santo. Los numerosos problemas que hoy parecen sin solución, podréis resolverlos por vuestra propia cuenta confiando en Dios. No es necesario que estéis en una incertidumbre dolorosa, pues vivís bajo la dirección del Espíritu Santo. Podéis andar y trabajar con confianza. Debemos tener menos fe en lo que podemos hacer, y más fe en lo que el Señor puede hacer por nosotros, si tenemos manos limpias y corazones puros. No es vuestro el trabajo que realizáis; es de Dios.

Necesitamos más amor, más franqueza, menos sospechas y desconfianza. Debemos estar menos dispuestos a censurar y acusar. Esto es lo que ofende gravemente a Dios. El corazón necesita ser enternecido y subyugado por el amor. El estado de debilidad de nuestro pueblo proviene del hecho de que sus corazones no son rectos delante de Dios. El alejamiento de Dios es la causa de las condiciones difíciles que reinan en nuestras instituciones.

No os acongojéis. Mirando las apariencias, quejándoos cuando se presentan dificultades, dais pruebas de una fe débil y enfermiza. Por vuestras palabras y acciones, demostrad, al contrario, que vuestra fe es invencible. El Señor posee recursos

innumerables. El mundo entero le pertenece. Mirad a Aquel que posee luz, potencia y capacidad. El bendecirá a todos aquellos que traten de comunicar luz y amor.

El Señor desea que todos comprendan que su prosperidad está escondida con él en Cristo; que depende de su humildad, mansedumbre, obediencia inteligente y devoción. Cuando hayan aprendido la lección que el gran Maestro enseña, cuando sepan morir a sí mismos y no poner nunca su confianza en el hombre, entonces pedirán a Jesús el socorro que necesitan y el Señor será para ellos auxilio eficaz en cada dificultad. El dirigirá su juicio. Estará a su derecha para aconsejarles y les dirá: "Este es el camino, andad por él."

Hablen de fe y valor a los obreros los hermanos que ocupan puestos de responsabilidad. Echad vuestra red a la derecha del barco, es decir, del lado de la fe. Mientras dura el tiempo de gracia, mostrad lo que puede realizar una iglesia consagrada y viva.

No comprendemos suficientemente el gran conflicto que pone frente a frente los ejércitos invisibles de los ángeles buenos y de los ángeles desobedientes. Los ángeles buenos y los malos luchan alrededor de cada hombre. No es un conflicto imaginario; no son batallas simuladas aquellas en que estamos empeñados; tenemos que hacer frente a los adversarios más poderosos y nos incumbe decidir quiénes vencerán. Debemos hallar nuestra fuerza precisamente donde hallaron la suya los primeros discípulos. "Perseveraban unánimes en oración y ruego." "De repente vino un estruendo del cielo como de un viento recio que corría, el cual hinchó toda la casa donde estaban sentados." "Y fueron todos llenos del Espíritu Santo." Hechos 1:14; 2:2, 4.

No hay excusa para la deserción o el desaliento, puesto que todas las promesas de la gracia celestial pertenecen a los que tienen hambre y sed de justicia. La intensidad del deseo representado por el hambre y la sed es una garantía de que lo que más necesitamos nos será concedido.

Tan pronto como reconocemos nuestra incapacidad para hacer la obra de Dios, y nos sometemos a él para ser guiados por su sabiduría, el Señor puede trabajar con nosotros. Si estamos dispuestos a desterrar el egoísmo de nuestra alma, él suplirá todas nuestras necesidades.

Colocad vuestra mente y vuestra voluntad donde el Espíritu Santo pueda alcanzarlos, pues él no usará la mente ni la conciencia de otro hombre para revelarse a vosotros. Estudiad la Palabra de Dios pidiendo fervientemente la sabiduría de Dios. Tomad consejo de una razón santificada y enteramente sometida a Dios.

Mirad a Jesús con sencillez y fe. Contemplad al Salvador hasta que vuestro espíritu desfallezca bajo el exceso de luz. Oramos y creemos sólo a medias. "Pedid y se os dará." Lucas 11:9. Orad, creed, fortaleceos unos a otros. Orad como nunca habéis orado, para que el Señor ponga su mano sobre vosotros, y seáis habilitados para comprender la longitud, la anchura, la profundidad y la altura del amor de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, y estéis henchidos de la plenitud de Dios.

Si nos falta fe en el punto en que nos encontramos cuando se presentan las dificultades, nos faltará la fe dondequiera que estemos.

Capítulo 18

La obra en Europa

A mis hermanos de Europa

Tengo que decirles algo. El tiempo ha llegado para realizar grandes cosas en Europa. Una obra grande, semejante a la que ha sido hecha en los Estados Unidos, puede ser hecha en Europa. Estableced sanatorios y restaurantes higiénicos. Haced brillar la luz de la verdad presente por medio de la página impresa. Sea proseguida la traducción de nuestros libros. Me fué mostrado que en diferentes países de Europa luces serán encendidas en diferentes lugares.

Hay muchos lugares donde la obra del Señor no está representada como debiera serlo. Se necesita ayuda en Italia, en Francia, en Escocia y en muchos otros países. Una obra más grande debiera hacerse en esos lugares. Se necesitan obreros. Hay talentos entre los hijos de Dios en Europa, y el Señor desea que esos talentos sean empleados para establecer en toda Gran Bretaña y el continente, centros donde la luz de la verdad pueda resplandecer.

Hay una obra que hacer en Escandinavia. Dios es tan deseoso de obrar por medio de los creyentes escandinavos como con los americanos.

Hermanos míos, permaneced cerca del Señor, el Dios de los ejércitos. Sea él vuestro temor y pavor. El tiempo de extender su obra ha llegado. Tiempos de disturbios están delante de nosotros, pero si permanecemos unidos en los sentimientos de fraternidad cristiana, sin que nadie busque la preponderancia, Dios trabajará poderosamente en nuestro favor.

Estemos llenos de esperanza y de valor. El desánimo en el servicio del Señor es irracional y pecaminoso. Dios conoce cada una de nuestras necesidades. El posee la omnipotencia. Puede conceder a sus siervos la medida de eficiencia que necesitan según su situación. Su amor infinito y su compasión no se cansan nunca. A la majestad de la omnipotencia, él une la bondad y la compasión de un tierno pastor. No tenemos porqué temer que él no cumpla sus promesas. El es la verdad eterna. Jamás cambiará la alianza

que ha concertado con aquellos a quienes ama. Las promesas que ha hecho a la iglesia son inquebrantables. Hará de ella un ornamento para siempre, un motivo de gozo de generación en generación.

Estudad el capítulo 41 de Isaías y procurad comprender todo su significado. "En los altos abriré ríos, y fuentes en mitad de los llanos: tornaré el desierto en estanques de aguas, y en manaderos de aguas la tierra seca. Daré en el desierto cedros, espinos, arrayanes y olivas; pondré en la soledad hayas, olmos, y álamos juntamente; porque vean y conozcan, y adviertan y entiendan todos, que la mano de Jehová hace esto, y que el Santo de Israel lo crió." V, 18-20.

Aquél que ha escogido a Cristo se ha unido a un poder que ninguna sabiduría ni fuerza humana alguna puede quebrantar. "No temas, que yo soy contigo, no desmayes que yo soy tu Dios que te esfuerzo: siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia. ... Porque yo Jehová soy tu Dios, que te ase de tu mano derecha." Isaías 41:10, 13.

"¿A qué pues me haréis semejante, o seré asimilado? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién crió estas cosas: él saca por cuenta su ejército: a todas llama por sus nombres; ninguna faltará: tal es la grandeza de su fuerza, y su poder y virtud. ¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel: Mi camino es escondido de Jehová, y de mi Dios pasó mi juicio? ¿No has sabido, no has oído que el Dios del siglo es Jehová, el cual crió los términos de la tierra? No se trabaja, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance. El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los mancebos se fatigan y se cansan, los mozos flaquean y caen: mas los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán." Isaías 40:25-31. Santa Elena, California 7 de diciembre de 1902.

Capítulo 19

Una advertencia descuidada

"He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: La bendición, si oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, que yo os prescribo hoy; y la maldición, si no oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y os apartareis del camino que yo os ordeno hoy, para ir en pos de dioses ajenos que no habéis conocido." "Y será que, si obedeciereis cuidadosamente mis mandamientos que yo os prescribo hoy, amando a Jehová vuestro Dios, y sirviéndolo con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma, yo daré la lluvia de vuestra tierra en su tiempo, la temprana y la tardía; y cogerás tu grano, y tu vino, y tu aceite. Daré también hierba en tu campo para tus bestias; y comerás, y te hartarás. Guardaos, pues, que vuestro corazón no se infatúe, y os apartéis, y sirváis a dioses ajenos, y os inclinéis a ellos; y así se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, y cierre los cielos, y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto, y perezcaís presto de la buena tierra que os da Jehová. Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis por señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos. Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas, ora sentado en tu casa, o andando por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes: y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus portadas: para que sean aumentados vuestros días, y los días de vuestros hijos, sobre la tierra que juró Jehová a vuestros padres que les había de dar, como los días de los cielos sobre la tierra." Deuteronomio 11:26-28; 13-21.

Si los adventistas del séptimo día hubiesen andado en los caminos del Señor, rehusando ser dominados por intereses egoístas, el Señor los habría bendecido abundantemente. Los que quedaron en Battle Creek, contrariamente a la voluntad del Señor, han perdido la preciosa lección y el conocimiento espiritual que habrían obtenido por su obediencia. Muchos de entre ellos han perdido el favor de Dios. El corazón mismo de la obra quedó congestionado. Por mucho tiempo, fué dada la advertencia, pero no se hizo caso de ella. La razón de esta desobediencia, es que el corazón y la mente de muchos, en Battle Creek, no están bajo la influencia del Espíritu Santo. Esas personas no comprenden cuánto trabajo queda por hacer. Están adormecidas.

Cuando los adventistas del séptimo día se establecen en ciudades donde ya existe

una gran iglesia, no están en su debido lugar y su espiritualidad se torna más y más débil. Sus hijos están expuestos a numerosas tentaciones. Hermano mío, hermana mía, a menos que seáis imprescindibles para el adelanto de la obra en un tal lugar, sería mucho más prudente que fuerais a un lugar donde la verdad no ha penetrado aún, y os esforzarais en poner vuestra capacidad en la obra del Maestro. Realizad grandes esfuerzos para crear un interés en la verdad presente. El trabajo hecho de casa en casa es de eficacia cuando es hecho con un espíritu cristiano. Celebrad reuniones y haced que sean interesantes. Recordad que esto exige algo más que una predicación.

Muchos de los que han vivido por largo tiempo en un mismo lugar pasan su tiempo criticando a los que trabajan por convencer y convertir a los pecadores. Critican los motivos y las intenciones de los demás, como si fuese imposible que nadie trabaje desinteresadamente en la obra que ellos mismos rehusan cumplir. Constituyen piedras de tropiezo. Si fuesen a los lugares donde no hay creyentes, y si trabajasen allí para ganar almas para Cristo, pronto estarían tan ocupados en proclamar la verdad y en socorrer a los que sufren, que no les quedaría tiempo para disecar los caracteres, para sospechar el mal en otros y luego divulgar los resultados de su pretendida habilidad de discernir lo que hay debajo de las apariencias.

Vayan al campo de la mies para sembrar y segar para el Maestro, los que hayan vivido tanto tiempo en lugares donde hay grandes iglesias. En su anhelo de salvar almas, se olvidarán de sí mismos. Verán que hay tanta obra que hacer, tantos semejantes a quienes ayudar, que no tendrán tiempo para rebuscar las faltas ajenas ni para obrar negativamente.

La reunión de un gran número de creyentes en un mismo lugar, tiende a excitar la crítica y la calumnia. Muchos están como abismados mirando y escuchando el mal. No piensan en el gran pecado que cometen así; olvidan que las palabras pronunciadas no pueden ya ser retiradas, y que por sus sospechas están sembrando semillas que traerán malos frutos. La abundancia de esa cosecha, nadie la conocerá hasta el día postrero, cuando todos los pensamientos, todas las palabras y todas las acciones sean traídas a juicio.

Las palabras atolondradas o poco amables se exageran al repetirse. Cada cual añade algo, de tal manera, que el falso relato adquiere pronto proporciones considerables. De este modo, se comete una gran injusticia por causa de las sospechas y

los juicios injustos. Los calumniadores se perjudican a sí mismos, y siembran en la iglesia las semillas de la discordia.

Si pudiesen ver las cosas como Dios las ve, cambiarían de actitud. Comprenderían entonces hasta qué punto han descuidado la obra que les había sido confiada, buscando las faltas de sus hermanos y hermanas.

El tiempo gastado en criticar las intenciones y las acciones de los siervos del Señor sería mejor empleado en la oración. Si los que buscan las faltas de los demás, conociesen la verdad referente a los mismos que critican, a menudo tendrían de ellos una opinión diferente. En vez de criticar y de condenar a los otros, sería mejor que cada cual dijese: "Debo trabajar para mi propia salvación. Si coopero con Cristo, el cual desea salvar mi alma, debo cuidar mucho de mí mismo; debo arrancar de mi vida todo lo que es malo; debo ser una nueva criatura en Cristo; debo vencer todos mis errores. Así que, en vez de debilitar a aquellos que luchan contra el mal, debo fortalecerlos con palabras de ánimo."

Aquellos que han usado el talento de la palabra, para desanimar a los siervos de Dios ocupados en el adelanto de la causa de Dios y en hacer planes para dominar la oposición, deben pedir perdón a Dios por el daño que han hecho a su obra por medio de los prejuicios malvados y sus palabras poco amables. Mediten en el daño que han hecho divulgando falsos informes y juzgando a quienes no tienen derecho de juzgar.

La Palabra de Dios nos da indicaciones precisas con referencia a lo que debemos hacer, cuando pensamos que un hermano está en error. Cristo dice: "Por tanto, si tu hermano pecare contra ti, ve, y redargúyete entre ti y él solo: si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo uno o dos, para que en boca de dos o de tres testigos conste toda palabra. Y si no oyere a ellos, dilo a la iglesia: y si no oyere a la iglesia, tenle por étnico y publicano." Mateo 18:15-17. "Por tanto, si trajeres tu presente al altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu presente delante del altar, y vete, vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente." Mateo 5:23, 24. "Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién residirá en el monte de tu santidad? El que anda en integridad, y obra justicia, y habla verdad en su corazón. El que no detrae con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni contra su prójimo acoge oprobio alguno. Aquel a cuyos ojos es menospreciado el vil; mas honra a los que temen a Jehová: y habiendo jurado en daño suyo, no por eso muda.

Quien su dinero no dió a usura, ni contra el inocente tomó cohecho. El que hace estas cosas, no resbalará para siempre." Salmos 15. "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir. Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu ojo? O ¿cómo dirás a tu hermano: Espera, echaré de tu ojo la mota, y he aquí la viga en tu ojo? ¡Hipócrita! echa primero la viga de tu ojo, y entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano." Mateo 7:1-5.

No es una cosa baladí el juzgar. Recordad que muy pronto el relato de vuestra vida pasará bajo la mirada de Dios. Recordad que él dijo también: "Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, cualquiera que juzgas: porque en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque lo mismo haces, tú que juzgas. Mas sabemos que el juicio de Dios es según verdad contra los que hacen tales cosas. ¿Y piensas esto, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas, y haces las mismas, que tú escaparás del juicio de Dios?" Romanos 2:1-3.

Capítulo 20

Uno con Cristo en Dios

El Señor llama a hombres que tengan una fe sincera y un pensamiento sano, hombres que sean capaces de conocer la diferencia entre lo falso y lo verdadero. Cada uno debiera estar alerta al estudiar y practicar las lecciones dadas en el capítulo decimoséptimo del evangelio de Juan. Todos debieran tener una fe viva en la verdad presente. Necesitamos este dominio propio que nos permitirá conformar nuestras costumbres según la oración de Cristo.

La instrucción que me ha sido dada por aquel que tiene la autoridad, es que debemos aprender a contestar a la oración contenida en el capítulo 17 de Juan. Debemos hacer de esta oración nuestro primer estudio. Cada ministro del evangelio, cada misionero médico debe profundizar la ciencia de esta oración. Hermanos míos y hermanas mías, os ruego poner atención a esas palabras y traer a ese estudio un espíritu sereno, humilde y contrito, y las sanas energías de una mente puesta bajo el dominio de Dios. Los que descuidan las lecciones contenidas en esa oración están expuestos a desarrollarse en un solo y estrecho sentido, que ninguna educación subsiguiente podrá corregir.

"Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste. Y yo, la gloria que me diste les he dado; para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa; que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado, como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo; para que vean mi gloria que me has dado: por cuanto me has amado desde antes de la constitución del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido; y éstos han conocido que tú me enviaste; y yo les he manifestado tu nombre, y manifestarélo aún; para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos." Juan 17:20-26.

El propósito de Dios es que sus hijos se fusionen en la unidad. ¿No es vuestra

esperanza vivir juntos en el mismo cielo? ¿Está Cristo dividido contra sí mismo? ¿Dará él éxito a sus hijos, antes que hayan apartado de su medio toda discordia y toda crítica, antes que los obreros, en una perfecta unidad de intención, hayan consagrado sus corazones, sus pensamientos y sus fuerzas a una obra tan santa a la vista de Dios? La unión hace la fuerza. La desunión causa debilidad. Trabajando juntos y con armonía para la salvación de los hombres, debemos ser en verdad "obreros con Dios." Los que se niegan a trabajar en armonía con los demás deshonoran a Dios. El enemigo de las almas se regocija cuando ve a ciertos hermanos contrariándose unos a otros en su trabajo. Tales personas necesitan cultivar el amor fraternal y la ternura de corazón. Si pudiesen apartar el velo que cubre el porvenir y percibir las consecuencias de su desunión, ciertamente se arrepentirían.

El mundo mira con satisfacción la desunión de los cristianos. La impiedad se regocija. Dios desea que un cambio se realice en su pueblo. La unión con Cristo y los unos con los otros constituye nuestra única salvaguardia en estos últimos días. No dejemos a Satanás la posibilidad de señalar con el dedo a nuestros miembros de iglesia, diciendo: "Mirad cómo éstos, que se hallan bajo el estandarte de Cristo, se aborrecen unos a otros. Nada necesitamos temer de ellos, puesto que gastan más energías luchando unos contra otros que combatiendo a mis fuerzas."

Después del derramamiento del Espíritu Santo, los discípulos salieron para proclamar al Salvador resucitado, poseídos del único deseo de salvar almas. Disfrutaban de la dulzura de la comunión de los santos. Eran afectuosos, atentos, dispuestos a hacer cualquier sacrificio en favor de la verdad. En sus relaciones cotidianas unos con otros, manifestaban el amor que Cristo les había ordenado revelar al mundo. Por sus palabras y sus acciones, exentas de egoísmo, se esforzaban por encender este amor en otros corazones.

Los creyentes debían continuar cultivando el amor que llenaba el corazón de los apóstoles, después del derramamiento del Espíritu Santo. Debían proseguir adelante, llenos de obediencia voluntaria al nuevo mandamiento: "Como os he amado, que también os améis los unos a los otros." Juan 13:34. Debían ser tan unidos en Cristo que serían hechos capaces de seguir sus demandas. Debían ensalzar el poder de un Salvador que podía justificarlos por su justicia.

Mas los primeros cristianos principiaron a fijarse en los defectos de unos y otros.

Al detenerse a hablar de sus faltas, al dejar entrar la crítica, perdieron de vista al Salvador y el gran amor que había manifestado hacia los pecadores. Se volvieron más estrictos respecto a las ceremonias exteriores, más puntillosos acerca de la teoría de la fe, más severos en sus críticas. En su celo por condenar a los demás, olvidaban sus propios errores. Descuidaban las lecciones de amor fraterno que Cristo les había enseñado y, lo que es más triste aún, estaban inconscientes de lo que habían perdido. No comprendían que la felicidad y la alegría se alejaban de su existencia, y que pronto, habiendo ahuyentado de su corazón el amor de Dios, andarían en las tinieblas.

El apóstol Juan, comprendiendo que el amor fraterno desaparecía de la iglesia, insistió muy particularmente sobre este hecho. Hasta el día de su muerte, suplicó a los creyentes que se ejercitaran constantemente en el amor. Sus cartas, dirigidas a la iglesia, están llenas de este pensamiento: "Carísimos, amémonos unos a otros" escribe él; "porque el amor es de Dios. ... Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. ... Amados, si Dios así nos ha amado, debemos también nosotros amarnos unos a otros." 1 Juan 4:7-11.

En la iglesia de Dios hoy día, hay una gran necesidad de amor fraternal. Muchos de aquellos que pretenden amar al Señor, descuidan el amor a aquellos que les son unidos por vínculos de fraternidad cristiana. Tenemos la misma fe, somos miembros de una misma familia, somos todos hijos de un mismo Padre, y tenemos todos la misma esperanza bendita de la inmortalidad. ¡Cuán tiernos y estrechos debieran ser los vínculos que nos unen! La gente del mundo nos observa para ver si nuestra fe ejerce una influencia santificadora sobre nuestros corazones. Prestamente discierne todo defecto de nuestra vida y toda inconsecuencia de nuestras acciones. No le demos ocasión alguna de echar oprobio sobre nuestra fe.

No es la oposición del mundo la que nos hace peligrar más. El mal que los cristianos profesos guardan en su corazón nos expone al más grande de los desastres, y retarda el progreso de la obra de Dios. No hay modo más seguro de debilitar nuestra vida espiritual que el ser envidiosos, sospechar unos de otros y dejarnos llevar por la crítica y la calumnia. "Esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrena, animal, diabólica. Porque donde hay envidia y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Mas la sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora, no fingida. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen paz." Santiago

3:15-18.

La armonía y unión existente entre hombres de diversas tendencias, es el más poderoso testimonio que puede ser dado de que Dios envió a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores. A nosotros toca dar este testimonio, pero para hacerlo, debemos colocarnos bajo las órdenes de Cristo; nuestro carácter debe estar en armonía con el suyo, nuestra voluntad debe estar sometida a la suya. Entonces trabajaremos juntos sin el menor pensamiento contrario.

Cuando uno se detiene en las pequeñas divergencias, uno es llevado a cometer actos que destruyen la fraternidad cristiana. No permitamos que el enemigo obtenga en esta forma la ventaja sobre nosotros. Mantengámonos siempre más cerca de Dios y más cerca unos de otros. Entonces seremos como árboles de justicia plantados por el Señor, y regados por el río de la vida. ¡Cuántos frutos llevaremos! ¿No dijo Cristo: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto"? Juan 15:8.

El Salvador desea con todo su corazón cumplir el plan que Dios tiene para nosotros, en toda su altura y toda su profundidad. Los creyentes deben ser uno con él, aunque están dispersos en el mundo. Pero Dios no puede unirlos en Cristo si no están dispuestos a abandonar su propio camino para seguir el suyo.

Cuando creamos sin reservas en la oración de Cristo; cuando como pueblo de Dios, pongamos en práctica en nuestra vida cotidiana las instrucciones que contiene, entonces veremos la unidad de acción en nuestras filas. Los hermanos serán unidos con sus hermanos por las cadenas de oro del amor de Cristo. Sólo el amor de Dios puede realizar esta unidad. Aquél que se santifica a sí mismo puede santificar a sus discípulos. Unidos con él, estarán unidos los unos a los otros en la fe más santa.

Si luchamos para obtener esta unidad como Dios desea que luchemos, nos será concedida.

Capítulo 21

¿Seremos hallados faltos?

Nuestra situación en el mundo no es lo que debiera ser. Estamos lejos de lo que seríamos si nuestra vida cristiana hubiese estado en armonía con la luz y las ocasiones que nos han sido dadas, si desde el principio hubiésemos marchado adelante y siempre hacia arriba. Si hubiésemos andado en la luz que nos ha sido dada, si hubiésemos continuado en el conocimiento del Señor, nuestro sendero estaría siempre más alumbrado. Pero muchos de aquellos que han tenido luces especiales, se conforman tanto con el mundo, que no pueden distinguirse ya de los mundanos. No se destacan, como pueblo peculiar escogido por Dios y precioso en sus ojos. Es difícil discernir entre el que sirve a Dios y aquel que no le sirve.

La iglesia adventista del séptimo día debe ser pesada en la balanza del santuario. Será juzgada conforme a las ventajas que habrá recibido. Si su experiencia espiritual no corresponde a los privilegios que el sacrificio de Cristo le tiene asegurados; si las bendiciones conferidas no la han calificado para cumplir la obra que le ha sido confiada, la sentencia será dada contra ella: "Hallada falta." Será juzgada según la luz y las ocasiones que le fueron deparadas.

El plan de Dios para su pueblo

Dios tiene en reserva amor, gozo, paz y un triunfo glorioso para todos aquellos que le sirven en espíritu y en verdad. Su pueblo que guarda sus mandamientos debe estar siempre listo para servirle. Debe recibir una medida siempre mayor de gracia, de poder y del conocimiento de la obra del Espíritu Santo. Pero muchos de los hijos de Dios no están listos para recibir los preciosos dones que el Espíritu de Dios está dispuesto a concederles. No se esfuerzan por obtener de lo alto un poder siempre más grande para que, ricos en dones celestiales, ellos sean reconocidos como el pueblo peculiar de Dios, celoso para buenas obras.

Arrepiéntete y haz las primeras obras

Las solemnes advertencias que nos han sido dadas por la destrucción de

instituciones valiosas y útiles,* nos dicen: "Recuerda por tanto de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras." Apocalipsis 2:5. ¿Por qué no se percibe mejor el estado espiritual de la iglesia? ¿No están cegados los centinelas que velan sobre los muros de Sión? ¿No están muchos siervos del Señor, indiferentes y satisfechos como si la nube durante el día y la columna de fuego por la noche descansasen sobre el santuario? Aquellos que ocupan posiciones de responsabilidad y que pretenden conocer a Dios, ¿no lo están negando en sus vidas y caracteres? Aquellos que se cuentan entre el pueblo elegido de Dios, ¿no están ellos satisfechos de una vida que transcurre sin dar la evidencia de que Dios está verdaderamente en su medio, para salvarlos de las trampas de Satanás? ¿No tendríamos más luz si, en lo pasado, hubiésemos recibido las advertencias del Señor, si hubiésemos conocido su presencia, y si nos hubiésemos apartado de todo lo que es contrario a su voluntad? Si hubiésemos procedido de este modo, la luz del cielo habría brillado en el templo de nuestras almas; nos habría hecho capaces de comprender la verdad y de amar a Dios por encima de todo, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. ¡Cuán gravemente es deshonrado Cristo por aquellos que, pretendiendo ser cristianos, traen el desprecio sobre el nombre que llevan, no conformando sus vidas a su profesión de fe, al omitir en su trato unos con otros el amor y respeto que Dios desea ver revelados por medio de palabras amables y actos corteses!

Las potencias infernales son intensamente activas. Siembran la guerra y la efusión de sangre. La atmósfera moral está envenenada por actos de una crueldad espantosa. El espíritu de rebeldía se extiende; abunda en todas partes. Muchas almas caen bajo el poder de un espíritu de fraude, de engaño. Muchos se alejarán de la fe para seguir a espíritus seductores y a doctrinas de demonios. No discernen el espíritu que se ha apoderado de ellos.

El olvido de honrar a Dios

Aquel que ve debajo de la superficie, que lee en los corazones dice así de aquellos que han tenido grandes luces: "No se afligen ni se sorprenden de su estado moral y espiritual." "Y pues escogieron sus caminos, y su alma amó sus abominaciones, también yo escogeré sus escarnios, y traeré sobre ellos lo que temieron; porque llamé, y nadie respondió; hablé, y no oyeron; antes hicieron lo malo delante de mis ojos, y escogieron lo que a mí desagrada." "Por tanto, pues, les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira;" "por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos" "antes consintieron a la iniquidad." Isaías 66:3, 4; 2 Tesalonicenses 2:11, 10, 12.

El Maestro celestial preguntó: "¿Qué engaño más grave puede seducir la mente que el aseverar estar construyendo sobre un buen fundamento y que Dios acepta vuestro trabajo, cuando en realidad estáis haciendo muchas cosas conforme a las ideas del mundo, pecando contra Jehová? Es un gran extravío, y una alucinación fascinante que se apoderan de las mentes, cuando los hombres que han conocido la verdad, adoptan la forma de la piedad en vez de su espíritu y potencia; cuando suponen que son ricos y que no necesitan nada, y en realidad lo necesitan todo."

Dios no ha cambiado para con sus siervos que guardan sus vestiduras sin manchas. Empero muchos dicen: "Paz y seguridad," entretanto que una ruina repentina va a sobrecogerlos. Nunca entrarán los hombres en el cielo, a menos que se arrepientan cabalmente, humillen su corazón por la confesión de sus pecados y reciban la verdad tal como es en Jesús. Cuando la purificación se efectúe en nuestras filas, no permaneceremos más tiempo ociosos, enorgullecidos de nuestras riquezas y de nuestra falta de necesidades.

¿Quién puede decir con verdad: "Nuestro oro es probado en el fuego y nuestros vestidos no están manchados por el mundo"? He visto a nuestro Instructor señalar pretendidas vestiduras de justicia. Al desgarrarlas puso al descubierto la suciedad que cubrían. Luego me dijo: "¿No puedes ver de qué manera pretenciosa han cubierto su inmundicia y la corrupción de su carácter? '¿Qué, pues, la ciudad fiel ha venido a ser una ramera?' ¡La casa de mi Padre es hecha un lugar de comercio, un lugar de donde se han retirado la gloria y la presencia divinas! Por esta causa hay debilidad y falta la fuerza."

Llamado a una reforma

A menos que la iglesia contaminada por la apostasía, se arrepienta y convierta, comerá del fruto de sus propias obras, hasta que se aborrezca a sí misma. Si resiste el mal y busca el bien; si busca a Dios con toda humildad y responde a su vocación celestial en Jesucristo; si permanece sobre la plataforma de la verdad eterna, y si por fe, realiza los planes que han sido trazados a su respecto, ella será sanada. Ella aparecerá en la sencillez y pureza que provienen de Dios, exenta de todo compromiso terrenal, demostrando que la verdad la ha hecho realmente libre. Entonces sus miembros serán verdaderamente elegidos de Dios para ser sus representantes.

Ha llegado la hora para una completa reforma. Cuando esta reforma principie, el espíritu de oración animará a cada creyente, y el espíritu de discordia y de revolución será desterrado de la iglesia. Aquellos que no hayan vivido en comunión con Cristo, se acercarán unos a otros. Un miembro que trabaje en una buena dirección invitará a otros miembros a unirse a él para pedir la revelación del Espíritu Santo. No habrá confusión, porque todos estarán en armonía con el pensamiento del Espíritu. Las barreras que separan a los creyentes serán derribadas, y todos los siervos de Dios dirán las mismas cosas. El Señor trabajará con sus siervos. Todos pronunciarán de una manera inteligente la oración que Cristo les ha enseñado: "Venga tu reino, sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra." Mateo 6:10.

Capítulo 22

Peligros de la ciencia especulativa

La falsa ciencia es uno de los agentes de los cuales se ha valido Satanás en los atrios celestiales, y lo usa todavía hoy día. Las falsas afirmaciones que presentó a los ángeles y sus teorías científicas sutiles, sedujeron a muchos de ellos y los apartaron de la lealtad.

Habiendo perdido su sitio en el cielo, Satanás presentó sus tentaciones a nuestros primeros padres. Adán y Eva cedieron al enemigo, y por causa de su desobediencia la humanidad se volvió ajena a Dios, y la tierra fué separada del Cielo.

Si Adán y Eva nunca hubiesen tocado el árbol prohibido, el Señor les habría impartido ciencia, una ciencia sobre la que no hubiese habido ninguna maldición, una ciencia que les habría dado un gozo eterno. Todo lo que ganaron por su desobediencia fué el conocimiento del pecado y de sus resultados.

Errores de los últimos días

El dominio en el que Satanás condujo a nuestros primeros padres es el mismo en el cual conduce a los hombres hoy día. El inunda al mundo con fábulas agradables. Por todos los medios de que dispone trata de impedir que los hombres obtengan el conocimiento de Dios que lleva a la salvación.

Vivimos en un siglo de grandes luces; pero mucho de aquello que es llamado luz es sólo una puerta abierta a la sabiduría y a los artificios de Satanás. Muchas cosas son presentadas bajo la apariencia de la verdad; sin embargo hay que considerarlas cuidadosamente y con mucha oración, porque pueden ser astucias del enemigo. El camino del error a menudo puede parecer paralelo al sendero de la verdad. Difícilmente se le distingue del camino que conduce a la santidad y al cielo; pero la mente alumbrada por el Espíritu Santo puede ver que se aparta del buen camino. Después de cierto tiempo, los dos caminos van netamente separados.

Teorías panteístas

Ya se están introduciendo entre nosotros elementos espiritualistas que minarán la fe de aquellos que les presten atención. La teoría según la cual Dios es una esencia inmanente en toda la naturaleza, es uno de los engaños más sutiles de Satanás. No presenta a Dios tal cual es y deshonra su grandeza y majestad.

Las teorías panteístas no son confirmadas por la Palabra de Dios. La luz de la verdad enseña que esas teorías son agentes destructores del alma. Las tinieblas son su elemento y la sensualidad su esfera. Agradan al corazón natural y dan rienda suelta a las inclinaciones. El resultado de aceptarlas es la separación de Dios.

Nuestra situación se ha vuelto antinatural a causa del pecado. Por eso el poder que debe restablecernos debe ser sobrenatural; de lo contrario no tiene valor. Hay sólo un poder que puede substraer los corazones de los hombres al imperio del mal: es el poder de Dios en Cristo Jesús. Sólo por la sangre del Crucificado podemos purificarnos. Sólo su gracia puede hacernos capaces de resistir las tendencias de una naturaleza caída y vencerlas. Y ese poder lo anulan las teorías espiritualistas referentes a Dios. Si Dios es una esencia inherente a toda la naturaleza, debe, pues, morar en todos los hombres, y para llegar a la santidad, el hombre necesita tan sólo desarrollar el poder que está en él.

Esas teorías desarrolladas hasta sus conclusiones lógicas suprimen completamente el cristianismo. Eximen de la necesidad de la redención, y hacen del hombre su propio salvador. Esas teorías referentes a Dios hacen a su Palabra sin eficiencia, y los que las aceptan estarán expuestos al peligro de considerar finalmente la Biblia como una fábula. Pueden estimar que la virtud es mejor que el vicio; pero estando Dios privado de su soberanía, ponen su confianza en la fuerza del hombre, la cual es sin valor delante de Dios. La voluntad humana abandonada a sí misma no tiene ninguna fuerza real para resistir al mal y vencerlo. Las defensas del alma son derribadas. El hombre no tiene más barreras contra el pecado. Una vez rechazadas las restricciones de los mandamientos de la Palabra y del Espíritu de Dios, no sabemos hasta qué profundidad podemos caer.

Los que persisten en esas teorías arruinarán con seguridad su carrera cristiana. Se privarán de la comunión con Dios y perderán la vida eterna.

Los sofismas concernientes a Dios y a la naturaleza, que inundan al mundo de

escepticismo, son inspirados por el ángel caído. El estudia la Biblia; conoce la verdad necesaria a la humanidad, y procura distraer las mentes de las grandes verdades destinadas a prepararla para los acontecimientos que vendrán sobre el mundo.

He visto el resultado de esas ideas fantásticas con respecto a Dios; son la apostasía, el espiritismo, el amor libre. El amor libre, al que tienden esas enseñanzas, estaba tan bien disimulado que era difícil, al principio, darse cuenta de su verdadero carácter. Hasta que el Señor me hubo presentado el asunto, no sabía cómo llamarlo, pero he recibido la orden de llamarlo amor espiritual impío.

Fanatismo después de 1844

Después de 1844 tuvimos que hacer frente a toda especie de fanatismos. Me fueron dados testimonios de censura contra algunas personas entregadas a las teorías espiritualistas predominantes.

Había personas que trabajaban activamente en esparcir falsas ideas acerca de Dios. Me fué mostrado que esos hombres, por sus enseñanzas erróneas, hacían ineficaz a la verdad. Me fué mostrado que inducían las almas al error, presentándoles teorías especulativas acerca de la divinidad.

Me trasladé hasta el lugar donde estaban y les mostré abiertamente cuál era la naturaleza de su obra. El Señor me dió fuerzas para exponerles con claridad el peligro que les amenazaba. Entre otras ideas, ellos pretendían que los que una vez habían sido santificados no podían pecar más. Su enseñanza errónea hacía un gran daño, primeramente a ellos y luego a los demás. Estaban ganando un poder espiritual sobre aquellos que no podían ver el error de esas teorías, tan bien disimuladas. La doctrina según la cual todos eran santos, los había llevado a creer que los afectos de los santificados nunca podrían llevarlos al mal. El resultado de esta tendencia era la satisfacción de los malos deseos de los corazones que pretendían ser santificados, pero que en pensamiento y en hecho estaban muy lejos de la pureza.

Las enseñanzas impías son seguidas por el pecado. Son el cebo del cual se vale el padre de la mentira para seducir y para endurecer en la práctica de la impureza.

Este es sólo uno de los casos en que fuí llamada a reprender a aquellos que

sostenían la doctrina de un Dios impersonal, esparcido en la naturaleza, así como otros errores parecidos.

Lo experimentado en lo pasado se repetirá

Lo experimentado en lo pasado se repetirá. En lo porvenir, las supersticiones satánicas cobrarán formas nuevas. El error será presentado de un modo agradable y halagüeño. Falsas teorías, revestidas de luz, serán presentadas al pueblo de Dios. Así procurará Satanás engañar a los mismos escogidos, si fuese posible. Influencias extremadamente seductoras serán ejercidas, y las mentes estarán como hipnotizadas.

Todas las formas de corrupción, como en los tiempos de los antediluvianos, serán introducidas para cautivar las mentes. La exaltación de la naturaleza, considerada como Dios, la desenfrenada licencia de la voluntad humana, los consejos de los impíos, todas estas cosas serán empleadas por Satanás para alcanzar ciertos fines. Se valdrá 'del poder de la mente sobre la mente para ejecutar sus planes. Lo más triste de todo es que, colocados bajo esa influencia engañosa, los hombres tendrán una apariencia de piedad sin estar en verdadera comunión con Dios. Como Adán y Eva, que comieron el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, muchos se alimentan ahora de los frutos del error.

Los agentes satánicos revisten las falsas teorías de un vestido atractivo, del mismo modo que Satanás, en el huerto de Edén, ocultó su identidad a nuestros primeros padres, hablándoles por intermedio de la serpiente. Esos agentes hacen penetrar en la mente humana lo que en realidad es un error mortal. La influencia hipnótica de Satanás se ejercerá sobre aquellos que se apartan de la Palabra de Dios para aceptar fábulas agradables.

A aquellos que han tenido más luz es a quienes Satanás trata con mayor empeño de seducir. Sabe que si puede engañarlos, ellos, bajo su dirección, habrán de revestir al pecado de ropas de justicia, y así apartar gran número de personas.

A todos digo: Estad apercebidos porque, semejante a un ángel de luz, Satanás asiste a cada reunión de obreros cristianos, y se pasea en cada iglesia, buscando de atraer los miembros a su lado. Se me ha ordenado que transmita al pueblo de Dios la amonestación: "No os engaños; Dios no puede ser burlado."

Cuidado con la religión sensacional

En este tiempo, necesitamos en la causa de Dios hombres espirituales, hombres firmes en los buenos principios, y que tengan una clara comprensión de la verdad.

Me fué mostrado que lo que la gente necesita no son teorías nuevas y fantásticas ni hipótesis humanas. Necesitan el testimonio de hombres que conocen y practican la verdad, de hombres que comprenden la misión confiada a Timoteo: "Que prediquéis la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; antes, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído, y se volverán a las fábulas. Pero tú vela en todo, soporta las aflicciones, haz la obra de evangelista, cumple tu ministerio." 2 Timoteo 4:2-5.

Andad con firmeza y decisión, calzados los pies con el evangelio de paz. Podéis estar seguros de que la religión pura y sin mácula no es una religión de sensaciones. A nadie ha confiado Dios la tarea de hacer nacer el apetito por las doctrinas especulativas. Hermanos míos, apartad esas cosas de vuestras enseñanzas; no permitáis que se introduzcan en vuestra vida religiosa; no dejéis que malogren la obra de vuestra vida.

Advertencia contra las falsas doctrinas

Hallamos en la epístola de Pablo a los colosenses una advertencia contra las falsas doctrinas. El apóstol declara que los corazones de los creyentes deben estar "unidos en amor, y en todas riquezas de cumplido entendimiento para conocer el misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo; en el cual están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento. Y esto digo--continúa él,--para que nadie os engañe con palabras persuasivas. ... Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él: arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis aprendido, creciendo en ella con hacimiento de gracias. Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo: porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente: y en él estáis cumplidos, el cual es la cabeza de todo principado y potestad." Colosenses 2:2-10.

He recibido la orden de decir a nuestros hermanos y hermanas: Sigamos a Cristo; no olvidemos que él es nuestro modelo en todas las cosas. Podemos apartar con seguridad todas las ideas que no están en su enseñanza. Ruego a nuestros predicadores que estén seguros de que sus pies descansan sobre la plataforma de la verdad eterna. Sed cuidadosos en cuanto a seguir vuestros impulsos, atribuyéndolos al Espíritu Santo. Algunos están en peligro en este sentido; quiero exhortarlos a sanear su fe y a ser capaces de dar, a todos aquellos que se las pidan, las razones de la esperanza que está en ellos.

Apartando las mentes de los deberes presentes

El enemigo procura apartar la mente de nuestros hermanos y hermanas de la obra que consiste en preparar un pueblo capaz de estar firme en el día postrero. Sus sofismas están calculados para desviar la atención de los peligros y deberes de la hora presente. Los hombres son así inducidos a no estimar el conocimiento de que Cristo bajó del cielo para dar a Juan la luz para su pueblo. Ellos enseñan que los acontecimientos que están delante de nosotros no son bastante importantes para prestarles una atención especial. Hacen que sea vana la verdad de origen celestial, y despojan al pueblo de Dios de su experiencia pasada para sustituirla por una falsa ciencia.

"Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Mas dijeron: No andaremos." Jeremías 6:16.

Nadie intente derribar los fundamentos de nuestra fe, fundamentos que han sido colocados en el principio de nuestra obra por el estudio de la Palabra acompañada de oración y por las revelaciones. Sobre este fundamento, hemos edificado en los cincuenta años que han transcurrido. Los hombres pueden suponer que han encontrado un nuevo camino, y que pueden colocar un fundamento más sólido que el que ha sido colocado; empero es un error. Ningún hombre puede colocar otro fundamento que el que ya existe.

Muchos, en lo pasado, han emprendido la fundación de una fe y de nuevos principios; mas, ¿por cuánto tiempo permaneció en pie su edificio? Pronto cayó, porque no estaba fundado sobre la Roca.

¿Acaso los primeros discípulos no tuvieron que hacer frente a las afirmaciones de

los hombres? ¿No tuvieron ellos que escuchar falsas teorías, y luego responder con firmeza: "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo"? 1 Corintios 3:11.

De este modo es cómo debemos mantener nuestra confianza hasta el fin. Poderosos mensajes han sido enviados por Dios y por Cristo a su pueblo, para apartarlo del mundo y conducirlo paso a paso en la clara luz de la verdad presente. Los siervos de Dios, cuyos labios eran tocados por el fuego sagrado, han proclamado el mensaje, y la declaración divina ha puesto su sello sobre la autenticidad de la verdad proclamada.

Una renovación del testimonio directo

El Señor quiere que se repita la proclamación del testimonio directo dado en los años pasados. Desea una renovación espiritual. Las energías espirituales de su pueblo han permanecido adormecidas por mucho tiempo; pero deben resucitar de esa muerte aparente.

Por la oración y la confesión de nuestros pecados, debemos preparar el camino del Rey. Si lo hacemos así, el poder del Espíritu vendrá porque el Señor ha prometido enviar su Espíritu, el poder completamente victorioso.

Tiempos peligrosos están delante de nosotros. Cada uno de los que tienen conocimiento de la verdad deberá despertarse y entregarse en cuerpo, alma y mente, bajo la disciplina de Dios. El enemigo nos persigue; debemos estar bien despiertos y prevenidos contra él; debemos revestir la armadura completa de Dios; debemos seguir las direcciones que nos han sido dadas por el espíritu de profecía. Debemos amar la verdad presente y obedecerla. Esto nos preservará de aceptar los graves errores del tiempo presente. Dios se ha dirigido a nosotros por medio de su Palabra; nos ha hablado por medio de los testimonios enviados a la iglesia y por los libros que han contribuído a explicar nuestro deber presente y la posición que debiéramos ocupar actualmente. Debemos prestar atención a las advertencias que nos han sido dadas línea tras línea, precepto tras precepto; si las descuidamos ¿de qué excusa nos valdremos?

Suplico a los que trabajan por Dios que no acepten lo falso por lo auténtico. No pongáis la razón humana allí donde debiera estar la verdad divina y santificadora. Cristo espera la ocasión de encender la fe y el amor en el corazón de sus hijos. Ninguna

doctrina errónea reciba apoyo de parte del pueblo que debiera estar afirmado sobre el pedestal de la verdad eterna. Dios quiere que nos aferremos de los principios fundamentales que están basados sobre una autoridad indiscutible.

Buscad el primer amor

Ha entrado en el corazón de no pocas personas, que por mucho tiempo han estado en la verdad, un espíritu duro e inexorable. Son mordaces y dispuestos a la crítica. Están sentados en el estrado de la justicia, y pronuncian condenas contra aquellos que no se conforman a sus ideas. Dios pide que se humillen y se acerquen a él por medio del arrepentimiento y de la confesión de los pecados. Les dice: "Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda por tanto de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido." Apocalipsis 2:4, 5. Procuran obtener el primer lugar y causan daño a muchos corazones por sus palabras y sus hechos.

Aquí elevo mi testimonio contra ese espíritu y también contra la religión sentimental que es igualmente peligrosa. Tened cuidado hermanos y hermanas: ¿Quién es vuestro jefe? ¿Cristo o el querubín caído del cielo? Examinaos a vosotros mismos a fin de saber si estáis firmes en la fe.

La palabra de Dios es nuestra defensa

Nuestra consigna debe ser: "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido." Isaías 8:20. Tenemos una Biblia llena de preciosas verdades. Contiene el alfa y la omega del conocimiento. La Escritura, dada por inspiración divina, es "útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruído para toda buena obra." 2 Timoteo 3:16, 17. Tomad la Biblia como libro de meditación. Cada cual puede entender las instrucciones que contiene.

Insto a nuestros predicadores, a nuestros médicos y a todos los miembros de nuestras iglesias, a que estudien las lecciones dadas por Cristo a sus discípulos, precisamente antes de su ascensión. Esas lecciones encierran las instrucciones que el mundo necesita.

La vida eterna sólo se obtiene comulgando con la carne y la sangre del Hijo de Dios. Cristo ha declarado: "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. ... Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo: si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. ... El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él. ... El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha." Juan 6:47-63. Cristo llama a su pueblo a creer en su Palabra y a ponerla en práctica. Los que reciben su Palabra- y se la asimilan, haciéndola participar en cada una de sus acciones y en cada rasgo de carácter, se harán fuertes en la fortaleza de Dios. Será visible que su fe es de origen divino, no irán errantes por los caminos extraños. Su mente no se dirigirá a una religión de sentimiento y emoción. Delante de los ángeles y de los hombres, se presentarán con caracteres cristianos, fuertes y consecuentes.

En el incensario de oro de la verdad, tal cual es presentada en las enseñanzas de Cristo, tenemos lo necesario para convencer y convertir las almas. Presentad, en la sencillez de Cristo, las verdades que él vino a proclamar a este mundo; y el poder de nuestro mensaje se dejará sentir por sí mismo. Nunca presentéis teorías que Cristo no ha mencionado y que no tienen ningún fundamento en la Biblia. Tenemos que presentar verdades grandes y solemnes. "Escrito está," tal es la prueba que debemos grabar en todas las almas.

Los hombres pueden aún aprender las cosas que conciernen a su paz. La voz de la misericordia todavía puede escucharse: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga." Mateo 11:28-30. Sólo cuando es impartida la vida espiritual, se encuentra descanso y bienestar permanente. Entonces podremos decir en medio de la tempestad y del turbión: "Mi alma está segura."

Para ser guiados, vayamos a la Palabra de Dios. Busquemos un "así dice Jehová." Hemos tenido suficiente con métodos humanos. Una mente formada solamente por la ciencia del mundo es incapaz de comprender las cosas de Dios. Mas la misma mente, convertida y santificada, verá la potencia de Dios en su Palabra. Solamente el corazón y la mente purificados por la acción santificante del Espíritu, pueden discernir las cosas

celestiales.

Hermanos míos, en el nombre del Señor, os ruego que os despertéis al sentimiento de vuestro deber. Someted vuestros corazones al poder del Espíritu Santo y serán hechos susceptibles de recibir la enseñanza de la Palabra. Entonces podréis comprender las cosas profundas de Dios.

¡Quiera Dios colocar a su pueblo bajo la dirección de su Espíritu! ¡Pueda éste hacerle comprender el peligro al cual está expuesto, e inducirle a prepararse para lo que ha de venir sobre la tierra!

Estudid el Apocalipsis

El Señor hizo conocer a Juan las cosas que podían ser útiles a su pueblo en los últimos días. Las instrucciones que le diera están consignadas en el libro del Apocalipsis. Los que quieran ser colaboradores del Señor y del Salvador Jesucristo manifestarán un intenso interés en las verdades contenidas en este libro. De viva voz y por escrito, se esforzarán en explicar esas cosas maravillosas que Cristo ha revelado al venir del cielo. "La revelación de Jesucristo, que Dios le dió, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto; y la declaró, enviándola por su ángel a Juan su siervo, el cual ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas: porque el tiempo está cerca." Apocalipsis 1:1-3.

Los solemnes mensajes que han sido dados en el Apocalipsis, según su orden de sucesión, deben ocupar el primer lugar en el pensamiento de los hijos de Dios. No debemos permitir que nuestra atención sea cautivada por otra cosa.

Un tiempo precioso pasa rápidamente y hay peligro de que muchos se dejen robar el tiempo que debieran dedicar a la proclamación del mensaje que Dios envió a un mundo caído. Satanás está satisfecho cuando nota la distracción de las mentes que debieran estar ocupadas en el estudio que concierne a las realidades eternas.

El testimonio de Cristo, testimonio particularmente solemne, debe ser llevado al mundo. A través de todo el libro de Apocalipsis se encuentran preciosas promesas

alentadoras, así como advertencias del significado más solemne. ¿No querrán leer el testimonio dado por Cristo a su discípulo Juan los que pretenden poseer un conocimiento de la verdad? En él, no hay suposiciones ni engaños científicos. Contiene verdades que atañen a nuestro bienestar presente y futuro. ¿Por qué mezclar la paja con el grano? Léase Apocalipsis 3:1-22.

El Señor viene pronto. Los centinelas que están sobre los muros de Sión reciben la orden de despertar para asumir las responsabilidades que Dios les ha impuesto. Dios llama a centinelas para que, en el poder del Espíritu, den al mundo el último mensaje de advertencia; para que digan qué hora es de la noche. Quiere a centinelas que despierten a los hombres y mujeres de su letargo, por temor a que se duerman en el sueño de la muerte.

Aquel que presenta la Palabra de Vida no debe permitir que una gran cantidad de cargos sean puestos sobre él. Debe tomar el tiempo necesario para estudiar la Palabra y examinarse a sí mismo. Si escudriña su corazón y se entrega al Señor, comprenderá entonces mejor cómo se penetra en los misterios de Dios.

Capítulo 23

La crisis final

Estamos viviendo en el tiempo del fin. La rápida sucesión de las señales de los tiempos anunciados, proclama la inminencia de la venida de nuestro Señor. La época en que vivimos es importante y solemne. El Espíritu de Dios se está retirando gradual pero ciertamente de la tierra. Ya están cayendo juicios y plagas sobre los que menosprecian la gracia de Dios. Las calamidades en tierra y mar, la inestabilidad social, las amenazas de guerra, como funestos presagios, anuncian la proximidad de acontecimientos de la mayor gravedad.

Las agencias del mal se coligan y acrecen sus fuerzas en vista de la gran crisis final. Grandes cambios están a punto de producirse en el mundo, y los movimientos finales serán rápidos.

El estado actual de las cosas muestra que tiempos de perturbación están por caer sobre nosotros. Los diarios están llenos de alusiones referentes a algún formidable conflicto que debe estallar dentro de poco. Son siempre más frecuentes los audaces asaltos a la propiedad. Las huelgas se han hecho un asunto común. Los robos y los homicidios se multiplican. Las vidas de hombres, mujeres y niños son quitadas por hombres dominados por espíritus de demonios. El vicio seduce a los hombres y el mal prevalece bajo todas sus formas.

El enemigo ha alcanzado a pervertir la justicia y a llenar los corazones del deseo de realizar ganancias deshonestas: "Y el derecho se retiró, y la justicia se puso lejos; porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir." Isaías 59:14. Las grandes ciudades contienen multitudes indigentes, privadas casi por completo de alimento, de ropas y de morada, entretanto que en las mismas ciudades se encuentran personas que tienen más de lo que el corazón puede desear, que viven en el lujo, gastando su dinero en casas lujosamente amuebladas y adornadas, o lo que es peor aún, en golosinas, licores, tabaco y otras cosas que tienden a destruir las facultades intelectuales, perturban la mente y manchan el alma. Los gritos de las multitudes que mueren de inanición, suben a Dios, mientras que se ven a hombres que acumulan fortunas colosales por medio de toda clase de opresiones y extorsiones.

Una noche, estando en Nueva York, tuve ocasión de considerar los edificios que, piso tras piso, se elevaban hacia el cielo. Esos inmuebles que eran la gloria de sus propietarios y constructores, eran garantizados ser incombustibles. Se elevaban siempre más alto; los materiales más costosos entraban en su construcción. Los propietarios no se preguntaban cómo podían glorificar mejor a Dios. El Señor estaba ausente de sus pensamientos.

Yo pensaba: ¡Ojalá aquellos que emplean sus riquezas de esta manera pudiesen apreciar su proceder como Dios lo hace! Levantan edificios magníficos, pero el Dominador del universo sólo ve locura en sus planes e invenciones. No se esfuerzan por glorificar a Dios con todo el poder de sus corazones y de su espíritu. Esto es, sin embargo, el primer deber del hombre; mas lo han olvidado.

Mientras que esas altas construcciones se levantaban, sus propietarios se regocijaban con orgullo, por tener suficiente dinero para satisfacer sus ambiciones y excitar la envidia de sus vecinos. Una gran parte del dinero así empleado había sido obtenido injustamente, explotando al pobre. Ellos olvidaban que en el cielo toda transacción comercial es anotada, que todo acto injusto y todo negocio fraudulento son registrados. El tiempo vendrá cuando los hombres llegarán en el fraude y la insolencia a un límite tal, que el Señor no podrá permitir que sea sobrepasado, y aprenderán entonces, que hay un límite para la paciencia de Jehová.

Luego una nueva escena pasó ante mí. En ella se daba la alarma de un incendio. Los hombres miraban a esos altos edificios, reputados incombustibles, y decían: "Están perfectamente seguros." Pero esos edificios fueron consumidos como la paja. Las bombas contra incendio no pudieron impedir su destrucción. Los bomberos no podían hacer funcionar sus máquinas.

Me fué dicho que cuando el Señor venga en su día, si no ocurre algún cambio en el corazón de ciertos hombres orgullosos y llenos de ambición, ellos comprobarán que la mano otrora poderosa para salvar, lo será igualmente para destruir. Ninguna fuerza terrenal puede sujetar la mano de Dios. No hay materiales que puedan preservar de la ruina a un edificio cuando llegará el tiempo fijado por Dios para castigar el desconocimiento de sus leyes y el egoísmo de los ambiciosos.

Raros son, aun entre los hombres consagrados a la educación y a la dirección de los gobiernos, quienes perciban las causas reales de la actual situación de la sociedad. Aquellos que tienen en sus manos las riendas del poder son incapaces de resolver el problema de la corrupción moral, del pauperismo y el crimen que siempre aumentan. En vano se esfuerzan por dar a los asuntos comerciales una base más segura.

Si los hombres quisiesen prestar más atención a las enseñanzas de la Palabra de Dios, hallarían la solución de los problemas que los preocupan.

Las Escrituras describen la condición del mundo inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo. He aquí lo que está escrito tocante a los hombres que juntan con fraude sus grandes riquezas:

"Vuestro oro y plata están corrompidos de orín; y su orín os será en testimonio, y comerá del todo vuestras carnes como fuego. Os habéis allegado tesoro para en los postreros días. He aquí, el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros, clama; y los clamores de los que habían segado, han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis cebado vuestros corazones como en el día de sacrificios. Habéis condenado y muerto al justo; y él no os resiste." Santiago 5:3-6.

Mas, ¿quién se preocupa de las advertencias dadas por las señales de los tiempos, que se suceden con tanta rapidez? ¿Cuál es la impresión hecha sobre los mundanos? ¿Qué cambio podemos ver en su actitud? Su actitud no se diferencia de la de los antediluvianos. Absortos en sus negocios y en los deleites mundanos, los contemporáneos de Noé "no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos." Mateo 24:39. Las advertencias celestiales les fueron dirigidas, pero rehusaron escuchar. De la misma manera hoy día el mundo, sin prestar atención alguna a las amonestaciones de Dios, se precipita hacia la ruina eterna.

Un espíritu belicoso domina al mundo. La profecía contenida en el undécimo capítulo del libro de Daniel, está casi completamente cumplida. Muy pronto se realizarán las escenas de angustia descritas por el profeta.

"He aquí que Jehová vacía la tierra, y la desnuda, y trastorna su haz, y hace esparcir sus moradores. Y será como el pueblo, tal el sacerdote; como el siervo, tal su

señor; como la criada, tal su señora; tal el que compra, como el que vende; tal el que da prestado, como el que toma prestado; tal el que da a logro, como el que lo recibe. Del todo será vaciada la tierra, y enteramente saqueada; porque Jehová ha pronunciado esta palabra. Destruyóse, cayó la tierra; enfermó, cayó el mundo; enfermaron los altos pueblos de la tierra. Y la tierra se inficionó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados; por esta causa fueron consumidos los habitantes de la tierra, y se disminuyeron los hombres. Perdióse el vino, enfermó la vid, gemieron todos los que eran alegres de corazón. Cesó el regocijo de los panderos, acabóse el estruendo de los que se huelgan, paró la alegría del arpa." Isaías 24:1-8.

"¡Ay del día! porque cercano está el día de Jehová, y vendrá como destrucción por el Todopoderoso. ¿No es quitado el mantenimiento de delante de nuestros ojos, la alegría y el placer de la casa de nuestro Dios? El grano se pudrió debajo de sus terrones, los bastimentos fueron asolados, los alfolíes destruídos; porque se secó el trigo. ¡Cuánto gimieron las bestias! ¡cuán turbados anduvieron los hatos de los bueyes, porque no tuvieron pasto! también fueron asolados los rebaños de las ovejas."

"Secóse la vid, y pereció la higuera, el granado también, la palma, y el manzano; secáronse todos los árboles del campo; por lo cual se secó el gozo de los hijos de los hombres." Joel 1:15-18, 12.

"¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las telas de mi corazón: mi corazón ruge dentro de mí; no callaré; porque voz de trompeta has oído, oh alma mía, pregón de guerra. Quebrantamiento sobre quebrantamiento es llamado; porque toda la tierra es destruida: en un punto son destruidas mis tiendas, en un momento mis cortinas."

"Miré la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y los cielos, y no había en ellos luz. Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruídos. Miré, y he aquí el Carmelo desierto, y todas sus ciudades eran asoladas a la presencia de Jehová, a la presencia del furor de su ira." Jeremías 4:19, 20, 23, 24, 26.

"¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él: tiempo de angustia para Jacob; mas de ella será librado." Jeremías 30:7.

No todo el mundo ha tomado posiciones con el enemigo y contra Dios. No todos

se han vuelto desleales. Queda un remanente que permanece fiel a Dios; porque Juan escribe: "Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús." Apocalipsis 14:12. Muy pronto una furiosa batalla contra los que sirven a Dios será reñida por aquellos que no le sirven. Muy pronto todo lo que es susceptible de ser removido lo será, de modo que sólo lo inquebrantable subsista.

Satanás estudia la Biblia con cuidado. Con todo empeño trata de contrarrestar la obra que el Señor está haciendo sobre esta tierra, sabiendo que le queda poco tiempo. Es imposible dar una idea de lo que experimentará el pueblo de Dios que viva en la tierra cuando se combinen la manifestación de la gloria de Dios y la repetición de las persecuciones pasadas. Andará en la luz que emana del trono de Dios. Por medio de los ángeles, las comunicaciones entre el cielo y la tierra serán mantenidas constantes. Por su parte Satanás, rodeado de sus ángeles, y haciéndose pasar por Dios, hará toda clase de milagros a fin de seducir, si posible fuese, aun a los escogidos. El pueblo de Dios no hallará seguridad en la realización de milagros, porque Satanás los imitará. En esta dura prueba, el pueblo de Dios hallará su fortaleza en la señal mencionada en Éxodo 31:12-18. Tendrá que afirmarse sobre la Palabra viviente: "Escrito está." Es el único fundamento seguro. Aquellos que hayan violado su alianza con Dios, estarán entonces sin Dios y sin esperanza.

Lo que caracterizará de un modo peculiar a los adoradores de Dios, será su respeto por el cuarto mandamiento; en efecto, en él está la señal del poder creador de Dios y la evidencia de que él tiene derecho a la veneración y homenaje de los hombres. Los malvados se darán a conocer por sus esfuerzos en quebrantar el monumento conmemorativo del Creador y elevar en su lugar la institución romana. En este conflicto, la cristiandad entera se encontrará dividida en dos grandes clases: la que guardará los mandamientos de Dios y la fe de Jesús y la que adorará la bestia y su imagen y recibirá su marca. No obstante los esfuerzos reunidos de la iglesia y del estado para compeler a los hombres, "pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos" a recibir la marca de la bestia, el pueblo de Dios no se someterá. El profeta de Patmos vió a "los que habían alcanzado la victoria de la bestia, y de su imagen, y de su señal, y del número de su nombre, estar sobre el mar de vidrio, teniendo las arpas de Dios" y cantando el cántico de Moisés, y del Cordero. Apocalipsis 13:16; 15:2, 3.

Pruebas terribles esperan al pueblo de Dios. El espíritu de guerra agita las

naciones, desde un cabo de la tierra hasta el otro. Mas a través del tiempo de angustia que se avecina--un tiempo de angustia como no lo hubo desde que existe nación--el pueblo de Dios permanecerá incommovible. Satanás y su ejército no podrán destruirlo, porque ángeles poderosos lo protegerán.

Dios dirige estas palabras a su pueblo: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas."

"Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable." 2 Corintios 6:17, 18; 1 Pedro 2:9.

El pueblo de Dios debe distinguirse por un servicio completo, un servicio de corazón; no debe arrogarse ningún honor, pero sí, recordar que ha hecho pacto solemne de servir al Señor, y a él solamente.

"Habló además Jehová a Moisés, diciendo: Y tú hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Con todo eso vosotros guardaréis mis sábados: porque es señal entre mí y vosotros por vuestras edades, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis el sábado, porque santo es a vosotros: el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella alma será cortada de en medio de sus pueblos. Seis días se hará obra, mas el día séptimo es sábado de reposo consagrado a Jehová; cualquiera que hiciere obra el día del sábado, morirá ciertamente. Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel; celebrándolo por sus edades por pacto perpetuo: Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó, y reposó." Éxodo 31:12-17.

¿No nos designan estas palabras a nosotros como el pueblo peculiar de Dios? ¿No nos dicen que siempre debemos amar la distinción sagrada puesta sobre nosotros para distinguirnos como denominación? Los hijos de Israel debían guardar el sábado de generación en generación, como una "alianza perpetua." El sábado no ha perdido nada de su significado. Es y será para siempre jamás la señal entre Dios y su pueblo.

Capítulo 24

Llamados a ser testigos

En un sentido muy especial, los adventistas del séptimo día han sido colocados en el mundo como centinelas y transmisores de luz. A ellos ha sido confiada la tarea de dirigir la última amonestación a un mundo que perece. La Palabra de Dios proyecta sobre ellos una luz maravillosa. Una obra de la más grande importancia les ha sido confiada: Proclamar los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles. Ninguna otra obra puede ser comparada con ésta, y nada debe desviar nuestra atención de ella.

Las verdades que debemos proclamar al mundo son las más solemnes que jamás hayan sido confiadas a seres mortales. Nuestra tarea consiste en proclamar estas verdades. El mundo debe ser amonestado, y para eso, el pueblo de Dios tiene que ser fiel a su cometido. No debe dejarse arrastrar a la especulación, ni asociarse a los incrédulos en empresas comerciales; porque eso entorpecería su acción en la obra de Dios.

Cristo dice a los suyos: "Vosotros sois la luz del mundo." Mateo 5:14. No es un hecho de poca importancia el que Dios nos haya revelado, con tanta claridad, sus planes y sus consejos. Comprender la voluntad de Dios, tal como está revelada en la segura palabra profética, es para nosotros un maravilloso privilegio, pero al mismo tiempo coloca sobre nosotros una pesada responsabilidad. Dios espera que impartamos a otros el conocimiento que nos ha dado. Según su plan, los factores divinos y humanos deben unirse para la proclamación del mensaje de amonestación.

En la medida de las oportunidades que se le ofrecen, cualquiera que haya recibido la luz de la verdad, carga con la misma responsabilidad que el profeta de Israel, a quien fueron dirigidas estas palabras: "Tú pues, hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los apereibirás de mi parte. Diciendo yo al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, mas su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que de él se aparte, y él no se apartare de su camino, por su pecado morirá él, y tú librate tu vida." Ezequiel 33:7-9.

¿Esperaremos a que las profecías del fin se cumplan antes de hablar de ellas? ¿De qué servirían entonces nuestras palabras? ¿Esperaremos hasta que los juicios de Dios caigan sobre el pecador para decirle cómo evitarlos? ¿Dónde está nuestra fe en la Palabra de Dios? ¿Debemos ver realizadas las cosas anunciadas para creer en lo que él nos ha dicho? En claros y distintos rayos, nos ha llegado la luz, enseñándonos que el gran día está cercano "a las puertas." Leamos y comprendamos antes que sea demasiado tarde.

Hemos de ser conductos consagrados, por los cuales la vida se comunique a otros. El Espíritu Santo debe animar e impregnar toda la iglesia, purificando los corazones y uniéndolos unos a otros. Aquellos que han sido sepultados con Cristo por el bautismo deben entrar en una nueva vida, y dar un ejemplo vivo de lo que es la vida de Cristo. Una comisión sagrada nos ha sido confiada. Esta es la orden que nos ha sido dada: "Por tanto, id, y doctrinad a todos los gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado: y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." Mateo 28:19, 20. La obra a la que os habéis consagrado consiste en dar a conocer el evangelio de salud. Vuestro poder está en la perfección celestial.

Una vida santa

El testimonio que debemos dar por Dios no consiste sólo en predicar la verdad y distribuir literatura. No olvidemos que el argumento más poderoso a favor del cristianismo, es una vida semejante a la de Cristo; en cambio un cristiano vulgar hace más daño en el mundo que un mundano. Todos los libros escritos no reemplazarán una vida santa. Los hombres creerán, no lo que el predicador dice, mas lo que vive la iglesia. Sucede a menudo que el sermón predicado desde el púlpito es neutralizado por el que se desprende de las vidas de personas que se dicen defensoras de la verdad.

El propósito de Dios es glorificarse a sí mismo delante del mundo en su pueblo. El quiere que los que llevan el nombre de Cristo le representen por el pensamiento, la palabra y la acción. Deben tener pensamientos puros y pronunciar palabras nobles y animadoras, capaces de atraer al Salvador a las personas que los rodean. La religión de Cristo debe estar entrelazada en todo lo que dicen y hacen. En todos sus negocios, debe desprenderse el perfume de la presencia de Dios.

El pecado es una cosa detestable. Por su causa fué marchitada la hermosura moral de un gran número de ángeles. Ha penetrado en el mundo y ha borrado casi por completo la imagen de Dios en el hombre. Mas, en su gran amor, Dios ha ofrecido al hombre la posibilidad de recuperar la posición que había perdido al ceder al tentador. Cristo vino a ponerse a la cabeza de la humanidad para desarrollar en favor nuestro un carácter perfecto. Los que le reciben son regenerados.

Cristo vió a la humanidad, por el enorme desarrollo del pecado, dominada por el príncipe de las potestades del aire y manifestando una fuerza gigantesca en obras de maldad, El vió también que un poder más grande debía hacer frente a Satanás y derrotarlo. "Ahora es el juicio de este mundo--dijo:--ahora el príncipe de este mundo será echado fuera." Juan 12:31. Cristo vió que si los seres humanos creían en él, les sería concedido poder para afrontar al ejército de los ángeles caídos, cuyo nombre es legión. Cristo fortificó su alma con el pensamiento de que, merced al sacrificio maravilloso al que iba a consentir, el príncipe de este mundo sería echado fuera, y que los hombres y las mujeres serían capacitados, por la gracia de Dios, para entrar una vez más en posesión de lo que habían perdido.

Los hombres y las mujeres pueden vivir la vida que Cristo ha vivido en este mundo si ellos se revisten de su poder y siguen sus instrucciones. Pueden recibir, en su lucha con Satanás, todos los socorros que él mismo recibió. Pueden llegar a ser más que vencedores, por Aquel que los amó y se dió a sí mismo por ellos.

La vida de los que profesan ser cristianos sin vivir la vida de Cristo, es una burla a la religión. Cualquiera que esté inscripto en los registros de la iglesia tiene el deber de representar al Salvador, demostrando el adorno interior de un espíritu manso y apacible. Debe ser su testigo y hacer conocer las ventajas que hay en vivir y trabajar conforme al ejemplo de Cristo. La verdad presente debe manifestar su potencia en la vida de aquellos que creen en ella, para que de este modo se comunique al mundo. Los creyentes deben representar en su vida su eficacia santificadora y ennoblecedora.

Representantes de Cristo

Los habitantes del universo celestial esperan que los discípulos de Cristo brillen como luces en el mundo. Debe demostrarse en ellos el poder de la gracia por el don de la cual Cristo murió. Dios quiere que, en los que profesan ser cristianos, el cristianismo

se revele bajo su forma más elevada. Ellos son los representantes reconocidos de Cristo; por su medio debe ser representada la realidad del cristianismo. Deben ser hombres de fe, llenos de valor, íntegros, que pongan toda su confianza en Dios y en sus promesas.

Todos aquellos que desean entrar en la ciudad de Dios, deben poner de manifiesto al Salvador en sus hechos de esta vida terrenal. Así es cómo los mensajeros de Cristo serán sus testigos. Deben dar un testimonio claro y decidido contra toda mala costumbre, y enseñar a los pecadores el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. A todos los que le reciben, él les da poder de ser hechos hijos de Dios. La regeneración es el único sendero que da acceso a la ciudad de Dios. Este sendero es estrecho y la puerta por la que se debe pasar, angosta; sin embargo, por este camino debemos conducir hombres, mujeres y niños, enseñándoles que la condición para la salvación es la posesión de un corazón y espíritu nuevos. Los antiguos rasgos de carácter hereditarios deben ser vencidos. Los deseos naturales del alma deben cambiar. Toda malicia, toda mentira, toda calumnia deben ser eliminadas. Debe vivirse la vida nueva que nos hace parecer a Cristo.

La adhesión firme a la verdad

No debe haber nada simulado en la vida de los que tienen que proclamar un mensaje tan solemne, tan sagrado. Enterado el mundo de la profesión de fe de los adventistas del séptimo día, los está vigilando, y si comprueba que su vida no está conforme con su profesión de fe, con desprecio los señala con el dedo.

Los que aman a Jesús pondrán su vida entera en armonía con su voluntad. Ellos se pusieron del lado del Señor, y debe existir un vívido contraste entre su vida y la de los mundanos. El tentador se les acercará con sus halagos y tentaciones, diciéndoles: "Todo esto te daré, si postrado me adorares." Mateo 4:9. Pero saben que nada bueno tiene para ofrecerles y rehusan ceder a sus tentaciones. Por la gracia de Dios, son capaces de mantener intactos sus principios. Angeles santos están a su lado, y Cristo es manifestado por su firme adhesión a la verdad. Son los milicianos de Cristo y como buenos testigos, hablan con fuerza y firmeza en favor de la verdad. Ellos demuestran la realidad de la potencia espiritual que hace a los hombres y a las mujeres capaces de no sacrificar nada de la justicia y de la verdad, por mucho que el mundo quiera ofrecerles en cambio. El Cielo honrará a tales cristianos, porque han conformado sus vidas a la voluntad de Dios, sin fijarse en los sacrificios que les haya costado.

Un mensaje universal

La luz que Dios ha concedido a su pueblo no debe quedar reclusa en el seno de las iglesias que ya conocen la verdad. Debe esparcirse en las regiones más oscurecidas de la tierra. Aquellos que anden en la luz como Cristo está en la luz, serán los colaboradores del Salvador: revelarán a otros lo que él les hiciera conocer. El propósito de Dios es que la verdad para nuestra época sea comunicada a toda raza, nación, lengua y tribu. Hoy día, cada habitante del mundo está procurando conseguir ganancias y placeres mundanales. Millones de almas no dan a la consideración de su salvación, ni el tiempo ni el pensamiento necesarios. El momento ha llegado cuando el mensaje relativo a la próxima venida de Cristo, debe resonar a través del mundo entero.

Hay pruebas inequívocas de la inminencia del fin. Es necesario, pues, amonestar al mundo en un lenguaje firme y directo. Es necesario preparar el camino delante del Príncipe de paz que viene sobre las nubes de los cielos. Queda aún mucho que hacer en las ciudades que todavía no han oído la verdad para nuestra época. No debemos establecer instituciones que rivalicen con las del mundo por las dimensiones y el esplendor; pero debemos proseguir la obra del Señor en su nombre, con la perseverancia y el celo incansable que puso el Salvador en su obra.

Como pueblo, tenemos gran necesidad de humillar nuestros corazones ante Dios, implorando su perdón por haber descuidado su mandato misionero. Hemos establecido centros importantes en algunos lugares, dejando sin trabajar a importantes ciudades. Pongamos mano a la obra asignada, y proclamemos el mensaje que debe despertar en todos el sentimiento del peligro. Si cada adventista del séptimo día hubiese cumplido con su parte, el número de creyentes sería ahora mucho mayor. En todas las ciudades de América se encontrarían personas inducidas por el mensaje a obedecer la ley de Dios.

En algunos lugares, el mensaje tocante a la observancia del sábado ha sido presentado con claridad y fuerza; en cambio, otros lugares han sido dejados sin amonestación. Los que conocen la verdad ¿no se tornarán conscientes de su responsabilidad? Hermanos míos, no podéis impunemente engolfaros en empresas y negocios terrenales. No podéis descuidar impunemente la orden que el Señor ha dejado.

Todo el universo pide a los que conocen la verdad que se consagren sin reservas a

proclamar la verdad tal cual les ha sido manifestada en el mensaje del tercer ángel. Lo que oímos y vemos constituye un llamado al deber. La actividad de los agentes de Satanás llama a cada cristiano a ocupar su puesto sobre el campo de batalla.

Los obreros que necesitamos

La obra que nos ha sido confiada es grande e importante; y para cumplirla, necesitamos hombres sabios, desinteresados, capaces de consagrarse abnegadamente para la salvación de las almas. No hay lugar para los tibios; Cristo no puede usarlos. Se necesitan hombres y mujeres cuyo corazón sea sensible a los sufrimientos humanos y que demuestren, por sus vidas, que reciben y transmiten la luz, la vida y la gracia.

Los hijos de Dios deben acercarse a Cristo en lo que atañe a la negación de sí mismos y al sacrificio; su único propósito debe ser el de dar al mundo entero el mensaje de misericordia. Algunos trabajarán de un modo y otros de otro, según el llamado que el Señor les haga. Pero todos deben trabajar en armonía, esforzándose por mantener en la obra un carácter de perfecta unidad. La Palabra de la verdad impresa debe ser traducida en varias lenguas, y llevada a los extremos de la tierra.

Mi corazón está oprimido porque un número tan grande de aquellos que podrían trabajar no hacen nada. Son el juguete de las tentaciones de Satanás. El deber de cada miembro de la iglesia es de trabajar entretanto que dura el día; porque la noche viene cuando nadie puede trabajar. Muy pronto sabremos lo que es la noche. El Espíritu de Dios, contristado, se retira de la tierra. Las naciones se irritan unas contra otras. Se hacen inmensos preparativos para la guerra. La noche se acerca. Levántese la iglesia para cumplir la tarea que le ha sido asignada. Todo creyente, cualquiera que sea el grado de su instrucción, puede llevar el mensaje.

La eternidad se extiende ante nosotros. El velo está por ser levantado. ¿Qué estamos pensando al aferrarnos egoístamente a nuestra comodidad mientras que en derredor nuestro hay almas que perecen? ¿Están nuestros corazones completamente endurecidos? ¿No podemos ver y comprender que nos incumbe hacer una obra en favor de nuestros semejantes? Hermanos y hermanas, ¿sois de aquellos que teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen? ¿Será en vano que Dios os haya revelado su voluntad? ¿Será en vano que os haya dirigido amonestación tras amonestación, respecto a la proximidad del fin? ¿Creéis a las declaraciones de su Palabra tocante a las cosas que

han de sobrevenir al mundo? ¿Creéis que los juicios de Dios están suspendidos sobre los habitantes de la tierra? En caso afirmativo, ¿cómo podéis quedar tranquilos, ociosos e indiferentes?

Cada día que pasa nos acerca al fin. ¿Nos acerca también a Dios? ¿Somos vigilantes en la oración? Las personas con las que nos asociamos continuamente necesitan recibir nuestras instrucciones. Puede que su estado mental sea tal que, una sola palabra Oportuna, grabada en el alma por la influencia del Espíritu Santo, penetrará como un clavo en el lugar apropiado. Puede que mañana algunas de estas almas estén para siempre fuera de nuestro alcance. ¿Qué influencia ejercemos sobre esos compañeros de ruta? ¿Qué esfuerzo hacemos para ganarlos al Salvador?

¡El tiempo es corto! Nuestros esfuerzos deben ser organizados teniendo en vista una obra más amplia. Necesitamos obreros que comprendan la inmensidad de la tarea y que estén dispuestos a cumplirla, no por el salario que reciban, sino porque se dan cuenta de que el fin está cerca. Para un tiempo como éste, se necesita más capacidad y una consagración mayor. Estoy tan compenetrada de este pensamiento que clamo a Dios: "Levanta y envía mensajeros que tengan conciencia de su responsabilidad, mensajeros en quienes la idolatría del yo, fuente de todo pecado, sea crucificada."

Una escena impresionante

Una escena muy impresionante ha pasado ante mí en visiones nocturnas. Vi una inmensa bola de fuego que caía en medio de un grupo de hermosas casas que fué destruído instantáneamente. Alguien dijo entonces: "Sabíamos que los juicios de Dios visitarían la tierra, mas no pensábamos que sería tan pronto." Otros decían en tono de reproche: "Vosotros que sabíais estas cosas, ¿por qué no dijisteis nada? ¡Nosotros no lo sabíamos!" Y por todas partes oía reproches parecidos.

Me desperté angustiada. Volví a dormirme y me pareció encontrarme en una gran asamblea. Un ser de autoridad hablaba al auditorio, señalando un mapamundi. Decía que aquel mapa señalaba la viña de Dios que debemos cultivar. Así como la luz celestial brilla sobre cada cual, cada uno debe transmitir la luz a otros. Deben encenderse luces en los diferentes lugares y de estas luces se encenderán aún otras.

Estas palabras fueron repetidas: "Vosotros sois la sal de la tierra: y si la sal se

desvaneciérese ¿con qué será salada? No vale más para nada, sino para ser echada fuera y hollada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo: una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, mas sobre el candelero, y alumbrará a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." Mateo 5:13-16.

Vi raudales de luz que salían de las ciudades y de los pueblos, de la montaña y del llano. La Palabra de Dios era obedecida, y en cada ciudad y cada pueblo, monumentos eran levantados a su gloria. Su verdad era proclamada en todo el mundo.

Luego el mapa fué quitado y otro puesto en su lugar. Sobre éste, la luz brillaba sólo en unos pocos lugares. El resto del mundo estaba sumergido en las tinieblas; apenas si algunos rayos de luz brillaban aquí y allá. Nuestro Instructor dijo entonces: "Esta obscuridad es debida a que los hombres han seguido su propio camino. Han fomentado sus tendencias al mal, heredadas o adquiridas. Han hecho su gran ocupación de la duda, la crítica y la acusación. Su corazón no es recto delante de Dios. Han escondido su lámpara bajo un almud."

Si cada soldado de Cristo hubiese cumplido con su deber, si cada centinela puesto sobre los muros de Sión, hubiese tocado la trompeta, el mundo habría oído el mensaje de amonestación. Mas la obra se halla con años de atraso. Entretanto que los hombres dormían, Satanás se nos ha adelantado.

Debemos avanzar con firmeza, poniendo nuestra confianza en Dios, haciendo su obra con abnegación, dependiendo humildemente de él, entregándonos nosotros mismos a su santa providencia, ahora y para el futuro, reteniendo hasta el fin nuestra seguridad de los primeros días, y recordando que las bendiciones celestiales no son la recompensa de nuestros méritos, sino la recompensa de los méritos de Cristo y de nuestra aceptación, por fe en él, de la gracia abundante de Dios.

Capítulo 25

La obra misionera de la iglesia

Dios exige un servicio personal de parte de cada uno a quien ha confiado el conocimiento de la verdad para nuestro tiempo. Todos no pueden ir a los campos extranjeros como misioneros, pero cada cual puede hacer trabajo misionero en su familia y en su vecindario. Los miembros de iglesia pueden comunicar el mensaje de muchas maneras a quienes los rodean. Uno de los medios más eficaces es vivir una vida cristiana útil y desinteresada. Aquellos que pelean la batalla de la vida con grandes desventajas, pueden ser animados y fortalecidos por medio de pequeñas atenciones que no cuestan nada. Las palabras amables dichas con sencillez, junto con pequeñas atenciones, bastarán a veces para disipar las nubes de la tentación y de la duda que cubren las almas. Una simpatía cristiana, del corazón, expresada con franqueza, puede abrir la puerta de los corazones que necesitan el delicado toque del Espíritu del Señor.

Jesús acepta con gozo los servicios de cualquier ser humano que se entrega a él. Asocia lo humano con lo divino, a fin de comunicar al mundo los misterios del amor encarnado. Sea este amor el objeto de vuestras conversaciones, de vuestras oraciones y de vuestros cantos; llenad el mundo con el mensaje de su verdad, y llevad este mensaje hacia las regiones lejanas.

Los seres celestiales están listos para cooperar con nosotros, a fin de revelar al mundo lo que pueden llegar a ser los seres humanos, y lo que puede cumplirse bajo su influencia, para la salvación de las almas que están por perecer. Una persona verdaderamente convertida está tan llena del amor de Dios, que se siente deseosa de participar a otros el gozo que posee. El Señor desea que su iglesia manifieste al mundo los esplendores de la santidad y que demuestre el poder de la religión cristiana. El cielo se ha de reflejar en el carácter del cristiano. El cántico de agradecimiento y de acciones de gracia debe ser oído por aquellos que están en las tinieblas. Esforzándonos por hacer bien a otros, hemos de expresar nuestra gratitud por las buenas nuevas del evangelio, por las promesas que encierra y las seguridades que nos da. Al realizar esta obra, impartiremos rayos de justicia celestial a las almas cansadas, inquietas y dolientes. Este ministerio es como un manantial abierto al viandante cansado y sediento. Los ángeles de Dios asisten a cada obra de misericordia y amor.

Nuestro ejemplo

La obra de Cristo debe servirnos de ejemplo. Continuamente iba de un lugar a otro haciendo bienes. En el templo y en la sinagoga, en las calles de las ciudades, en los mercados y en los talleres, a la orilla del mar y sobre los montes, él predicaba el evangelio y sanaba a los enfermos. Su vida de servicio desinteresado debe servirnos de manual. Su tierno amor compasivo condena nuestro egoísmo y nuestra dureza de corazón.

Por doquiera fuera, Jesús esparcía bendiciones a su paso. Entre los que profesan creer en él, ¿cuántos hay que han aprendido sus lecciones de bondad, tierna compasión y amor desinteresado? Oídle dirigiéndose a los que están débiles, cansados y desvalidos: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar." Mateo 11:28. Nada podía cansar su paciencia, ni reprimir su amor.

El Salvador nos invita a realizar esfuerzos pacientes y perseverantes en favor de millones de almas esparcidas en todo país, que perecen en sus pecados, como náufragos en una playa desierta. Los que quieran participar de la gloria de Cristo, deben también tomar parte en su ministerio, ayudando a los débiles, a los miserables y desanimados.

Hagan de la vida de Jesús su estudio constante aquellos que emprenden esta obra. Sean animados de un celo intenso, y empleen todas sus capacidades en el servicio del Señor. Los esfuerzos sinceros y exentos de egoísmo obtendrán preciosos resultados. Es del gran Maestro de quien los obreros recibirán su mejor educación. Pero los que descuidan de comunicar a otros la luz recibida, verán un día que han experimentado una pérdida espantosa.

Los seres humanos no tienen derecho a pensar que puedan tener límites sus esfuerzos en pro de la salvación de las almas. ¿Se cansó Cristo alguna vez en su obra? ¿Retrocedió él alguna vez ante el sacrificio y las privaciones? Los miembros de la iglesia deben realizar los mismos esfuerzos perseverantes e incansables. Obedientes a la orden del Maestro, ellos deben estar siempre listos para ponerse a la obra. Dondequiera que encontremos un trabajo que hacer, cumplámoslo mirando constantemente a Jesús. Centenares de almas serían ganadas para Cristo, si los miembros de nuestras iglesias siguiesen esas instrucciones. Si cada miembro de iglesia fuese un misionero vivo, el

evangelio sería anunciado en poco tiempo en todo país, pueblo, nación y lengua.

El resultado de un esfuerzo ferviente

Todo talento santificado debe ser alistado para proclamar la verdad presente. Si las fuerzas del enemigo ganan la victoria ahora, será porque las iglesias descuidan la tarea que Dios les ha dado. Durante años nos ha sido presentada la tarea que debía ser cumplida, empero muchos han quedado dormidos. Si los adventistas del séptimo día se levantan ahora, para cumplir la obra que les ha sido asignada, la verdad será presentada por la potencia del Espíritu Santo, de una manera clara y distinta, en las ciudades hasta ahora descuidadas.

Cuando todo el corazón sea puesto en la obra, se verá la eficiencia de la gracia de Cristo. Los centinelas colocados sobre los muros de Sión deben estar alertas y despertar a los que los rodean. El pueblo de Dios debe ser tan ferviente y fiel en la obra del Maestro que todo egoísmo quede separado de su vida. Entonces todos trabajarán en perfecta armonía, y se revelará el brazo del Señor, cuyo poder se manifestó en la vida de Cristo. La confianza volverá a nacer y la unión reinará en las filas de la iglesia.

Diferentes ramos de actividad

El Señor pide a su pueblo que emprenda diferentes clases de trabajos. El mensaje evangélico debe ser oído tanto en los grandes caminos de la vida como en los senderos perdidos. Los miembros de la iglesia deben hacer obra de evangelización entre sus vecinos que todavía no han recibido plena evidencia de la verdad para nuestro tiempo.

Dios invita a familias cristianas a que se trasladen en medio de las comunidades sumidas aún en las tinieblas y el error, a fin de trabajar para el Maestro con tacto y perseverancia. Se necesita renunciamento para responder a tales llamados. Mientras que muchos esperan que toda dificultad haya desaparecido, hay almas que mueren sin esperanza y sin Dios en el mundo. Muchas personas están dispuestas a aventurarse en regiones pestilenciales, y sufrir penurias y privaciones por alguna ventaja terrenal o para adquirir conocimientos científicos. ¿Quién está dispuesto a hacer otro tanto para hablar del Salvador? ¿Dónde están los hombres y las mujeres que quieren ir a las regiones necesitadas del evangelio para anunciar el Redentor a aquellos que viven en las tinieblas?

Circulación de nuestros impresos

Gran número de los hijos de Dios debe ir con nuestras publicaciones a los lugares donde el mensaje del tercer ángel nunca ha sido proclamado. Nuestros libros deben ver la luz en muchos idiomas distintos. Con estos libros deben salir hombres fieles como colportores evangélicos, para llevar la verdad a aquellos que sin ese medio nunca recibirían la luz. Los que emprenden este ramo de actividad deberían también prepararse para hacer trabajo médico misionero. Hay que acudir en auxilio de los enfermos y dolientes. Muchos de los que habrán sido aliviados en esta forma, entenderán y aceptarán las palabras de vida.

Al colportor, cuyo corazón esté lleno del Espíritu Santo, se le presentarán magníficas ocasiones de hacer el bien. La presentación de la verdad de casa en casa, hecha con amor y sencillez, está en armonía con las instrucciones que Cristo dió a sus discípulos, cuando él los envió en jira misionera la primera vez. Gran número de personas será atraído por los cantos de acciones de gracias, y por las oraciones humildes y fervientes. El divino Artífice estará presente para llevar la convicción a los corazones. "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días," es su promesa. Con el sentimiento de la presencia constante de un Ayudador tal, podemos trabajar con fe, esperanza y ánimo.

De ciudad en ciudad y de un país a otro, deben llevarse los impresos que contienen la promesa de la próxima venida del Salvador. Esos impresos deben ser traducidos a toda lengua; pues este evangelio debe ser predicado al mundo entero. Cristo ha prometido a cada obrero la divina eficiencia que dará éxito a su trabajo.

Los que conocen la verdad desde hace mucho deben buscar al Señor con fervor, para que su corazón sea lleno de una decisión: la de trabajar en favor de sus vecinos. Hermanos y hermanas, visitad las personas de vuestro vecindario; y mediante vuestra simpatía y bondad, tratad de alcanzar su corazón. Con tacto, procurad disipar los prejuicios más bien que crearlos. Recordad que los que poseen el conocimiento de la verdad para este tiempo, y, sin embargo, se limitan a trabajar en sus iglesias, rehusándose a trabajar entre sus vecinos inconversos, tendrán que dar cuenta de los deberes no cumplidos.

Facilitad a vuestros vecinos algunos de nuestros libros chicos. Si su interés se

despierta, llevadles alguno de los libros más importantes. Enseñadles el libro "Christ's Object Lessons" (Las Parábolas de Cristo). Habladles de este libro y preguntadles si no quisieran tener un ejemplar. Si ya lo tienen, averiguad si no quieren leer otro de la misma índole. Si ello es posible, cread la oportunidad de enseñarles la verdad. Debemos sembrar la semilla de la verdad a lo largo de todas las aguas, aun cuando no sepamos dónde prosperará.

De casa en casa

En varios estados de América, hay colonias de agricultores laboriosos y de condición acomodada, que nunca han oído de la verdad para nuestra época. Debe trabajarse en tales lugares. Ese trabajo debe ser emprendido por nuestros miembros de iglesia. Ellos pueden hacer mucho en favor de sus vecinos, al prestarles o venderles libros, al distribuirles periódicos y darles estudios bíblicos. Si tuviesen un profundo amor por las almas, podrían proclamar el mensaje con tanto poder que muchas personas se convertirían.

Dos obreros bíblicos estaban sentados en medio de una familia. Con la Biblia abierta ante ellos, presentaban al Señor Jesucristo en su carácter de Salvador que perdona los pecados. Elevaban fervientes oraciones hacia Dios y los corazones quedaban enternecidos y subyugados por la influencia del Espíritu Santo. Sus oraciones eran expresadas con sinceridad y poder. Mientras explicaban la Palabra de Dios, vi que una luz suave y radiante iluminaba las Escrituras, y yo susurré: "Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganos a entrar, para que se llene mi casa." Lucas 14:23.

Esta preciosa luz fué comunicada de casa en casa. La costumbre de celebrar el culto de familia, que en ciertos hogares fuera abandonada, revivió y muchos fueron convertidos.

Hermanos y hermanas, consagraos al servicio del Señor. No dejéis pasar ninguna ocasión favorable. Visitad los enfermos y los dolientes y demostradles un interés verdadero. Si es posible, haced algo para su comodidad. Por este medio ganaréis sus corazones y podréis hablarles del Salvador.

Sólo la eternidad podrá revelar el alcance de una obra tal. Otros ramos de actividad se abrirán delante de aquellos que se muestren dispuestos a cumplir sus

deberes inmediatos. La mayor necesidad actual, no consiste tanto en predicadores sabios y elocuentes como en hombres y mujeres que hayan aprendido de Jesús de Nazaret a ser mansos y humildes, y que, confiados en su poder, irán por los caminos y vallados para dar la invitación: "Venid, que ya está todo aparejado." Lucas 14:17.

Los que conozcan cabalmente la agricultura, que sepan cultivar el suelo y construir pequeñas casas, pueden hacerse muy útiles. Ellos pueden, mientras trabajan con sus manos, demostrar por su carácter qué nivel elevado puede alcanzar nuestro pueblo. Agricultores, industriales, albañiles, y otros hombres hábiles en sus oficios deberían trasladarse a los campos abandonados para cultivar la tierra, establecer industrias, construirse hogares humildes e impartir a sus vecinos el conocimiento de la verdad para nuestra época.

Una obra que conviene a las mujeres

Un vasto campo de actividad se abre delante de las mujeres así como de los hombres. Se necesitan cocineras competentes, costureras y enfermeras. Enseñad a los pobres a cocinar los alimentos, a remendar sus ropas, a limpiar sus casas. Debiera acostumbrarse a los niños a hacerse útiles prestando pequeños servicios a los que son menos favorecidos que ellos.

La familia como campo misionero

No olviden los padres el importante campo misionero que tienen en su hogar. Los niños que Dios ha confiado a una madre son para ella un cometido sagrado. "Toma este hijo o hija--dice el Señor, y edúcalo para mí. Dale un carácter pulido, a manera de las esquinas de un palacio, para que pueda brillar siempre en los atrios del Señor." La luz y la gloria que irradian del trono de Dios rodean a la madre fiel que se esfuerza en enseñar a sus hijos a resistir la influencia del mal.

Un lugar para cada persona

Hay para todo par de manos una obra que hacer. Que todo lo que se haga sirva para levantar el nivel de la humanidad. ¡Hay tantas personas necesitadas de ayuda! Tendrá el corazón desbordante de gozo aquel que, lejos de buscar su propia satisfacción, viva para beneficiar a los que son menos favorecidos. Despiértense los ociosos, y

arrostren las realidades de la vida. Tomad la Palabra de Dios y escudriñadla. Si la ponéis en práctica, la vida será para vosotros una realidad viviente, y recibiréis una recompensa abundante.

En su vasto plan, el Señor tiene un lugar para cada uno. No ha dado talento alguno que no sea necesario. ¿Es el talento pequeño? Dios tiene un lugar para él, y si es usado con fidelidad hará precisamente aquello para lo cual Dios lo dió. Los talentos de quien habita una casa humilde se necesitan para la obra de casa en casa, y pueden lograr más que los dones brillantes.

Se presentan miles de ocasiones para ser útiles. Deploramos la debilidad de nuestros recursos frente a los variados y urgentes llamados de dinero y hombres. Si fuésemos más diligentes, podríamos, ahora mismo, centuplicar los recursos. Mas el egoísmo y la complacencia propia lo impiden.

Miembros de iglesia, dejad brillar la luz. Haced oír vuestra voz en humildes oraciones, en testimonios contra la intemperancia, las locuras y las diversiones del mundo; y hacedla oír en la proclamación de la verdad para nuestra época. Vuestra palabra, vuestra influencia, vuestro tiempo son otros tantos dones de Dios que deben ser empleados para ganar almas para Cristo.

Visitad a vuestros vecinos y tomad interés en la salvación de sus almas. Poned en acción todas vuestras energías espirituales. Decid a aquellos a quienes visitáis que el fin de todas las cosas está cerca. El Señor Jesucristo abrirá los corazones y hará sobre las mentes impresiones duraderas.

Procurad arrancar a los hombres y mujeres de su insensibilidad espiritual. Decidles cómo hallasteis a Jesús, y cuál ha sido vuestra felicidad desde el día en que empezasteis a servirle. Decidles qué bendición es para vosotros sentaros a los pies de Jesús para aprender las preciosas lecciones contenidas en su Palabra. Habladles de las alegrías que se experimentan en la vida cristiana. Vuestras palabras, cálidas y fervientes, les darán la convicción de que habéis hallado la perla de gran precio. Demuestren vuestras palabras, alegres y animadoras, que habéis hallado por cierto la senda más excelente. Este es trabajo misionero auténtico, y al ser hecho, hará que muchos despierten como de un sueño.

Aun mientras están entregados a sus ocupaciones ordinarias, los hijos de Dios pueden traer almas al Señor. Al hacerlo así, tendrán la reconfortante seguridad de la presencia del Salvador. No deben pensar que están abandonados a sus débiles fuerzas. Cristo les dará palabras adecuadas para consolar, para animar y fortalecer a las pobres almas que luchan en las tinieblas. Su propia fe será afirmada al ver el cumplimiento de la promesa del Redentor. No sólo beneficiarán a otros sino que la obra que hagan para Cristo será una fuente de bendición para ellos mismos.

Gran número de personas puede y debe hacer la obra que acabo de mencionar. Hermano mío, hermana mía, ¿qué haces tú para Jesús? ¿Te esfuerzas por ser una bendición para otros? ¿Salen de tus labios palabras de simpatía y amor? ¿Estás realizando esfuerzos fervientes por ganar almas para el Salvador?

Consecuencias de la negligencia

Se hace comparativamente poco trabajo misionero y, ¿cuál es el resultado? Las verdades que el Señor ha dado no son enseñadas. Hay muchos en el pueblo de Dios que no creen en la gracia. Muchos son dados a la murmuración. Aquellos que nada hacen para ayudar a otros a ver la importancia de la verdad presente, tienen que sentirse descontentos de sí mismos. Satanás aprovecha este hecho para impulsarlos a la crítica y la murmuración. Si se dedicasen activamente a conocer y practicar la voluntad de Dios, sentirían una carga tal por las almas que perecen, una preocupación tan viva, que nada podría impedirles obedecer la orden del Maestro: "Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura." Marcos 16:15.

No nos cansemos de trabajar

El Señor quiere que su pueblo despierte de su sueño. El fin de todas las cosas está cercano. Cuando los que conocen la verdad vengan a ser colaboradores con Dios, entonces los frutos de la justicia serán manifestados. El amor de Dios, revelándose en el esfuerzo misionero, llevará a mucha gente a tener conciencia de la culpabilidad de su conducta. Verán que, en lo pasado, su egoísmo les ha hecho impropios para ser colaboradores con Dios. Este mismo amor, manifestándose en un ministerio desinteresado, inducirá a muchas almas a creer en la Palabra de Dios, tal cual está escrita.

Dios desea dar a su pueblo el refrigerio del Espíritu Santo, bautizándolo nuevamente en su amor. La sequedad espiritual no tiene razón de ser en la iglesia. Después de la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo bajó sobre los discípulos que esperaban, oraban y creían, con una plenitud y poder que llenó todos los corazones. En lo porvenir, toda la tierra debe ser iluminada con la gloria de Dios. Los que habrán sido santificados por la verdad ejercerán sobre el mundo una santa influencia; una atmósfera de gracia rodeará el mundo. El Espíritu Santo trabajará en los corazones, tomando las cosas de Dios y revelándolas a los hombres.

Familias misioneras

Mucho más se haría para el Señor si todos los que tienen la luz de la verdad la pusiesen en práctica. Familias enteras podrían ser misioneras, y dedicarse a la obra personal, trabajando por el Maestro con manos y cerebros activos, ideando nuevos métodos que asegurasen el éxito de su trabajo. Hay hombres y mujeres celosos, prudentes y con un corazón ardiente, que podrían hacer mucho para Dios, si antes se entregasen a él, acercándosele y buscándole con todo su corazón.

Hermanos y hermanas, tomad una parte activa en la obra que tiene por objeto la salvación de las almas. Esta obra renovará y vivificará vuestras energías mentales y espirituales. La luz de Cristo resplandecerá en vuestra mente. El Salvador habitará en vuestros corazones y andaréis en su luz.

Consagraos completamente a la obra de Dios. El es vuestra fuerza y se mantendrá a vuestra diestra para ayudaros a ejecutar sus designios misericordiosos. Acercaos a los que os rodean por medio de la obra personal. Trabad relaciones con ellos. La predicación no podrá hacer la obra que debe ser hecha. Los ángeles de Dios os acompañarán a las casas que visitéis. Es una obra que no puede ser hecha por procuración. Los sermones no la terminarán ni el dinero dado o prestado. Es visitando a las personas, hablándoles, orando con simpatía con ellas, cómo sus corazones serán ganados. Es el trabajo misionero más noble que podáis realizar. Pero para ello, se necesita una fe firme y perseverante, una paciencia incansable, un gran amor por las almas.

Buscad relaciones con las personas de vuestro vecindario. Al hablarles de la verdad, demostrad una simpatía cristiana. Recordad que el Señor Jesús es el Artífice

maestro. El es quien riega la semilla que sembráis. El os sugerirá palabras que alcancen los corazones. Tened confianza de que Dios sostendrá al obrero consagrado y abnegado. La obediencia, una fe infantil y confianza en Dios: he aquí lo que os dará paz y gozo. Trabajad con desinterés, amor y paciencia con todos aquellos con quienes estéis en relación. No manifestéis irritación, no pronunciéis palabras de impaciencia. More el amor de Cristo en vuestros corazones, y la ley de la amabilidad en vuestros labios.

Es incomprensible que no haya centenares de personas en la obra donde hoy hay solamente una. La apatía, la frialdad, la indiferencia de los que se dicen hijos de Dios, son un motivo de asombro para el universo celestial. La verdad es una potencia de vida. Id a proclamarla con fe y convicción. Que aquellos a favor de quienes trabajáis se den cuenta de que es para vosotros una viviente realidad.

El desarrollo mediante el servicio

Los que dedican su vida a servir como Cristo, saben lo que significa la verdadera felicidad. Sus intereses y sus oraciones van mucho más allá que su propia personalidad. Ellos mismos se desarrollan mientras tratan de ayudar a otros. Se familiarizan con los planes más amplios, las empresas más emocionantes, y ¿qué otra cosa pueden hacer sino crecer cuando se colocan al paso del divino raudal de luz y bendición? Los tales reciben sabiduría del cielo. Se identifican más y más con Cristo en todos sus planes. No hay para ellos oportunidad de estancarse. La ambición egoísta y la complacencia propia quedan reprimidas por el constante contacto con los intereses absorbentes, las aspiraciones elevadas, que pertenecen a las actividades elevadas y santas.

Capítulo 26

Debe trabajarse con celo

Con el poder del Espíritu Santo los siervos de Cristo deben testificar por su Jefe. El intenso deseo con el cual el Salvador anheló salvar a los pecadores, debe señalar cada uno de sus esfuerzos. La misericordiosa invitación, hecha primero por el Salvador, debe ser repetida por voces humanas, y resonar a través del mundo entero: "Y el que quiere, tome del agua de la vida de balde." Apocalipsis 22:17. La iglesia debe decir "Ven." Todas las energías de la iglesia deben ser movilizadas al servicio de Cristo. Los discípulos de Jesús deben unirse para un poderoso esfuerzo que tenga por objeto llamar la atención del mundo hacia las profecías de la Palabra de Dios, que se están cumpliendo rápidamente. La incredulidad y el espiritismo están adquiriendo sobre el mundo un dominio siempre mayor. ¿Quedarán ahora también fríos e incrédulos aquellos a quienes fué dada una gran luz?

Estamos a la víspera misma del tiempo de angustia. Dificultades apenas sospechadas están delante de nosotros. Un poder de abajo impulsa a los hombres a guerrear contra el Cielo. Seres humanos se han coligado con las potencias satánicas para anular la ley de Dios. Los habitantes de la tierra se están volviendo rápidamente como los contemporáneos de Noé, que el diluvio se llevó, y como los habitantes de Sodoma, que el fuego consumi6. Las potencias de Satanás se esfuerzan por distraer las mentes de las realidades eternas, El enemigo ha dispuesto las cosas de manera que favorezcan sus planes. Negocios, deportes, modas; he aquí las cosas que ocupan las mentes de hombres y mujeres. El juicio es falseado por las diversiones y por las lecturas frívolas. Una larga procesión sigue por el camino ancho que lleva a la ruina eterna. El mundo, presa de la violencia, del libertinaje y de la embriaguez, está convirtiendo a la iglesia. La ley de Dios, esa divina norma de la justicia, es declarada abolida.

En este tiempo--un tiempo de iniquidad desbordante--una nueva vida procedente de la Fuente de toda vida debe tomar posesión de aquellos que tienen el amor de Dios en sus corazones, e impulsarlos a proclamar con poder el mensaje de un Salvador crucificado y resucitado. Ellos deben hacer esfuerzos enérgicos y perseverantes para salvar las almas. El ejemplo que ellos den, debe ser tal, que ejerza sobre quienes los rodean una influencia decisiva para el bien. Deben considerar todas las cosas como una

pérdida, en comparación con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús Señor nuestro.

Un celo intenso debe posesionarse ahora de nosotros. Nuestras energías adormecidas deben despertarse y consagrarse a un esfuerzo incansable. Obreros consagrados deben ir al campo, para preparar el camino del Rey y ganar victorias en nuevas localidades. Hermano mío, hermana mía, ¿os deja indiferentes el saber que cada día bajan a la tumba almas que no han sido amonestadas ni salvadas, ignorantes de su necesidad de la vida eterna y de la propiciación hecha para ellas por el Salvador? ¿Os deja indiferentes el saber que muy pronto este mundo debe presentarse delante de Jehová, para rendir cuenta de la transgresión de su ley? Los ángeles del cielo están asombrados al ver que los que por tantos años han tenido la luz, todavía no han llevado la antorcha de la verdad a los lugares oscuros de la tierra.

El valor infinito del sacrificio exigido por nuestra redención muestra cuán terrible mal es el pecado. Dios habría podido borrar de la creación esta mancha impura con barrer el pecado de la faz de la tierra. Pero "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Juan 3:16. ¿Por qué, pues, no tenemos mayor celo? ¿Por qué hay tantos que quedan ociosos? ¿Por qué todos los que declaran amar a Dios no tratan de alumbrar a sus vecinos y a las personas con las que vienen a relacionarse, para que no descuiden por más tiempo una salvación tan grande?

Una falta de simpatía

Entre los profesos cristianos de hoy, hay una alarmante falta de la simpatía que debieran sentir hacia las almas que no son salvas. Si nuestros corazones no laten al unísono con el de Cristo, ¿cómo podemos comprender el carácter sagrado y la importancia de la obra a la cual nos llama, y que consiste en velar por las "almas como aquellos que han de dar cuenta"? Hablamos de las misiones cristianas; y se oye nuestra voz, pero ¿poseemos nosotros el tierno amor de Cristo hacia las almas?

El Salvador trabajaba sin descanso. El no contaba las horas de trabajo. Su tiempo, su corazón, sus fuerzas eran consagradas al servicio de la humanidad. Sus días eran consagrados al trabajo, y luego pasaba noches enteras en oración, para poder hacer frente al astuto enemigo en todas sus obras engañosas, y cumplir su obra de elevar y

restaurar a la humanidad.

El que ama a Dios no mide su trabajo por la jornada de ocho horas. Trabaja a toda hora y no está nunca franco. Hace el bien cada vez que se le presenta la ocasión. En todas partes y siempre, encuentra manera de trabajar para Dios. Dondequiera que vaya deja una fragancia a su paso. Una atmósfera sana rodea su alma. La hermosura de una vida bien ordenada y de una conversación piadosa inspira en otros fe, esperanza y valor.

Necesitamos misioneros que tengan corazón. Los esfuerzos intermitentes harán poco bien. Debemos fijar la atención. Necesitamos una convicción intensa.

Es por medio de un trabajo agresivo, en medio de la oposición, de los peligros, de las pérdidas y sufrimientos, cómo debe proseguirse la obra que tiene por finalidad ganar a las almas.

En cierta batalla, mientras un regimiento retrocedía ante el enemigo, el portaestandarte en vez de seguir el movimiento de retirada se mantuvo en su lugar. El capitán le ordenó que trajese la bandera junto al regimiento, pero él contestó: "Traiga Vd. a los hombres junto a la bandera." Tal es la obra de todo fiel portaestandarte: conducir a los hombres junto al estandarte. El Señor pide hombres que le den todo su corazón. Todos sabemos que el pecado de muchos que se dicen cristianos es la falta de ánimo y de energía que les impide, a ellos y a los que dependen de ellos, elevarse a la altura del ideal.

De todas partes repercute el llamado macedónico: "Pasa y ayúdanos." Dios ha abierto campos delante de nosotros, y si los hombres quisiesen colaborar con los agentes divinos, muchísimas almas serían ganadas para la verdad. Mas, los que pretenden formar parte del pueblo de Dios se adormecieron sobre el trabajo que les fué asignado, de manera que en muchos lugares este trabajo casi no ha sido principiado. Dios ha enviado un mensaje tras otro para despertar a su pueblo, y animarlo a hacer algo inmediatamente. Pero al llamado: "¿A quién enviaré?" pocos han contestado: "Heme aquí, envíame a mí." Isaías 6:8.

Cuando la iglesia haya dejado de merecer el reproche de indolencia y pereza, el Espíritu de Dios se manifestará con gracia. La potencia divina será revelada. La iglesia verá las dispensaciones providenciales del Señor de los ejércitos. La luz de la verdad se

derramará en rayos claros y poderosos, y como en los días apostólicos, muchas almas se apartarán del error a la verdad. La tierra será alumbrada con la gloria del Señor.

Los ángeles del cielo han esperado por mucho tiempo la colaboración de los agentes humanos--de los miembros de la iglesia--en la gran obra que debe hacerse. Ellos os están esperando. Tan vasto es el campo y tan grande la empresa, que todo corazón santificado será alistado en el servicio como instrumento del poder divino.

Al mismo tiempo obrará una potencia infernal. Mientras los agentes de la misericordia divina obren secundados por corazones humanos abnegados, Satanás pondrá en actividad a sus propios agentes, haciendo tributarios suyos a todos aquellos que acepten su dominación. Habrá muchos señores y muchos dioses. Se oirá el grito: "Aquí está el Cristo, o allí." En todas partes aparecerán las astutas maquinaciones de Satanás, para apartar la atención de los hombres y las mujeres del cumplimiento de sus deberes inmediatos. Habrá señales y prodigios. Mas el ojo de la fe discernirá en todas esas manifestaciones las señales precursoras de un pavoroso porvenir, y el preludio del triunfo prometido al pueblo de Dios.

¡Trabajad, oh trabajad, teniendo en vista la eternidad! Recordad que toda energía debe ser santificada. Queda una gran obra por hacer. De toda boca sincera debe subir esta oración: "Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros; para que sea conocido sobre la tierra tu camino, en todas las gentes tu salud." Salmos 67:1:2.

Aquellos que comprenden, aunque sea en un grado limitado, lo que la redención significa para ellos y para sus semejantes, los tales andarán por la fe y podrán comprender, en cierta medida, las necesidades de la humanidad. Sus corazones serán conmovidos a la vista de la abarcante miseria del mundo; la indigencia de las multitudes que sufren por falta de alimentos y de ropa, y la indigencia moral de los millares a quienes amenaza un juicio terrible, ante el cual los sufrimientos físicos se desvanecen en la insignificancia.

Recuerden los miembros de la iglesia que el solo hecho de tener su nombre escrito en un registro no bastará para salvarlos; deben mostrarse como aprobados por Dios, como obreros que no tengan de qué avergonzarse. Día tras día, deben edificar sus caracteres conforme a las direcciones divinas. Deben morar en él y ejercer

constantemente su fe en él. De este modo crecerán hasta alcanzar la estatura perfecta de hombres y mujeres en Jesucristo; serán cristianos sanos, animosos, agradecidos, conducidos por Dios en una luz siempre más pura. Si su vida no es así, ellos se encontrarán un día entre aquellos que harán esta amarga lamentación: "¡Pasóse la siega, acabóse el verano; y mi alma no se salvó! ¿Por qué no busqué un refugio en la Fortaleza? ¿Por qué jugué con la salvación de mi alma y desprecié al Espíritu de gracia?"

"Cercano está el día de Jehová, cercano y muy presuroso." Sofonías 1:14. Calcémonos las sandalias del evangelio y estemos listos a cada momento para emprender el viaje. Cada hora, cada minuto es precioso. No tenemos tiempo para buscar nuestra propia satisfacción. En todo nuestro derredor hay almas que están pereciendo en el pecado. Cada día hay algo que hacer para nuestro Señor y Maestro. Cada día hemos de indicar a las almas el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

"Por tanto, también vosotros estad apercibidos; porque el Hijo del Hombre ha de venir a la hora que no pensáis." Mateo 24:44. Por la noche, no os acostéis sin haber antes confesado vuestros pecados. Así hacíamos en 1844, cuando esperábamos ir al encuentro del Señor. Ahora ese acontecimiento está más cercano que cuando por primera vez creímos. Estad siempre apercibidos, por la tarde, por la mañana y al medio día, para que cuando repercuta el clamor: "¡He aquí, el esposo viene, salid a recibirle!" podáis, aun si este grito os despertase del sueño, ir a su encuentro con las lámparas aderezadas y encendidas.